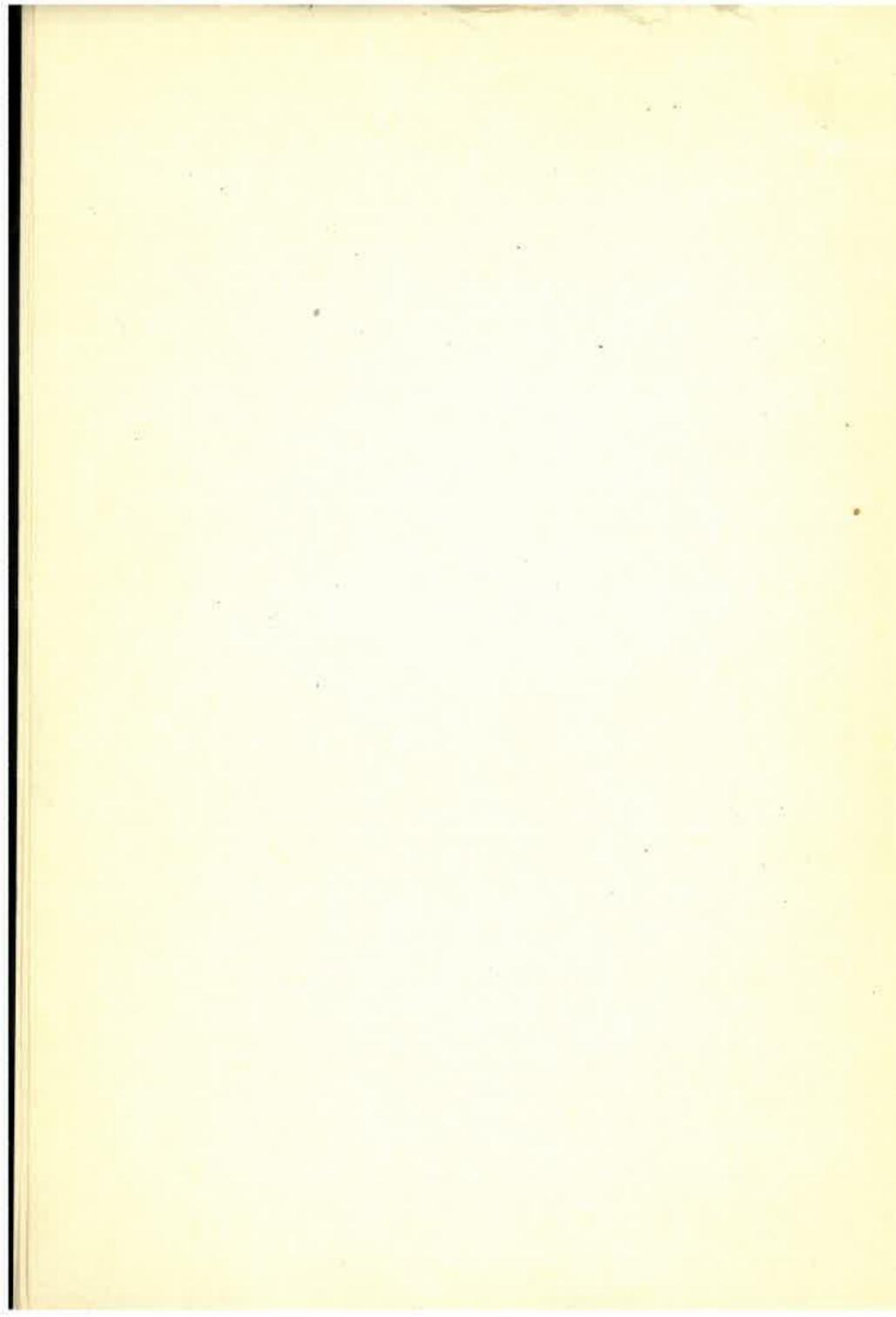


MARIA, MADRE Y SEÑORA



R. 11.483

73-7-81

EMMO. DR. D. I. CARDENAL GOMÁ Y TOMÁS
ARZOBISPO DE TOLEDO, PRIMADO DE ESPAÑA

MARÍA, MADRE Y SEÑORA

FUNDAMENTOS Y VALOR
DE PIEDAD DE LA SANTA
:: :: ESCLAVITUD :: ::

SEGUNDA EDICIÓN



TOLEDO
EDITORIAL CATÓLICA TOLEDANA
1938

ES PROPIEDAD :



AL LECTOR

En el Congreso Mariano Montfortiano celebrado en Barcelona, en Septiembre del año pasado, lei un discurso cuyo tema era: LA ESCLAVITUD MARIANA Y LA LIBERTAD DE LOS HIJOS DE DIOS. No por el mérito, exiguó, de aquel trabajo, sino por la benevolencia de la Asamblea y, aun más, por el profundo espíritu de piedad mariana que tan clamorosamente se manifestó en todos los actos del Congreso, se tributaron a aquel estudio inmerecidos encomios. A glosar el mismo tema y a desarrollar una tesis que tan favorable ambiente halló entre los congresistas, van estas breves páginas.

Muéveme a publicarlas el deseo de que sea conocida en sus fundamentos la fórmula de espiritualidad predicada por el Beato Grignión de Montfort y conocida por la Santa Esclavitud. No ha dejado de

influir en ello el deseo de bienquistarme con la Señora y acogerme a los beneficios de lo que podríamos llamar su promesa: Qui elucidant me, vitam aeternam habebunt.

Se ha discutido no poco la fórmula o sistema montfortiano de devoción a la Virgen. Mientras unos la han considerado como una devoción nueva, y han tenido para sus prácticas la santa prevención que debe inspirarnos toda innovación, en la doctrina como en la piedad, tan estrechamente unidas, otros han visto en ella, con censurable exclusivismo, la mejor, ya que no la única, de las formas de piedad para con la Señora. Ni faltan quienes, desconociendo el fondo dogmático que en el sistema de Montfort se encierra, y ateniéndose sólo a las exageraciones piadosas en que por parte de gente poco adoctrinada se ha caído en ciertas prácticas derivadas de la fórmula del Beato, han rechazado a priori todo el sistema.

La doctrina de la esclavitud, de Montfort, no es nueva. Con razón ha notado el P. Lhoumeau que es tan vieja como la mariología católica. El mismo Beato, al formularla, no hace más que entretrejer citas y expresiones acotadas de las obras de los Padres y teólogos. Montfort es el sistematizador y el apóstol de la piedad mariana que lleva su nombre:

y nada más. Su doctrina es católica, en toda la amplitud de la palabra: tiene su raigambre en la Tradición y en la Escritura. No ha hecho más que presentarla bajo una luz nueva, trabando armónicamente los diversos elementos que la integran, con la fuerza de su pensamiento, de teólogo y de santo, que ambas cosas fué el Beato Grignón.

A no pocos asusta el vocablo esclavitud aplicado a un sistema de piedad cristiana. No hay para ello motivo, y a deshacer las aparentes antilogías va este opúsculo.—Sin entrar ahora en la cuestión doctrinal, nos remitimos a la elocuentísima disertación del P. Echevarría, en el mentado Congreso Mariano, en que el erudito Misionero aportó una verdadera y abundantísima antología de frases, comparaciones, adjetivos y metáforas expresivas de la esclavitud mariana, sacadas de nuestros más famosos clásicos.

¿Ventajas que esperamos de la publicación de este trabajo? Es la primera contrarrestar, cuanto en nosotros quepa, este espíritu de fruslería piadosa, de prácticas adogmáticas, que, hasta en el culto a nuestra Santísima Madre, nos invade. Hay recia trabazón entre el dogma y la ascética en la doctrina de Montfort: y no hemos podido menos que sonreírnos

ante cierta literatura y ciertas cositas de piedad que se abrigan bajo la noble bandera del Beato.

A más, cuando el viento de la mal llamada libertad sopla recio, y se cuele hasta el mismo santuario de las almas buenas—que, al fin, el viento del mundo debe agitar también nuestro pobre polvo—será buen contrapeso la práctica de la Esclavitud, aunque sea la dulce y amorosísima de la Señora.

Tendrá para ello otra ventaja esta práctica de devoción: el estar acomodada a la suavidad espiritual, al gusto emotivo en que se complace nuestra generación. La Cruz desnuda espanta a las almas de hoy: si a la Cruz se añade un motivo amoroso, decía Mgr. Gay, se hará simpática, y por el amor se amará el dolor.

La devoción de la Santa Esclavitud tiene suaves apariencias: el fondo es la Cruz. No podía ser otro tratándose de una manifestación legítima de la piedad católica. Por ella, y por la trabazón irrompible que la une a los fundamentales dogmas de nuestra fe, pueden las almas sentir toda la realidad de la palabra de San Ireneo: Por María a la Cruz.

Por fin, hemos ensachado los horizontes ideológicos del discurso que sirve de base a este estudio para mejor situar la doctrina del Beato en relación

con el tema del opúsculo. Cuando a su estructura, y hasta en lo que atañe a la forma de la argumentación y del lenguaje, no hemos querido modificar las características de aquel trabajo, a fin de que el corte más holgado que en este género se consiente hiciese más atractiva su lectura.

Que sea provechosa a las almas devotas de la Virgen es lo que desea

EL AUTOR

Tarragona, Junio de 1915.

EN LA SEGUNDA EDICIÓN

Este librito sobre las dos grandes prerrogativas de María Santísima, su Señorío, sobre todo y sobre todos, y su Maternidad, divina y humana a un tiempo, es viejo y nuevo. Viejo de casi veinte años, y nuevo porque son poquísimos los lectores que ha tenido. Agotada la primera edición a los pocos meses de haber salido de prensas, no quisimos reproducirlo, a pesar de los ruegos de editores y amigos, porque

esperábamos publicar a la vez todos nuestros pobres escritos sobre la Señora Madre. Sin renunciar a este nuestro propósito, que sometemos a la voluntad de Dios, nos resolvemos hoy a reproducir esta sencilla monografía mariana por varios motivos.

Es el primero el de desagraviar a la Santísima Virgen de los ultrajes sacrílegos que se le han inferido durante la persecución iconoclasta de que ha sido víctima nuestra religión en España. Porque Jesús y la Virgen han sido el blanco predilecto del odio de nuestros adversarios. Jesús, en los Crucifijos, y en la sagrada Forma, en que está verdadera, real y sustancialmente. La Virgen, en sus sagradas imágenes, de que tan profusamente estaba sembrada nuestra tierra, mejor que ninguna otra llamada «de María Santísima»; y hasta en la excelsitud de su ser y de sus prerrogativas, de los que se han dicho y escrito verdaderas infamias. Que estas páginas sean tributo de vasallaje a la Señora y obsequio de hijo a la Madre dulcísima que la indemnicen, cuanto cabe en mísera criatura, de los agravios que la han inferido malos hombres, más ignorantes que malvados.

Queremos además que este librito sea como una plegaria que mueva a la Virgen en favor de España

en los difíciles momentos que corremos. Ella es la Señora del mundo: Ella, dice el B. Grignón de Montfort, ha recibido de Dios una gran dominación sobre las almas de los elegidos: no podría formarlas en Jesucristo si no tuviese un derecho de dominio sobre ellas por una gracia singular del Altísimo, quien, habiéndola dado poder sobre su Hijo único y natural, se lo ha dado asimismo sobre sus hijos adoptivos. Sobre el cielo de España ha brillado siempre la gloria y el poder de la Señora. Su historia va profundamente unida, desde el episodio del Pilar bendito, a las grandes advocaciones de la Señora Madre. De Covadonga a Montserrat y de los Desamparados a Guadalupe; de Roncesvalles a la Rábida, en los mil títulos a que van vinculados los hechos más representativos de la historia general y local de España, María Santísima aparece como la Señora de los destinos de nuestra patria y la Madre que la lleva amorosamente a través de los siglos de su historia. Ella nos salvará en la tremenda crisis que sufrimos si como vasallos e hijos imploramos su favor.

Insistimos, y este es otro motivo de la nueva edición que ofrecemos de MARIA, MADRE Y SEÑORA, en la necesidad de vigorizar el pensa-

miento cristiano sobre la devoción a la Señora, su naturaleza, sus motivos, la forma como debemos obsequiarla y pedirla sus mercedes. María Santísima, después de la Trinidad y después de Jesucristo nuestro Redentor divino, es lo más fuerte, sustancial y vivo de nuestra religión. Ella, personalmente y en el dogma, está profundamente entrañada en la obra y en el sistema de la redención del mundo. Es preciso que el cristiano se percate de ello y que su piedad mariana se abreve en las aguas vivas de la teología. La salvación del hombre está en el conocimiento del Padre y de su enviado Jesucristo: Ut cognoscant te, et quem misisti Jesum Christum (1) y María, dice Montfort, «que es la aurora que precede al sol de justicia Jesucristo, debe ser conocida para que lo sea Jesucristo» (2). Es la misma idea de Pío X: «Sin duda pudo Dios darnos al Redentor por otro camino distinto del que nos vino; pero habiéndonoslo dado por María, que lo llevó en su seno fecundado por el Espíritu Santo, no nos queda más remedio que recibir a Cristo de manos de María» (3). Por ello no dudó León XIII en afirmar que «la salvación

(1) Joh. 17, 3.

(2) *Tratado de la verdadera devoción*, p. 31.

(3) *Encicl. Ad diem illum*.

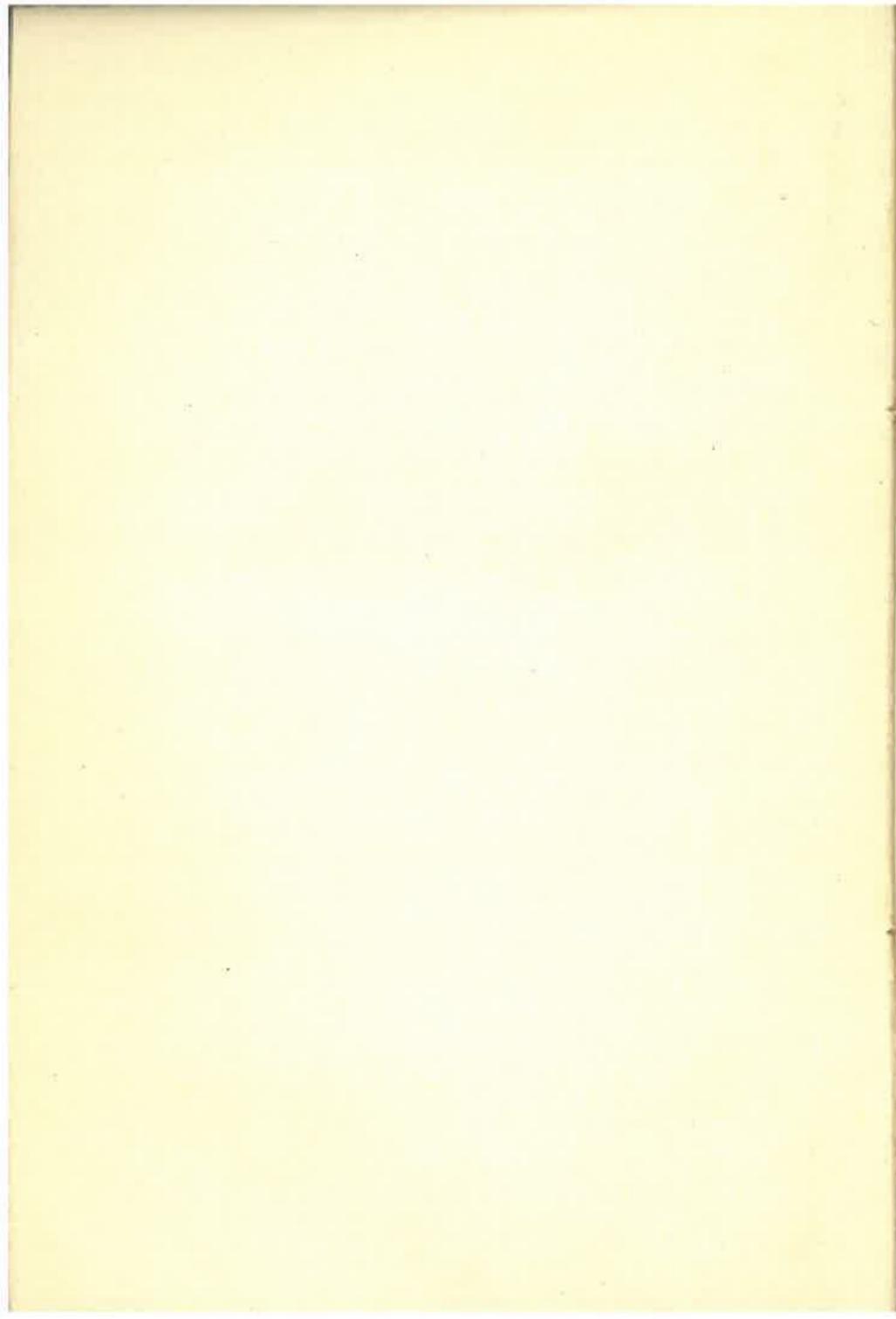
de la sociedad humana depende, como de inexpugnable alcázar, de los incrementos que reciba el verdadero culto de la Virgen» (1).

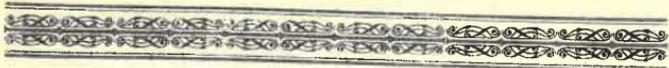
«¡Bien empleado el sacrificio que representan este pobre escrito y esta edición—diremos con el mismo Montfort en su Tratado de la verdadera devoción—si al caer en manos de un alma bien nacida, nacida de Dios y de María, no de la sangre ni de la voluntad de hombre, le descubriese e inspirase, por la gracia del Espíritu Santo, la excelencia y el valor de la verdadera y sólida devoción a la Santísima Virgen».

† I. CARD. GOMÁ Y TOMÁS

Toledo, Agosto de 1938.

(1) Epist. *Diuturni temporis*.





LA SANTA ESCLAVITUD

Y LA PIEDAD CRISTIANA

CELEBRAR un Congreso de la Esclavitud Mariana en pleno siglo XX, cuando es sagrado el nombre de la libertad para todo el mundo, y celebrarlo en el corazón de esta Barcelona que, si es archivo de la cortesía, es también, puede decirlo un hijo de esta tierra catalana, la metrópoli de toda libertad, del bien y del mal, podría parecer un reto a este espíritu colectivo que hace de la libertad el ídolo de los pueblos modernos, una temeridad de un puñado de sacerdotes y de gente piadosa que no temen aparecer ante nuestra gloriosa sociedad, como los antiguos siervos ante la opulenta Roma, marcados con el hierro de la esclavitud, y cuando no, un contrasentido piadoso, porque celebramos el VII centenario del Descenso de la Virgen de la Merced a la cristianísima Barcelona del siglo XIII, y el nombre de la Merced es nombre de libertad.

Pero permitidme, para evitar el escándalo de los pusilánimes y para centrar, desde un principio, el tema en el quicio en que ha de moverse, que haga, en nombre del Congreso, profesión de nuestro espíritu de amplia, de legítima libertad, en una fórmula netamente cristiana y montfortiana: este Congreso de la Esclavitud es Congreso de libertad, porque es Congreso de cristiana piedad.

La piedad cristiana

La piedad cristiana es savia de pensamiento cristiano, es vigor de voluntad cristiana, es flor delicada y aromosa de sentimiento cristiano; es, en una palabra, la manifestación más alta y más pura del espíritu cristiano: y el espíritu cristiano es espíritu de libertad, porque es manifestación del Espíritu del Señor: *Ubi Spiritus Domini, ibi libertas* (1).

La piedad no sólo es la nota característica del Cristianismo: quizás es su esencia; a lo menos es el basamento, amplio y firme, de la maravillosa superestructura de nuestra Religión. Es la piedad de Dios para con la humanidad: «Apareció, decía San Pablo, la benignidad y la

(1) 2 Cor., 3, 17.

filantropía de nuestro Dios Salvador» (1). Es la función máxima, universal, perenne, de la piedad de los hombres que le dicen a Dios: «Padre». Y el Cristianismo, es la religión, es decir, es el dogma, la filosofía, la moral y, sobre todo, el hecho de la libertad: «Hermanos míos, decía el Apóstol, tremolando la gloriosa bandera cristiana: tenéis la vocación de la libertad: *In libertatem vocati estis, fratres* (2).

Sólo que la piedad cristiana, moviéndose siempre dentro el ambiente de la libertad que nos conquistó Cristo-Jesús, *qua libertate Christus nos liberavit* (3), no es siempre uniforme: tiene sus trayectorias, sus variantes, casi diría su fisonomía y su temperamento propio en cada época de la historia de la Iglesia.

Porque nada hay más simple ni más complejo al mismo tiempo que la Iglesia católica. Harnack, hablando del Cristianismo, le llama *Complexio oppositorum*. Es la religión de los puntos múltiples, cada uno de los cuales parece el principal, por no decir el todo, del Cristianismo. Todo lo que puede llamarse religión, lo posee el Cristianismo: todo lo que puede llamarse religión, lo es el Cristianismo. Esta misma fórmula la aplica

(1) TIT., 3, 4.

(2) GAL., 5, 13.

(3) GAL., 4, 31.

Grandmaison al Catolicismo: es inmensamente uno e inmensamente complejo: es intensamente el mismo, e intensamente distinto (1). Por ello la piedad, como el dogma y la moral, más que el dogma y la moral, porque si es tan fundamental como ellos, está más en contacto con lo que tienen de variable las humanas cosas, permaneciendo siempre la misma, en su fuente y en su objeto, sigue en su proceso histórico diversos caminos, que podríamos llamar con el Apóstol, aunque en diverso sentido, las «santas conversaciones y piedades» de la historia de la Iglesia (2).

No hay más que una piedad oficial de la Santa Iglesia. Es esta piedad que podríamos llamar «sacramental», en su sentido amplio, en cuanto es la concreción, en símbolos, ritos y fórmulas de carácter público y social, de las relaciones espirituales entre Dios y su Iglesia, por Cristo Señor nuestro: *Per Christum Dominum nostrum...* Es la santa Liturgia, forma secular y auténtica de la piedad de la Iglesia Madre con Dios Padre.

Pero al margen de esta piedad oficial, pudiendo ser tributarias de ella, recibiendo de ella saludable influencia, y aun pudiendo influir sobre

(1) Cfr. HUBY: *Christus*, págs. 1030; 1279.

(2) 2 PETRI, 3, 11.

ella (la misma historia de la piedad y de la Liturgia no me dejará mentir), han florecido mil formas de piedad cristiana, que si no han llegado a incorporarse a la Liturgia para ser función católica de la piedad de la Iglesia, han sido legitimadas por la suprema autoridad eclesiástica, y han llevado a una porción, más o menos considerable, del rebaño de Cristo, opimos frutos de santidad, hija y madre de la piedad, como la llama el Angélico (1).

Evolución legítima de la piedad: sus causas

Las causas de este fenómeno, que podríamos llamar «evolución de la piedad», son múltiples.

La piedad es hija del dogma: es su espontánea floración: como en las profundidades del espíritu se juntan pensamiento y voluntad, y no hay voluntad firme sin convicción arraigada, así en el hecho de la vida religiosa no hay piedad profunda que no tenga su raigambre en el pensamiento. La piedad es justicia para con Dios; y «el justo vive de la fe» (2): es decir, vive del pensamiento. El pensamiento puede

(1) *Sum. Theol.*, 2, 2, q. 82, a. 2 ad 2.

(2) *Rom.*, 1, 17.

vivir sin la piedad: «Los demonios creen y tiemblan» (1). Es que el pensamiento puede no traducirse en un acto de vida. Pero un acto de vida, y la piedad es profundamente vital y pragmática, no se concibe sin un pensamiento. Aquí está la primera causa de la evolución de la piedad: en lo que, después de Franzelin y Newman, hemos convenido en llamar evolución del dogma, en su sentido católico. No es la misma, en su manifestación histórica, la ideología de los fieles de las Catacumbas y la nuestra, como difiere la nuestra, en no pocos puntos, de la de los siglos medios. Véase, si no, cómo el arte, que es el testimonio histórico del dogma y de la piedad en las edades pasadas, no nos muestra en los muros de las Catacumbas la imagen del Crucifijo o del Sagrado Corazón, como en los siglos medios no acostumbra reproducir la Concepción Inmaculada.

La piedad evoluciona asimismo por el empuje o por los puntos de vista peculiares de los grandes santos, que son los hombres de la piedad profunda. El Espíritu de Dios los llenó: hombres providenciales, a veces de pensamiento prócer, otras de corazón dilatado como las arenas del mar; ya místicos contemplativos, ya varones de temperamento apostólico; hombres de estudio,

(1) JAO., 2, 19.

mujeres de sensibilidad delicada, han recibido el soplo del Espíritu de Dios, «que sopla donde quiere y como quiere» (1); y ya sea por adaptación o por contraposición a los tiempos en que vivieron, marcaron al espíritu de piedad colectiva rumbos antes desconocidos.

Pondérese lo que en este orden han hecho un Agustín, el autor «reconcentrado» de los *soliloquios*, o Basilio, el genio efusivo de la «piedad en el amor de fraternidad»; la serenidad equilibrada de Tomás de Aquino; los arrebatos amorosos del pobre de Asís; la gloriosa escuela de los místicos y ascetas españoles, Santa Teresa y San Juan de la Cruz a la cabeza de todos ellos; sin contar las verdaderas revoluciones producidas en el campo de la piedad por los que llama Newman los tres grandes patriarcas de la misma piedad: San Benito, con su poesía; Santo Domingo, con su ciencia; y San Ignacio de Loyola, con su prudencia y el conocimiento exacto y útil del corazón humano (2).

Otra causa de la evolución de la piedad la hallamos en las leyes de adaptación y de oposición que gobiernan todo organismo vivo que está destinado a producir un progreso humano de orden moral y espiritual, pero que viene al propio

(1) JOAN., 3, 8.

(2) HUBY, *Christus*, 1181.

tiempo condicionado por las debilidades y claudicaciones de la humanidad, por estas variaciones misteriosas de la psicología de las multitudes a través de los siglos, por este balanceo secular del alma colectiva, que ora es escéptica, ora mística; ora espiritual, ora aferrada al grosero materialismo o blandamente arrullada por un sentimentalismo o romanticismo que la adormecen fuera de las realidades de la vida.

Bajo este aspecto, la piedad heroica de los primeros siglos de la Iglesia; la piedad profundamente intelectual, expansiva, verdaderamente sociológica de la época de las Catedrales; la piedad reconstructiva, sintética en el orden personal, estratégica en el orden social, de los tiempos posteriores al protestantismo y a la reforma tridentina; son prueba histórica de la plasticidad de la piedad católica que, porque sabe adaptarse a las exigencias del humano espíritu, es la gran fuerza plasmadora de que la Iglesia católica dispone para conformar las generaciones humanas según la imagen del Hijo de Dios, ideal de «ayer, de hoy y de todos los siglos».

Pero sobre todo, es el Espíritu de Dios el que hace brotar de las entrañas de la Iglesia el agua pura de la piedad, comunicándole, por esta virtud múltiple que escondió Jesús en las entrañas de su Esposa, las propiedades que la divina tera-

peútica conoce han de ser la curación de los humanos siglos.

El espíritu es amor; también lo es la piedad: el «Dedo de Dios», *Digitus paternæ dexteræ*, sabe tocar el corazón de la Iglesia para que vibren sus fibras según el compás y el tono que marquen las exigencias sociales de orden sobrenatural. Espíritu multiforme, «fuente» y «fuego», «sombra refrigerante» y «luz beatísima», «descanso sosegado» y «Espíritu que renueva la faz de la tierra», el piadosísimo Paráclito «lo contiene todo», y pone la voz de la piedad de sus hijos, en acorde o en contrapunto, en consonancia con la voz de los siglos: *Scientiam habet vocis*.

Razón del Congreso

Y aquí teneis la razón de este congreso: la piedad montfortiana es un episodio de la historia de la piedad de la Iglesia: la ascética montfortiana, que gira alrededor de esta piedad, es uno de los matices diferentes de la ascesis en la Iglesia, en la duración de los siglos. Piedad y ascesis montfortiana responden a una situación especial de los espíritus en los dos últimos siglos.

No me incumbe el demostrarlo: pero no sería difícil contraponer al espíritu protestante el del

santo sacerdote Luis Grignón de Montfort; a la piedad fría, implacable, casi diría *impía*, del jansenismo, la cálida y efusiva piedad montfortiana; al espíritu pasivo, anti-pragmático, y por lo mismo anti-cristiano, del quietismo, la actividad apostólica, el urgente espíritu de caridad del Beato de Montfort; al brillante, pero deshuesado romanticismo, el sistema mariano montfortiano, recio de pensamiento y de estructura; al sentimentalismo modernista, adogmático, que sabe hallar a Dios directamente en la conciencia o en la subconciencia, la fórmula montfortiana, que busca a Dios en Jesús, y a Jesús *en María, con María y por María*.

Mi tesis se desarrollará en un ambiente más reducido: se ceñirá a responder a esta pregunta: «¿Se salva, en la esclavitud mariana, tal como la concibiera el Beato de Montfort, el espíritu de libertad de los hijos de Dios, del que con tanto énfasis nos habla el Apóstol?»

Yo digo que la doctrina montfortiana no sólo salva al principio intangible de la libertad humana, sino que tiene recios fundamentos en la doctrina católica de la libertad y la vigoriza en los que la profesan.

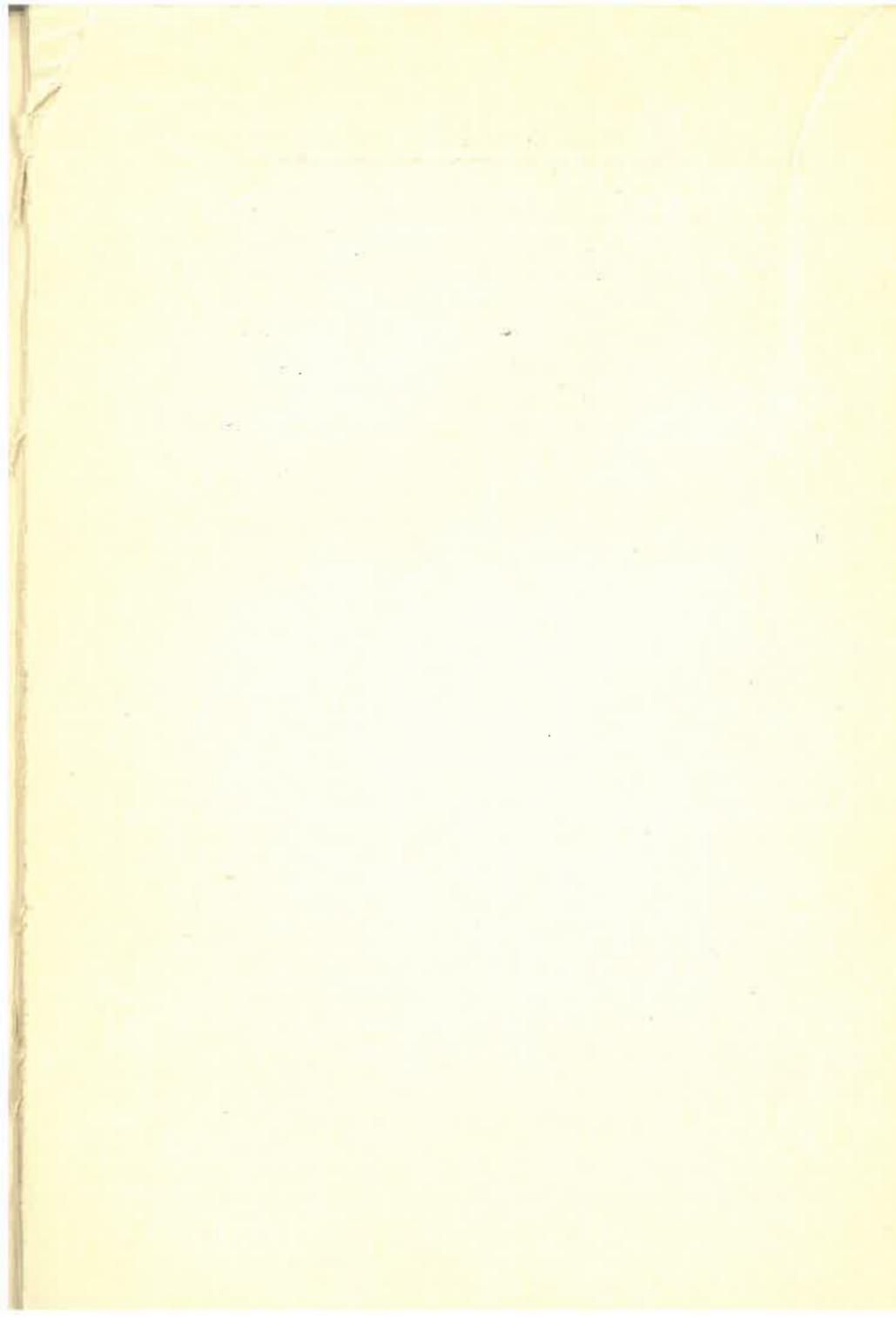
Son dos puntos de carácter teológico y práctico, a los que no falta el valor de apología, que voy a desarrollar con brevedad ante la consideración de los ilustres congresistas.

Esto era lo que decíamos por vía de introducción a nuestro trabajo en una de las solemnes sesiones de aquel Congreso.

Al ensanchar el marco de aquel estudio y nutrir con mayor abundancia de doctrina las cuartillas allí leídas para convertirlas en este opúsculo, hemos de advertir que no será él un nuevo libro de piedad montfortiana, en el sentido estricto de lectura piadosa o de libro de devoción.

Después de libros como VIDA MARIANA, del P. Nazario Pérez, EL DÍA CON MARÍA, de Lombaerde, que acaba de traducir al español el P. Rojas, y otros opúsculos de carácter ascético, amén de los escritos del Beato de Montfort, LA VERDADERA DEVOCIÓN A LA VIRGEN Y EL SECRETO DE MARÍA, creemos superfluo aumentar la literatura ascético-montfortiana con un nuevo devocionario.

No tenemos más pretensión que dar a los ya iniciados en las prácticas de la devoción mariana según el sistema de Montfort su fundamento doctrinal, no en las altas formas de la teología, sino de un modo más asequible a la generalidad de los lectores, quienes, aun prescindiendo del aspecto especial del montfortianismo, creemos hallarán en este opúsculo buena copia de ideas con que hacer más sustancial y más viva la devoción que a su celestial Madre profesan.





PRIMERA PARTE

LA DOCTRINA DE MONTFORT: SUS FUNDAMENTOS

Síntesis de la doctrina montfortiana

“**T**ODA vez que nuestra perfección consiste en estar conformes, unidos y consagrados a Jesucristo, dice Montfort, la más perfecta de todas las devociones es, sin duda, la que nos confirma, une y consagra más perfectamente a este acabado modelo de santidad. Y pues, que María es, entre todas las criaturas, la más conforme a Jesucristo, es consiguiente que, entre todas las devociones, la que consagra y conforma más un alma a Nuestro Señor, es la devoción a la Santí-

sima Virgen. Esta devoción perfectísima se podría decir que era una renovación de los votos y promesas del santo bautismo en las manos de María» (1).

De aquí la devoción mariano-montfortiana de la *Santa Esclavitud*, la que, como dice el mismo Beato en el *Secreto de María*, «consiste en darse todo entero, como esclavo, a María y a Jesús por Ella: y, además, en hacer todas las cosas por María, con María, en María y para María.»

Es, pues, la Esclavitud Mariana, el objeto formal de esta devoción. Ya no es sólo la fórmula bernardina *Ad Jesum per Mariam*; la que pone Montfort como fundamento de su sistema; en esta fórmula no se indica más que la mediación de María. Montfort añade, al título de Mediadora, el de «Madre y Señora», lo cual importa una relación especial de dependencia en sus devotos: la relación de servidumbre; pudiendo concretarse el objeto formal de la devoción montfortiana en esta fórmula: *Ad Jesum per servitatem erga Dominam Mariam*.

Servidumbre *de amor*, importa la santa Esclavitud tal unión del siervo con la Señora, que el devoto mariano debe hacer todas las cosas *por María*, constituyéndola como medio normal de nuestra dirección a Dios y de nuestro trato con El; *con María*, tomándola como modelo,

(1) *La verdadera devoción*, 2.^a parte, I.

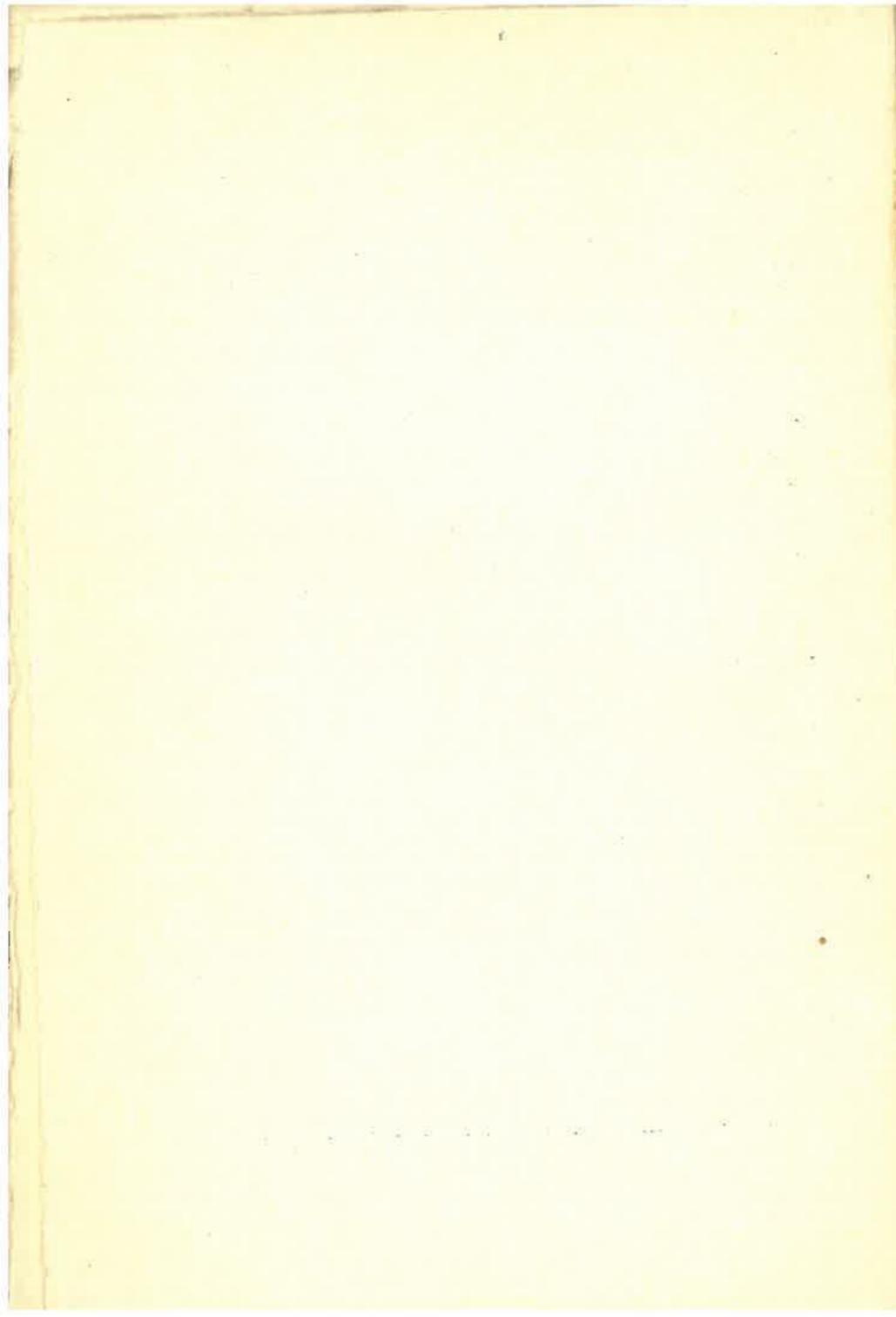
uniéndose a sus intenciones y a las de Jesucristo por Ella, y poniéndose en sus manos para que haga de nosotros lo que bien le parezca; *en María*, «entrando y morando en nuestra Madre, en sus intenciones y sentimientos, haciendo que Ella sea «como nuestra atmósfera, nuestro mundo, el sitio en que vivimos y respiramos;» *para María*, no trabajando más que para Ella, para su provecho y gloria, como fin próximo, y para gloria de Dios, como fin último (1).

Manifestación de estos sentimientos de *vida interior* mariana, es, en el orden externo, el *acto de perfecta consagración* a María, que es como la protestación oficial, solemne y única, del señorío de María sobre su devoto y de la servidumbre de éste para con la Señora.

Tal es la síntesis de la devoción mariana, según los principios del Beato Luis Grignión de Montfort.

Veamos sus fundamentos en la doctrina católica de la libertad.

(1) *El secreto de María*, anotado por el P. Lhoumeau.



I.—FUNDAMENTOS TEOLÓGICOS

I.—MARÍA, LA CORREDENTORA

El P. Janssens, comentando la fórmula del juramento de los reyes de Inglaterra en la parte en que se acusa a la Iglesia católica de fomentar la idolatría por el culto excelso que en ella se tributa a la Madre de Dios, la llama *injuriam, tabernis vix digna* (1); y aplaude a los católicos ingleses el que hubiesen protestado, al jurar el actual rey, de esta imputación infame.

¡Cómo! Comparar el culto católico de la Virgen, amor de nuestros amores, a la servidumbre idolátrica de que nos habla el Apóstol, *idolorum servitus*, es desconocer nuestra historia, es ignorar que el culto de la Virgen es algo constitucional en la Iglesia católica, la gran defensora de la libertad de los pueblos; es no saber que, si no hay libertad, si no se rinde servidumbre a

(1) JANSSENS: *De Deo Homine*, XIV.

Cristo, que es el Rey de la libertad, en el plan divino no se puede rendir total pleitesía a Cristo si no se rinde al propio tiempo a su Madre, que es la reina de la libertad.

«Dondequiera no se rinda culto a la Virgen, dice el P. Billot, el célebre restaurador de la escolástica en nuestros días, falta, por este hecho, la legítima religión cristiana. Porque no puede ser legítimo aquel Cristianismo en el que se rompe el orden de nuestra ligadura por Cristo, por Dios establecido, separando el Hijo bendito de la Mujer de la cual es Hijo, y rechazando la única manera con que se rompió la cadena que nos tenía atados al diablo» (1).

Los grandes Santos, es decir, los hombres de la libertad recia e indomable, se han llamado *siervos* de Jesús, *esclavos* de Jesús. Leed las cartas de los apóstoles: de ellas son estas frases: «Pablo, esclavo de Jesucristo» (2); «Santiago, esclavo de Dios, y de Nuestro Señor Jesucristo» (3); «Simón Pedro, esclavo y apóstol de Jesucristo» (4); «Judas, hermano de Santiago y esclavo de Jesucristo» (5); y como representativo de este sentido de esclavitud cristiana que informa el espíritu de los hijos de Cristo, sin necesidad

(1) BILLOT: *De Verbo incarnato*, Thesis XXXIX.

(2) ROM., 1, 1.

(3) JAC., 1, 1.

(4) 2 PET., 1, 1.

(5) IUD., 1.

de tejer un florilegio, que sería rebosante de espíritu de servidumbre, ved cómo nuestro Sumo Jerarca, el Vicario de Cristo, se llama «siervo de los siervos de Dios:» *Servus servorum Dei*.

Y yo digo que si el espíritu cristiano es espíritu de esclavitud cristiana, y si Cristo y María se juntan, en el plan de Dios y en la sumidad de la historia, en la misma obra de la liberación espiritual de la humanidad, el espíritu de *esclavitud cristiana* debe ser espíritu de *esclavitud mariana*. Y ved ahí la libertad de los hijos de Cristo dándose la mano con la esclavitud de los hijos de María.

¡Juego de palabras! dirá alguno. No, no es juego de palabras lo que arranca de las profundidades del dogma y de la misma naturaleza de la servidumbre cristiana. Oído bien, de la *servidumbre* cristiana; porque el cristiano es «hijo de Dios,» pero es «siervo de Dios.» Aun después de la redención por Cristo, el cristiano debe hundir su frente en el polvo de la tierra, y decirle a Dios, que se ha dignado darle un soplo de su vida y un destello de su libertad: «Siervo tuyo soy:» *Servus tuus sum ego...* (1).

La servidumbre es condición vil, dice Santo Tomás; pero sólo lo es cuando es injusto el señorío de la voluntad ajena sobre la libertad del

(1) PSALM. 118, 125.

siervo. Los filósofos antiguos, ante el hecho de la esclavitud, que llegó a ser condición normal de una gran porción de la sociedad, no se atrevieron a llamar injustas las leyes de la servidumbre humana: pero rebajaron el nivel del esclavo; negáronle los constitutivos esenciales del hombre; y entonces el hombre pudo ser ya dueño del esclavo.

Por ello no es injusta ni bochornosa la servidumbre que le prestamos a Cristo. *Christus nos liberavit*. El es quien nos arrancó del injusto dominio de Satanás expoliándole, en frase recia del Apóstol, de sus antiguos esclavos: *Expolians principatus et potestates, traduxit confidenter, palam triumphans illos in semetipso* (1). Nos libró de una servidumbre injusta; pero nos sometió a la servidumbre de Dios. Porque Cristo, que es el Rey de la libertad, se erguía un día en medio de la multitud de sus oyentes, y decía enfáticamente: «El que traspasare uno de mis mandatos más pequeños, será el más pequeño en el reino de los cielos» (2). Y es, dice Santo Tomás, comentando el *Paulus, servus Jesu Christi*, que Cristo ha ennoblecido la esclavitud: «El es, dice el Angélico, el Salvador, es el Ungido: cuanto más le estamos sometidos, más participamos de la salvación y de la unción de la que es

(1) COLOS., 2, 15.

(2) MATTH., 5, 19.

fuente. Estar sujeto a lo que es causa de nuestra perfección, como sucede con el cuerpo respecto del alma, y con la atmósfera respecto de la luz, es, ciertamente, cosa que honra.»

Pero atended que, si Cristo es el Ungido, María es la Ungida, dice el P. Janssens (1). Ella es el «Sagrario del Espíritu Santo»; la «llena de gracia»; la unida, en inefable unión de maternidad, con el Ungido de Dios; la santificada, dice el mismo teólogo, por el santísimo sacramento de la Encarnación.

Luego, si Cristo, el Ungido de Dios, es el Redentor, María es la Corredentora; si Cristo es el Libertador, María es la Libertadora del género humano. Porque, como cantaba Adán de San Víctor:

*Culpa perit, mors recedit,
Data salus, vita redit,
Per Mariam virginem.*

Ella es la consocia de Cristo en la obra de la Redención; la Madre y la Hija de Cristo, *Figlia del tuo Figlio*, como la llama el Dante. Ella es el «complemento de toda la Trinidad en la obra de la liberación del mundo», como la llama Esi-

(1) *De Deo homine*, 486.

quío (1); «sagrado gabinete donde reposa toda la Trinidad», dice Adán de San Víctor:

*Et totius Trinitatis
Nobile triclinium...*

¿Cómo es posible que no se rinda a María quien se rinde a Dios? ¿Cómo podría separarse la servidumbre de Cristo de la de María? ¿Cómo podría escandalizar el título de *Esclavitud mariana*, cuando Dios ha admitido a María en el consorcio de su señorío sobre el hombre?

La corredención por María responde a una traza maravillosa de Dios en la obra de la Redención. En todo el proceso de la obra estupenda de la liberación del hombre se nota la ejecución de lo que el P. Terrien llama sapientísimo «plan de desquite» que en su divina estrategia concibió Dios contra la infernal estrategia de Satanás. Lo canta, ya de antiguo, la Iglesia en el Oficio de Pasión: «Debía el arte divino engañar al arte multiforme del traidor; y sacar la medicina de las mismas armas con que el enemigo nos engañó»:

(1) HESICH., *Serm.* 5.

*Multiformis prōditoris
Ars ut artem falleret,
Et medelam ferret inde
Hostis unde læserat...*

De un árbol nos vino la ruina: de otro árbol, la Santa Cruz, la restauración. Un hombre, Adán, nos hace esclavos, jugándose su libertad y la de todos sus hijos, de los que es cabeza moral, en un solo acto de su voluntad descentrada: otro hombre, Cristo, nos hace libres, en cuanto, siendo cabeza espiritual de la nueva raza, con un acto libérrimo, *quia ipse voluit*, se ofrece como sustituto universal de todos los esclavos del pecado, y los redime con el precio infinito de su Sangre de Hombre-Dios.

Pero en el paraíso no hay sólo un hombre y un árbol: hay una mujer, Eva, la madre de todos los vivientes, cuya temeraria condescendencia e impertinentes pláticas con el demonio tentador, *homicida ab initio*, acarrearón nuestra ruina y la pérdida de nuestra libertad de hijos de Dios. Fué Eva el eslabón que unió el ángel malo al hombre primero; el paso a nivel por donde Satanás pudo entrar en el pensamiento y en el corazón de Adán. Es Eva una figura de gran relieve en el drama paradisiaco: sin ella no se hubiese perdido el mundo. La madre de los vivientes resultó, de hecho, la madre de una raza muerta en el orden espiritual: y si no tuvo la responsa-

bilidad capital, porque el hombre es la cabeza de la mujer, tuvo la responsabilidad, más que de cooperación, de inducción, en orden al crimen que debía hacer de la raza de Adán una raza de esclavos.

¿Cómo hubiese sido completo el plan de desquite de Dios en la liberación del mundo, si, como nos dió Dios un segundo Adán Redentor, no nos hubiese dado una segunda Eva Corredentora? Si a la caída «capital» de Adán responde una gracia «capital», que es la de Cristo, a Eva que pactó con el *homicida* y cooperó a la muerte del género humano, debía responder una segunda Eva que pactara con Dios, el Autor de la vida, y con él cooperara a la liberación de la raza prevaricadora.

«Ya que la mujer tuvo tal parte en nuestra ruina, debemos esperar verla convertida, al lado del Redentor, en el instrumento de la común reparación. Si faltase ella en esta obra, habría una laguna en la economía divina. No temamos que suceda en los consejos de Dios lo que en los de los hombres. Todo en ellos se sostiene, se traba, se armoniza. Como hay un nuevo Adán para reparar sobreabundantemente los desastres ocasionados por el primero, así habrá una nueva Eva, y ésta será María, la Virgen Madre» (1).

Bossuet añade nuevos detalles a esta repre-

(1) TERRIEN: *La Mère de Dieu*, III, Lib. I, cap. I.

sentación típica de Eva con respecto a la Corredentora: «La obra de nuestra corrupción, dice, empieza por Eva; la obra de nuestra reparación, por María: Eva pronuncia la palabra de muerte; María la de la vida: Eva era virgen en la caída, como lo es María: Eva virgen, tenía su esposo; María, la Virgen de las vírgenes, tenía asimismo el suyo: a Eva dióse la maldición: la bendición a María: *¡Bendita tu entre las mujeres!* Un ángel de tinieblas se dirige a Eva; un ángel de luz a María: el ángel de tinieblas quiere levantar a Eva a una falsa grandeza, moviéndola a ambicionar la divinidad: *Seréis como dioses*: el ángel de luz sitúa a María en la verdadera grandeza por una santa sociedad con Dios: *El Señor es contigo*, la dice Gabriel. El ángel de tinieblas, hablando a Eva, le inspira proyectos de rebelión; *¿Por qué os ha mandado Dios que no comieseis de este hermoso fruto?* El ángel de luz, hablando a María, la persuade la obediencia: *No temas, María, porque nada es imposible a Dios*. Eva cree a la serpiente, y María al ángel. De esta manera, dice Tertuliano, una fe piadosa borra la falta de una credulidad temeraria; y María, creyendo a Dios, repara lo que había arruinado Eva creyendo al diablo: *Quod illa credendo deliquit, hæc credendo delevit* (1). Y, para acabar el misterio, Eva, seducida por el demonio, es obligada a

(1) TERTULI: *De carne Christi*, cap. 17.

huir ante la faz de Dios, y María, instruída por el ángel, se hizo digna de llevar a Dios, a fin de que, en expresión de San Ireneo, la Virgen María fuese la abogada de la virgen Eva.»

«Después de una correspondencia tan exacta ¿quién podría dudar que María fuese la Eva de la nueva alianza y la «madre del pueblo nuevo»? No son los hombres quienes nos persuaden una verdad tan constante. Es Dios mismo quien nos convence, por el orden de sus profundísimos consejos, por la maravillosa economía de sus planes, por la correspondencia de cosas tan evidentemente declaradas, por la relación necesaria de todos los misterios» (1).

De esta solidaridad, en el pensamiento de Dios, entre los dos tipos Adán y Eva y sus anti-tipos Jesús y María es lícito inferir, y es ésta una idea que domina en la mariología patristica, que a un Adán prevaricador corresponde un Cristo Redentor; a una Eva cooperadora corresponde una mujer, María, Corredentora. Es el pensamiento de la Liturgia:

*Quod Eva tristis abstulit
Tu reddis almo germine...*

(1) BOSSUET: Cuarto sermón para la fiesta de la Anunciación.

Luego, la servidumbre con respecto a Cristo importa, para los redimidos con su Sangre divina, la servidumbre para con la Señora que tan íntimamente, en el plan de Dios y en la historia, se asoció a la obra de la Redención.

Por esto el Beato Montfort, en su *Tratado de la verdadera devoción a la Virgen*, que al decir del P. Faber es obra de plenitud teológica, concreta esta doctrina en estas palabras: «El Bautismo nos ha hecho esclavos de Jesucristo...; lo que digo absolutamente de Jesús, lo repito proporcionalmente de la Virgen...; no teniendo ambos más que la misma voluntad y el mismo poder, tienen los mismos súbditos, servidores y esclavos» (1).

(1) Edic. del Apost. de la Prensa, pág. 50.

2.—MARÍA, NUESTRA SEÑORA

Desentrañemos el argumento teológico de la soberanía de la Virgen sobre los cristianos, ahondando en algunos conceptos fundamentales de su historia y de su misión en la Iglesia.

¿Es realmente María *nuestra Señora*?

Así la llamó siempre nuestro pueblo. Así la llama la Liturgia. Si lo es de los ángeles, ¿cuánto más lo será de los hombres?

Ave, Regina caelorum;

Ave, Domina angelorum...

«Reina de los cielos y Señora de los ángeles» la llamamos en el Oficio divino, solicitando de ella, con estos altísimos títulos, sus oraciones ante su Hijo Jesús: *Et pro nobis Christum exora...*

Un himno antiquísimo nos la presenta reves-

tida con los mismos poderes que le ha transferido el Padre sobre todas las criaturas:

*Ecce potestati tuæ
Pater subdit quæ sunt suæ
Potestati subdita*

«Ayúdame, Señora, decía el piísimo San Anselmo, que nada soy y nada puedo si no me auxilias» (1). «Como Dios, haciéndolo todo con su poder, es Padre y Dios de todás las cosas, así la bienaventurada María, reparándolo todo con sus méritos, es la Señora y Madre de todo: *Mater est, et Domina omnium* (2). «Tantas criaturas hay al servicio de María, cuantas hay al servicio del Criador,» dice San Bernardino (3).

El Beato de Montfort así cantaba el señorío universal de María:

*Elle est la Souveraine
De tout cet univers;
Elle a dans son domaine
Le ciel et les enfers.*

Como al nombre de Jesús se dobléga todo poder, en el cielo, en la tierra y en los abismos, así al nombre dulcísimo y poderosísimo de María;

(1) S. ANSELM.: Orat. 47.

(2) EADMERO: *De excell. B. Mariæ*, c. 11.

(3) S. BERNARDINUS: Serm. 15 de Fest. Virg.

porque *María* equivale a *Señora*, dice S. Jerónimo (1).

«María, dice el P. Terrien, está sentada a la diestra de su Hijo: luego participa, de una manera inmutable, de todos sus bienes, de su beatitud, de su grandeza, de su poder... Por ello si Jesucristo es el Rey, el Rey de reyes, su Madre puede legítimamente reclamar el título de Reina.

No tenemos más que prestar atento oído para recrearnos en la proclamación de esta realeza de María: *Regina caeli, lætare: Salve, Regina: O, gloriosa Domina...*

Y cuando, con la Iglesia, así cantamos a la Señora, no hacemos más que repetir lo que hemos aprendido de los antiguos Padres. San Efrén la ha saludado como la Reina de todos los seres, nuestra gloriosísima Señora, de la cual todos somos servidores y clientes, cuyo *cetno* impera sobre todos. San Juan Damasceno dice que su Asunción gloriosa la hace entrar en posesión de los bienes de su Hijo, a fin de recibir los homenajes de toda criatura...; porque el Hijo ha sometido a su Madre todos los seres creados... Ella ha sido en verdad constituída Soberana de toda criatura cuando el Criador la ha hecho su Madre» (2).

(1) Véase la disertación *De Mariæ nomine*, del P. JANSSENS, *De Verbo Incarnato*, II parte, p. 209.

(2) Cfr. TERRIEN: *La Mère de Dieu*, I parte, T. II, p. 411.

3.—MARÍA, MADRE DEL SEÑOR

Y, en verdad; ¿dónde radica este señorío de María? En el señorío de Jesús.

María es *nuestra Señora* porque Jesucristo es *nuestro Señor*. Jesús es el Rey: María, porque es la Madre del Rey, es la Reina Madre.

El Salmo 44, después de habernos presentado a Jesús como Rey triunfador y magnífico, como le viera David, nos presenta a su Madre, la Reina, sentada a su diestra, vestida de oro y de broderías espléndidas: *Adstitit Regina a dextris tuis...*

Y es que en el misterio incomprensible de la maternidad de María se esconde otro misterio más asombroso, si cabe: el del señorío de María sobre Jesús:

Señora Madre, la llama dos veces Jesús a María, en Caná y en la Cruz (1).

(1) Nótese de paso la interpretación que a las palabras de Jesús en Caná *Quid mihi et tibi est, mulier*, da el P. KNABENBAUER: «No es necesario que me avises, *Señora Madre*, pues este es el sentido de *mulier*; ¿acaso no llega ya la hora de obrar prodigios?»

¡¡Señora Madre!! No es necesario ahondar en el concepto de la maternidad para hallar el de una superioridad especial, de un señorío verdadero, inconfundible con cualesquiera otros títulos de señorío que sobre el hombre, sobre el hijo, puedan alegarse. *Partus sequitur ventrem*, decían los antiguos; es decir, el hijo es sacratísima propiedad de la madre.

¿Quién fuera capaz de romper esta ligadura moral y ontológica entre la madre y el hijo, fundada en la misma naturaleza? ¿Quién puede decir *mío* con más razón, con títulos más entrañables que una madre cuando le dice al sér que se formó en su seno: *Hijo mío*? ¿Quién puede decirlo más que María, que vió formarse en sus entrañas el Hijo de su amor sin concurso de criatura, antes al contrario, por el concurso inmediato y personal del mismo Dios, Señor de todo, del cual vino María, por este hecho asombroso, a ser la castísima esposa?

La unión con Dios le da a la Virgen una dignidad en cierta manera infinita, dice el Angélico (1); y a esta dignidad debe corresponder un poder equivalente. A Jesús se le ha dado todo poder en el cielo y en la tierra, y está sentado a la diestra del Padre, en señal de su imperio sobre todas las cosas: *Dixit Dominus Domino meo*:

(1) *Summ. Theol.*, 1, q. 25, a. 6, ad 3.

Sede a dextris meis... (1) Es un efecto de la unión hipostática, sustancial, de la naturaleza humana a la persona del Verbo. La Maternidad divina de María pertenece también al orden hipostático; rebasa el ordinario de la gracia. El orden de la Madre debe ser proporcional al orden del Hijo, dice San Bernardino de Sena, porque hay tan íntimo enlace entre la maternidad divina y la obra de la Encarnación, que ésta no puede existir sin aquélla. (2). Por esto la Madre está en el cielo sentada a la diestra del Hijo; por esto después de él tiene la primera dignidad y el primer poder sobre el mundo. ¡Qué profundas analogías entre el Salmo sacerdotal y real, *Dixit Dominus*, y el maravilloso cántico *Magnificat*, en que la misma Virgen describe su prodigioso encumbramiento sobre todo lo de la tierra y el incontrastable poderío que deriva de su maternidad: *Fecit mihi magna qui potens est... Beatam me dicent omnes generationes... Exaltavit humiles...!*

«Donde hay propia y especial razón de dominio, dice Santo Tomás, allí hay propia y especial razón de servidumbre, porque la servidumbre se dice con relación al dominio» (3). Este luminoso principio del Angélico nos da la razón

(1) SALM. 109, 1.

(2) Cfr. TERRIEN: *La mère de Dieu*, I part., Tom. I, p. 210.

(3) *Sum. Theol.*, 2, 2, q. 81, a. 1, ad 3.

de la servidumbre del hijo respecto de la madre, porque la misma naturaleza nos dice que la madre tiene sobre el hijo una razón especial de dominio. El hijo se forma de la substancia de la madre, en el mismo seno de la madre, de la misma vida de la madre. ¿Cómo el hijo, aunque sea Hijo de Dios, si nace de una mujer según la carne: *Factus ex muliere...*, no deberá decirle a la que le dió el sér: Señora madre?

«La Santísima Virgen es *Señora* con relación al Verbo, dice el P. Janssens. Es de tal naturaleza la relación de la madre a su prole, que no puede separarse cierta superioridad de la dignidad maternal. De aquí que el nombre de *Señora* con que llaman a la Virgen todos los pueblos, no debe entenderse solamente de la preeminencia de la Virgen sobre todo lo que es inferior a ella, es decir, sobre todo, excepto la Santísima Trinidad y Cristo: sino que abraza asimismo la misma relación que hay entre María y Cristo. Por lo mismo ¿quién no ve que de aquí le viene a María una sublime dignidad? Si la Santísima Virgen goza de cierta paridad con el Padre, en cuanto tiene el mismo Hijo que El; luego en el Verbo, en cuanto es hombre, se da cierta subordinación a María» (1).

Pero Jesús es el soberano del mundo; los án-

(1) JANSSENS: *De Verbo Incarn.*, p. 479.

geles le adoran: «Cuando introduce (el Padre) a su Hijo Unigénito en el mundo, dice: Y adórenle todos los ángeles de Dios» (1). Es el Príncipe de la paz, dice Isaías; ya cuando viene al mundo, tierno niño aún, lleva sobre los hombros el principado sobre todas las cosas: «Naciónos un Niño, se nos dió un Hijo, y se puso un principado sobre sus hombros» (2). Es Cristo «Cabeza de todo principado»: «Constituyóle Dios a Jesús sobre todo principado» (3).

Prescindamos aquí de otros títulos de la soberanía de Jesús:—el ejercicio de su poder, la fuerza de su pensamiento y de su amor, el rescate del mundo por su sangre y su santidad, el reconocimiento de su realeza por los cielos y la tierra: *Regi sæculorum...*—Jesús, Hijo de María, antes de dar su primer vagido, era el Señor del mundo: ya entonces, si el mundo le hubiese conocido, se hubiese postrado ante El y le hubiese dicho, rindiéndole pleitesía de adoración y servidumbre: *Domine, Dominus noster... Señor, Señor nuestro...*

¡Cómo se agiganta, a la luz de este principio teológico, en relación con el hecho fisiológico y moral de la maternidad de María, la soberanía de la Señora Madre! Es la Señora del Señor: *Do-*

(1) HEBR., 1, 6.

(2) IS., 9, 6.

(3) COL., 2, 10; EPH., 1, 21.

mina. Si se llama sierva, *ancilla*, es por su humildad profunda, y porque, como dice Santo Tomás, sólo dentro la Trinidad no hay servidumbre de ningún género. Pero desde que el Hijo de Dios se hizo carne, hízose asimismo siervo, quedando sujeto a la servidumbre, dulcísima servidumbre, de la maternidad. Dice con razón el P. Nazario Pérez, después de notar que el nombre de hijo no está reñido con el de siervo cuando se trata de esclavitud de amor, que, tomando la esclavitud en el sentido de completa dependencia, el infante es esclavo de su madre; pues está por la misma naturaleza tan puesto en sus manos, que sin continua sujeción a ella apenas puede vivir (1).

Así se nos ofrece la figura de Jesús como la de un Dominador magnífico; pero este dominio, absoluto y radical en cuanto es el mismo dominio de Dios, está, hasta cierto punto, condicionado por esta ley natural de la maternidad. ¿Qué podría repugnar en ello, cuando el Hijo del Padre se hace Hijo de María? ¿Por qué una criatura no puede, hasta cierto punto, ser llamada la *Señora del Señor*, si es la *Madre del Señor*, como la llamó Santa Isabel, si Dios la hace Madre suya? La que es *alumbradora de Dios, teotocos*, ¿por qué no tendrá sobre el fruto de sus entrañas, que es Dios, el señorío de la maternidad?

(1) NAZARIO PÉREZ: *Vida Mariana*, cap. IV.

Isabel, la gloriosa prima de la Virgen, vería sin duda, ella que también era madre, esta grandeza de María, cuando exclamó en santos transportes: «¿De dónde me viene esto, que la Madre de mi Señor venga a mí?» (1). Vió sin duda, la madre del Bautista, iluminada por el Espíritu de Dios, la gloria del mundo y la gloria del Señor del mundo que se albergaba en el seno de María; pero no pudo contener su estupor al ver la gloria de la «bendita entre las mujeres», a la que Dios llamaría «Señora Madre: *Mulier*».

La Liturgia, sin concretar este señorío de María sobre el mundo, derivado de su maternidad divina, nos le deja adivinar en estas sublimes estrofas:

*Quem terra, pontus, sidera,
Colunt, adorant, praedicant,
Trinam regentem machinam
Clastrum Mariae bajulat.*

*Cui luna, sol et omnia
Deserviunt per tempora,
Perfusa coeli gratia
Gestant puellae viscera.*

*Beata mater munere
Cujus supernus artifex
Mundum pugillo continens
Ventris sub arca clausus est (2).*

(1) Luc., 1, 43.

(2) *In Offic. B. M. V., Ad Matut.*

*Aquel a quien la tierra, el mar y las estrellas,
veneran, adoran y anuncian;
el que gobierna cielos, tierra y abismos,
reside en el seno de María.*

*Al que el sol, la luna y todos los elementos
sirven en el tiempo,
le llevan las entrañas de una virgen
llena de gracia celestial.*

*¡Oh Madre dichosa! En el arca de su seno,
por un prodigio de la gracia,
se encierra el supremo Artífice
que en sus manos sostiene el orbe.*

Es el himno magnífico que canta la Iglesia al señorío de una madre que, al albergar en su seno a Aquel «a quien cantan tierra, mar y cielos,» a quien «sirven el sol, la luna y todo el mundo en el rodar de los tiempos», a quien «en un puño encierra el universo mundo», no pudo menos que ser constituida co-Soberana y co-Señora de toda la creación.

«Siervo tuyo soy», Señora: *Servus tuus sum ego...*: porque soy siervo de Jesús, mi Señor y Redentor: y sobre este Jesús, mi Soberano, tienes el señorío que arranca de tu gloriosa maternidad. El mismo Señor te llamó *Señora Madre...*

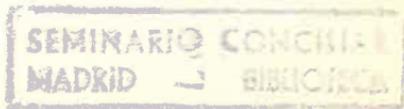
4: — NUESTRO HERMANO JESÚS Y NUESTRA MADRE MARÍA

Ahondemos en la razón teológica de la esclavitud mariana.

María es la Madre del Señor: por ello es nuestra Señora. Pero atended, que el hecho de la maternidad divina de María importa el hecho de su maternidad de adopción con respecto a los hombres. De aquí que el señorío de María sobre Cristo se corre a todo el pueblo cristiano; no ya porque somos siervos del Señor y, por lo mismo, de la Madre del Señor, sino por ley y razón de nuestra filiación adoptiva que a ella nos liga con los lazos de dulce servidumbre que atan el hijo a la madre.

«Dando a luz al Viviente es como la Virgen vino a ser madre de los vivientes», dice San Epifanio (1). Esta expresión, recia y luminosa, nos revela una relación especial, de orden espiritual y sobrenatural, con Jesús y con la Madre de Jesús; es a saber, que somos hermanos de Jesús e hijos adoptivos de la Madre de Jesús.

(1) *Heres.*, 78, n. 18.



Somos hermanos de Jesús; El es el «primogénito entre muchos hermanos» (1). «No se desdén de llamarlos hermanos a los hombres», diciendo: «Yo anunciaré vuestro nombre a mis hermanos» (2). «¿A quién llamamos Padre nuestro?, dice San Agustín: al Padre de Cristo. Quien dice al Padre de Cristo: Padre nuestro, ¿qué le dice a Cristo sino hermano nuestro?» (3)

Pero esta fraternidad con Cristo, que no es según la naturaleza, sino según la adopción por la gracia, en virtud de la cual le decimos a Dios: «Padre»..., arranca de la maternidad divina de María con respecto a su Hijo Jesús. No fuéramos hermanos de Jesús si el Verbo no se hubiese encarnado: ni la Encarnación fuera un hecho sin la voluntaria cooperación de María a los designios de Dios sobre los hombres.

La encarnación del Verbo es la causa de nuestra adopción. «Eramos por naturaleza hijos de ira», (4) dice San Pablo: raza de prevaricadores, no podíamos ser llamados hijos ni herederos: el pecado había roto la cadena de amor que nos ataba al corazón de Dios y nos había desposeído de los bienes que reserva Dios a sus hijos.

Pero «cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, formado de mujer, so-

(1) ROM., 8, 29.

(2) HEBR., 2, 11.

(3) S. AGUST., *Tract. 21 in Joann.*, n. 3.

(4) EPHE., 2, 3.

metido a la ley, para que pudiésemos recibir la adopción de hijos de Dios. Y porque sois hijos, Dios ha enviado en vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: *Abba, Padre*. Así ninguno de vosotros es siervo, sino hijo; y si es hijo, es heredero por Dios» (2). «Ved qué amor nos ha tenido el Padre, dice San Juan, que ha querido fuésemos llamados, y lo fuésemos de verdad, hijos de Dios... Carísimos míos: ahora somos hijos de Dios» (3). Somos hijos de Dios, dice San Agustín, porque el Hijo de Dios por naturaleza, por condescendencia maravillosa se hizo hijo del hombre, a fin de que nosotros, que somos hijos del hombre por naturaleza, viniésemos a ser hijos de Dios por la gracia.

Es decir, que Jesús, Hijo único de Dios en cuanto es el Verbo de Dios, consustancial con El e igual a El, ha difundido la vida de Dios entre los hombres cuya carne tomó, quedando por ello constituido mayorazgo de la humanidad divinizada. No somos nosotros hijos de Dios como El, porque Dios no nos comunica, como a El, su sustancia, sino que nos hace sólo partícipes de su naturaleza. De esta suerte se realiza la estupenda maravilla de la comunión de los hombres en la misma vida de Dios por derivación de la plenitud de la divinidad que mora

(2) GAL., 4, 4-7.

(3) 1 JO., 3, 1-2.

sustancialmente en Jesús, Hermano mayor de la humanidad.

María, la Madre de Jesús, no puede ser indiferente a esta gloriosa hermandad con su Hijo, María no es instrumento ciego de la maternidad divina. No tomó Dios de sus entrañas la sangre y la vida de María, como pudo un día tomar el inconsciente barro de la tierra para formar el cuerpo del primer hombre; sino que requirió antes, respetando los fueros de la libertad de la celestial Señora, el consentimiento de la Doncella a la grande obra.

El diálogo del ángel en el misterio de la Anunciación es trascendental para los destinos de la humanidad: en el plan actual de la Redención, no se hubiese el Verbo encarnado si María no hubiese en ello consentido. El *Fiat mihi secundum verbum tuum*, fué la revelación de la voluntad de la Virgen, y por ella de la de toda la humanidad, dice un Santo Padre, de que la Encarnación y la consiguiente Redención fuesen un hecho. Entonces entroncamos, cuanto estaba de parte de la criatura, con la corriente de la vida de Dios que venía al mundo; entonces la nueva Eva fué hecha madre de los vivientes por elección libérrima, como la primera Eva había llevado la muerte a todos sus hijos con la transgresión voluntaria de la ley.

Madre de los vivientes; y por lo mismo madre de gracia. Los hombres serán hermanos de su Hijo, porque la vida del Viviente vendrá sobre ellos; pero los hombres serán asimismo hijos suyos, porque ha puesto su voluntad y su amor a la disposición del Padre para hacer de los hombres hijos de Dios.

¡Qué maternidad y qué filiación! Jesús, el Verbo de Dios hecho hombre, que se hace hijo natural de María, levantando en cierta manera a esta criatura excelsa a la participación de la misma generación de Dios Padre, en expresión de Bossuet: y junto con esta maternidad, brotando de ella, esta otra maternidad de adopción y de gracia, que hace de los hermanos de su Hijo según la adopción hijos suyos según el espíritu, dilatando su maternidad adonde quiera que se dilate la vida cristiana.

Y ¡qué consuelo, qué profundidad de dulzura se encierra en este pensamiento! La cristiandad es así una gran familia: sólo hay en ella un Hijo natural de Dios y de María: es Cristo-Jesús, Hijo del Padre como Verbo de Dios; Hijo natural de Dios en cuanto hombre, por cuanto la unión hipostática hace partícipe a la naturaleza humana de Cristo de la filiación eterna del Verbo; Hijo natural de María asimismo en cuanto hombre, porque en su seno virginal tomó la carne y la vida. Pero en esta familia, tan dilatada como

la humanidad redimida, hay tantos hijos de adopción cuantos han sido y serán de hecho los redimidos por la sangre de Cristo, el Hermano mayor de la humanidad. Hijos de Dios que los adoptó, haciéndoles partícipes de la vida divina que circulaba en Jesús con la sangre redentora; pero hijos asimismo de María que los engendró a la vida de la gracia, dándoles voluntariamente a Jesús, que tomó su sangre redentora de las entrañas de su Madre: *Factus ex muliere*.

La adopción de los hijos de Dios es un verdadero nacimiento: «Ninguno peca de los que *han nacido de Dios*, porque permanece en ellos la *semilla de Dios*» (1). «Nos engendró voluntariamente con la palabra de la verdad» (2). ¿Cómo nos hubiese engendrado Dios, si voluntariamente no hubiese consentido María se engendrara en su seno el Hijo de Dios? ¿Como hubiese venido del cielo a la tierra la *semilla* de Dios, que es su gracia, si la que estaba llena de ella no hubiese albergado en sus entrañas purísimas al que debía ser el autor y consumidor de la gracia para el hombre, al que debía comunicársela a la raza de sus hermanos?

¡Oh, dulcísima Madre María! Os hizo tan

(1) 1 Jo., 3, 9.

(2) JAC., 1, 18.

grande Dios, que cuando quiso hacer de los siervos según naturaleza hijos de adopción por benevolencia misericordiosa, os elevó a la altísima dignidad de Esposa suya, para que el Verbo tuviese una Madre según la carne, y de Vos naciese el Hombre santísimo que debía dar a los hombres que le recibiesen, la potestad de ser hechos hijos de Dios (1). Pero, Señora Madre, al formarse en vuestro seno este Hombre, os concedió el poder de ser hecha Madre de los hijos de Dios, porque de vuestra sangre purísima se formó el cuerpo del Primogénito, sin el que no hubiese conquistado la multitud de sus hermanos el Hermano mayor de la humanidad.

De El y por nosotros sois Madre; y porque sois Madre, sois Señora. Teneis sobre vuestro Unigénito el señorío que os da vuestra maternidad según la naturaleza: y sobre nosotros, el que os da el que por Vos se haya dilatado en el mundo la raza de los hijos adoptivos de Dios.

¡Señora Madre! Cuando así os llamaba nuestro Hermano mayor, Vos, Madre nuestra, oíais en su voz, porque os lo consentía vuestro espíritu profético, la voz que se levantaba de las profundidades de los siglos cristianos, voz de millones de hijos y siervos que os decían con reverente amor: «Señora Madre...»

(1) Jo., 1, 12.

¡Oh, Jesús! exclama el P. Terrien: ¡Qué bien habeis adivinado lo que mi debilidad necesitaba para cobrar confianza en Vos y atraerme a vuestros brazos fraternales, cuando sin dejar la forma de Dios, os habeis anonadado hasta tomar mi forma que es la de esclavo! Tanto más cuanto que no os ha bastado elegir una madre de nuestra raza y de nuestra sangre. Por un prodigio de bondad sin igual, esta Madre, bendita entre todas las mujeres, nos la habeis dado por nuestra Madre. Erais Vos el Primogénito del Padre en medio de los hijos de adopción: y he aquí que os habeis hecho el Primogénito de la Virgen; y por Vos, y después de Vos, somos los hijos de María. Yo lo confieso y daría para sostenerlo toda mi sangre; ella es Madre de Dios: pero yo lo repito con el mismo entusiasmo; ella es también mi Madre.

¡Oh, Jesús! Nosotros somos por doble título hermanos: y Vois sois doblemente mi Hermano mayor. ¿Cómo no os amaré, tan cerca de Vos, tan lleno de vuestras misericordias, arrullado con Vos, por así decirlo, en los brazos y en el seno de una misma Madre común, y de tal Madre?

Yo oigo a mi derredor hablar de fraternidad universal. Dios sabe lo que hay dentro el corazón de tantos apóstoles que la predicán. Lo que sé yo, es lo que no puede ser objeto de duda para un cristiano; es que la verdadera fraternidad, la que

nos honra, la que no conoce ni envidias ni cambios, la única que puede hacer de todos los corazones «un solo corazón, de todas las almas una sola alma, es la fraternidad en Cristo. Un solo padre, una sola madre, un sólo hermano, primogénito del uno y de la otra, que nos envuelven en un mismo amor y que nos reunirán un día, herederos de la misma gloria, en un mismo banquete eterno. ¿Qué se necesita más para tener un pueblo de hermanos? (1).

(1) TERRIEN: *La Grâce et la gloire*, I, 314.

5.—NUESTRA INCORPORACION A CRISTO

Pero hay otro título del señorío de María sobre la raza de los redimidos; o mejor, hay otro aspecto de la maternidad de la Madre de Dios con respecto a nosotros. Y es que nosotros no sólo somos hermanos de Jesucristo, teniendo por ello por Madre de adopción a la Madre natural de Jesús, sino que formamos «un mismo cuerpo con Cristo» el santísimo Hijo de María.

No es ensueño místico, ni utopía a guisa de la que engendró la fraternidad comunista de los tiempos modernos. Es la gran verdad que expresaba Jesús cuando le pedía al Padre que todos estuviésemos en El, y El en todos nosotros, para consumir la gran unidad de la familia cristiana (1). Como Adán fué la cabeza física y moral de la raza pecadora, estando todos en él y estando él en cada uno de nosotros, formando lo que podríamos llamar la comunión humana del pecado, el cuerpo de la humanidad prevaricadora; así Jesucristo es Cabeza divina de la genera-

(1) Jo., 17, 23.

ción de los redimidos: «Jesucristo es cabeza del cuerpo de la Iglesia», dice San Pablo (1).

Nadie como el gran Apóstol ha desentrañado este profundo misterio del Hijo de Dios en funciones de Cabeza de los hombres a quienes redimió con su sangre «En Cristo somos bautizados» (2); «en Cristo vivimos» (3); «con El padecemos» (4); «estamos en El plantados» (5); «injertados» (6); «seremos conresucitados con El» (7); «crucificamos en nosotros a Cristo por el pecado» (8).

Es el mismo Apóstol el que proclamaba el gran principio de la vida cristiana que no es otro que la vida misma de Cristo en cada uno de nosotros: «Vivo yo, pero ya no soy yo quien vivo, sino que vive Cristo en mí» (9); ¿Cómo no vivir la misma vida, si todos formamos un cuerpo en Cristo siendo «unos los miembros de otros» (10); si todos debemos «crecer en el mismo Cristo, que es nuestra cabeza» (11); si la misma savia divina circula y se comunica «por toda

-
- (1) COL., 1, 18.
 - (2) GAL., 3, 27.
 - (3) COL., 3, 3.
 - (4) ROM., 8, 17.
 - (5) ROM., 6, 5.
 - (6) ROM., 11, 24.
 - (7) EPHES., 2, 6.
 - (8) HEBR., 6, 6.
 - (9) GAL., 2, 20.
 - (10) ROM., 12, 5.
 - (11) EPHES., 4, 15.

juntura de suministración en este cuerpo espléndido» (1); si el crecimiento de este cuerpo es, en gráfica expresión del mismo Apóstol, *incrementum Dei*, «el crecimiento de Dios mismo en la tierra?» (2).

El genio de San Agustín vió la maravilla de esta obra de Dios, y quedó estupefacto: «Admirémonos, saltemos de gozo, decía; ya no somos sólo cristianos: somos Cristo: El es la cabeza; nosotros los miembros; El y nosotros somos el hombre total: *Christus facti sumus. Si enim caput ille, nos membra; totus homo, ille et nos*» (3). Y San León el Grande así razonaba con su romana elocuencia: «Celebremos nuestro principio cuando adoramos el Nacimiento de nuestro Salvador, porque *la generación de Cristo es el origen del pueblo cristiano*. Aunque cada uno de los llamados tenga diverso orden, y todos los hijos de la Iglesia sean diversos en la serie de los tiempos, con todo, la suma de los fieles, nacida de la fuente bautismal, así como fueron crucificados en la pasión con Cristo, en su resurrección resucitados, colocados en la ascensión a la diestra del Padre, así fueron con él coengendrados en su nacimiento» (4).

(1) EPHES., 4, 16.

(2) COL., 2, 19.

(3) S. AUGUST., Tract. XXI in Joann.

(4) *Serm. in Nativ. Domini*, 6.

No he de insistir en el desarrollo de este gran principio de la incorporación de todos nosotros a Cristo, que es uno de los más firmes pilares de la doctrina paulina sobre el origen y caracteres de la vida sobrenatural en el hombre.

Pero sí que he de sacar una consecuencia obvia, que al par que ilumina con vivísima luz el punto capital de nuestras relaciones con María Santísima, llena a rebosar de consuelo y esperanza nuestros corazones cristianos.

Si María es Madre de la Cabeza, es Madre de todo el cuerpo. Si el origen de Cristo es el nacimiento del pueblo cristiano, en expresión de San León, una misma es la madre de ambos: no puede separarse lo que Dios ha unido: un mismo alumbramiento traerá al mundo al Emanuel, Dios con nosotros y a nosotros, de quienes el mismo Emanuel ha querido hacer una cosa con El: *Ut sint unum sicut et nos* (2)

«Si no fuese así, dice el P. Terrien, Jesucristo no sería todo entero hijo de María: lo sería por su persona física; no lo sería en su persona mística. Madre de quien es la cabeza, no sería María madre de los miembros: anomalía que rompería en cierta manera las divinas proporciones del misterio. Así, pues, de la misma manera que el cuerpo místico de Cristo es la plenitud y el complemento de su cuerpo natural, de igual

(1) JOANN., 17, 22.

suerte es preciso que la maternidad de María con respecto a los miembros sea la prolongación y la consumación de su maternidad divina» (1).

Este fué el nacimiento de la humanidad en el seno mismo de la Virgen cuando el día de la Encarnación consintió que se formara en sus entrañas el Hombre-Dios: fué la generación de uno y la regeneración de todos, dice un discípulo de San Bernardo. Pero vendrá un día, en la vida de la Virgen no tan sereno como el de la Anunciación, día de dolores y tinieblas, en que el Hijo de María, pendiente en Cruz afrentosa, mirará desde lo alto del madero a la que le dió el ser: y en aquella hora, fija la mente de Jesús en la gloriosa Iglesia, «sin mancha ni arruga» (2), que dentro unos momentos va a brotar de su costado abierto, le dirá a esta Iglesia, en la persona de un discípulo amado: *Ecce Mater tua*: «Aquí está tu Madre.» Esta Madre que al engendrar mi cuerpo reengendrará al mundo a la vida de Dios, obrándose en el misterio de su seno virginal el prodigio de una doble filiación, la del Hombre-Dios y la de los hombres que vivirán la vida de Dios, es mi Madre y es la Madre del mundo redimido: yo la promulgo tal a la faz de los siglos, que ya no

(1) P. TERRIEN: *La Mère des hommes*, T. 1, p. 53.

(2) EPHES., 5, 27.

podrán apartar sus miradas de esta Cruz, de este Hijo, de esta Madre.

Y el discípulo, es decir, la Santa Iglesia, la ha recibido «en su casa», como cosa suya, como Madre suya: *Et accepit eam discipulus in sua* (1). Porque desde entonces, *ex illa hora*, hasta estos momentos felices en que se agitan aquí millares de corazones al impulso del amor filial a María, la gran comunidad cristiana, el «hombre total», Cristo y nosotros, no hemos cesado de aclamarla Madre nuestra.

Madre, y por ello, Señora, que no hay señorío como el de la madre para un hijo bien nacido. Y añadimos para un hijo que todo lo es y todo debe recibirlo de su Madre, como lo es el cristiano.

(1) JOAN., 19, 27.

6. — LA MEDIADORA

La maternidad divina de María es la raíz de todas sus prerrogativas, dice Santo Tomás: ella le da a nuestra Madre cierta infinidad, como dice el mismo Angélico, en cuanto pertenece al orden hipostático; y con esta dignidad casi infinita entra en cierto modo, en las mismas funciones redentoras de la humanidad. Cristo es el Padre de la raza futura: María es la Madre: Cristo es el Redentor; María es la Corredentora: Cristo es el Señor de los remedios, María es la Señora. Veamos como siendo Cristo el Mediador, es María la Mediadora, en la misma escala de su maternidad, de su señorío y de su corredención.

Puede la mediación considerarse como un *estado* y como un *oficio*. La mediación *estado* es la situación intermedia entre los extremos que han de reconciliarse. La mediación *oficio* es el ejercicio de las funciones que aquella situación importa o consiente. Dios puro no puede ser mediador entre él y los hombres: es un extremo de los dos

que han de reconciliarse. Un hombre puro es el otro extremo: tampoco le compete el estado ni el oficio de mediador. Por ello dice Santo Tomás que el Espíritu Santo, aunque «ruega por nosotros con inenarrables gemidos» (1), tampoco puede decirse mediador de los hombres, porque es Dios purísimo como el Padre. El único Mediador es Cristo Jesús, quien, si en cuanto Dios es igual al Padre y al Espíritu Santo, es inferior a ellos en cuanto es hombre: «Uno es el Mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo-Jesús» (2): mediador por su estado, en cuanto la unión sustancial con el Verbo le coloca sobre los mismos ángeles, porque le hace Hijo natural de Dios (3); y mediador por sus oficios, porque es el redentor, el sacerdote, el intercesor y santificador de la humanidad.

En sentido absoluto, usando una expresión del Angélico, no hay, pues, más que un mediador, como no hay más que un redentor y un sacerdote, porque no hay más que un Hijo de Dios.

Pero como la maternidad divina hace a la Madre de Dios Señora y Corredentora de los hombres, así la hace también Co-mediadora, por

(1) ROM., 8, 26.

(2) 1 TIM., 2, 5.

(3) HEBR., 1, 4.

su situación de privilegio entre Dios y los hombres y por sus funciones admirables entre los dos extremos de su mediación.

El protestantismo, excesivamente celoso de la gloria de Cristo cuando se trata de compartirla con su Madre bendita, no queriendo comprender que toda la gloria de la Reina redundaba sobre el Rey y viceversa, ha echado en cara al Catolicismo el haber proclamado a la Madre de Jesús Mediadora de los hombres. Con todo, la profesión de la creencia en la mediación de María es tan antigua como nuestra misma Religión. En los mismos Hechos Apostólicos, en las pinturas murales de las catacumbas, hallaríamos la expresión de este sentimiento, tan natural en la familia cristiana, como lo es en nuestra institución doméstica la convicción del valimiento de la madre para los hijos, ante la autoridad del padre. Las obras de los Padres, las Liturgias, el sentido popular, concretan en mil formas esta verdad, realmente trascendental en la economía de la gracia y en la vida de piedad de la Iglesia.

María es Madre de Jesús: esta dignidad la coloca tan cerca de Dios, que la constituye en un rango especial, infinitamente superior, hasta cierto punto, a todo rango de la creación: y en cambio, está tan cerca de nosotros, que es de nuestra misma raza y sangre, que tiene una naturaleza y una persona específicamente iguales a

la nuestra. Si *medium est quod convenit cum extremis*, «el medio es lo que conviene con los extremos», en expresión de Santo Tomás (1), la Virgen María, «ontológicamente», usando una palabra del P. Terrien, está en situación de ejercer una poderosa mediación entre Dios y los hombres. Ninguna criatura tan cerca de Dios y de los hombres como ella. Es el pensamiento de Bossuet, bien que el gran orador, por el extremo «humano» de María, fijase especialmente en la bondad de la madre para con los hijos. «Para que pudiese socorrernos la Madre de Dios, dice, eran precisas dos condiciones: que su grandeza la acercara a Dios, y que su bondad la acercara a nosotros. La grandeza es la mano que toma; la bondad, la mano que distribuye: y ambas cualidades son precisas para que la comunicación sea perfecta. Siendo María la Madre de nuestro Salvador, su cualidad la levanta muy alto ante el Padre eterno: y siendo la misma María nuestra madre, abájala su afécción hasta compadecerse de nuestra debilidad, interesarla en nuestra dicha» (2).

Tan cerca está de Dios la Virgen María, que la tradición cristiana la ha llamado, desde la más remota antigüedad, la «Esposa» de Dios. Es

(1) *In III Sent.*, dist. XIX, a. V.

(2) BOSSUET: Exordio del 2.º sermón sobre el nacimiento de la Virgen.

la Esposa del Padre, porque el Padre la asocia a la generación temporal del Verbo, haciéndola madre de su propio Hijo: es Esposa del mismo Hijo, porque la Encarnación es un espiritual o místico matrimonio entre el Verbo y la naturaleza humana, y este vínculo debió ser estrechísimo con María hasta el punto de que Santo Tomás la haga representante de toda la naturaleza humana en el momento de la Anunciación (1): es también Esposa del Espíritu Santo, porque por la acción de este Divino Espíritu concibió en sus entrañas al Hijo de Dios.

Pero, nótese que esta triple relación con las Personas de la Trinidad Beatísima converge en el concepto y en la realidad de la maternidad de María con respecto al Hombre-Dios: de manera que María es llamada a los consejos y a la acción de la Trinidad en orden a la producción de un Hijo que, siendo Hijo de Dios, era al propio tiempo Hijo de María. Así María se adentra hasta los mismos senos de la Trinidad, de la que se ha llamado con razón el complemento, mientras que permanece entrañablemente unida, con lazos de la carne y de la sangre, con el que se llamará más tarde a sí mismo, con toda propiedad, el Hijo del Hombre. «Permanece en Dios y Dios en ella: viste a Dios y es vestido de Él», en frase de San

(1) *Sum. Theol.*, 3, q. 30. a. 1.

Bernardo (1): pero entronca con las humanas genealogías, tiene su raigambre en la tierra donde nacen todos los hijos de Adán: ¿Cómo no deberá ser llamada, con toda propiedad, Mediadora la Esposa del Mediador? ¿Cómo no será el puente entre Dios, con el cual es familiarísima, y los hombres, de cuya raza Dios la tomó?

Por ello dice Suárez que si, por un imposible, María le pidiese a Dios una merced y toda la corte celestial solicitase del mismo Dios lo contrario de lo que pidiese la Reina, la oración de la Virgen sería la más poderosa y eficaz y la de mayor valor ante el trono de Dios. Y esto, dice el gran teólogo español, por cierta deuda que tiene Dios contraída con María, por razón de la perfección de su gracia y de su caridad. Este es el motivo porque la Santa Iglesia invoca a esta bendita Virgen con más frecuencia y de una manera más intensa que a todos los demás Santos (2).

El valor de la mediación de María nos da el valor de liberación con respecto al hombre. Mediación es reconciliación, es santificación, es unión con Dios. Todo lo que hace con nosotros la mediación de Jesús, a quien Dios siempre

(1) *Serm. de las 12 prerrogativas de la Virgen*, n. 6.

(2) SUÁREZ: *De Myster. vitæ Christi*, D. 23.

oye, lo hace la mediación de María ante Jesús, que no puede dejar de oír la plegaria de su Madre. A Jesús el Padre le oye «por su reverencia» (1): a María la oye Jesús por la reverencia y el amor que tal Hijo debe a tal Madre.

Sería delicioso un análisis de las plegarias de la Liturgia en que la Iglesia ha concretado este sentimiento de fe en la mediación todopoderosa de la Virgen. La *Salve Regina*; *Santa María, Madre de Dios*; *Regina cæli*; *Ave, Regina Cælorum*; *Alma Redemptoris Mater*; *Sancta Maria succurre miseris*; el *Memorare*; algunos himnos, la Letanía lauretana, etc., no son más que un grito, arrancado de la misma entraña de la Santa Iglesia en los buenos tiempos de la piedad mariana, en que ha cristalizado la fe inquebrantable de la misma Iglesia en el poder de mediación de su Santísima Madre.

Y es que no sólo está la Virgen en situación o estado de mediadora: ella ha ejercido las funciones de tal, el *actum medii*, como le llama el Angélico, a través de los siglos cristianos. Veámoslo.

(1) HEBR., 5, 7.

7.—MARÍA, DISTRIBUIDORA DE LAS GRACIAS

Porque, yo no quisiera que apartarais vuestra consideración de un punto que es esencial en la cuestión de las relaciones entre Dios y el hombre y de las funciones que en ellas está llamada a ejercer nuestra Madre María.

El hombre es esclavo, dice San Cirilo, y Dios su soberano Dueño. Pero, por la unión con su Señor, esta criatura es libertada de su condición propia para elevarse sobre sí misma. Esclavos por naturaleza, venimos a ser hijos de Dios y dioses por la gracia. Pero repetimos que, aun en la ley de elevación por la gracia, el hombre está sujeto a Dios por servidumbre de amor. La gracia libera al hombre de la servidumbre del pecado: «Infeliz de mí, gritaba el Apóstol: ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios, por Jesucristo, Señor Nuestro», respondía (1). Y luego nos habla el mismo Apóstol de una ley de servidumbre a la ley de la gracia, en

(1) Rom., 7, 24-25.

contraposición a la servidumbre al pecado por la carne.

Gracia es liberación, pero es servidumbre; porque es condición *sine qua non* para ir a Dios. Tiene la gracia sus leyes, que no pueden violarse sin que retroceda el hombre a la servidumbre del pecado. La gracia sólo es eficaz a condición de que la libertad se asocie a ella. Si la gracia llega al santuario de la libertad humana para llamar allí con la voz y la fuerza de Dios; y la libertad, reacia, es decir, indócil a la solicitud divina de la gracia, no se atempera a las exigencias de esta fuerza divina, habrá entonces en el pecho del hombre la libertad del pecado, o a lo menos la libertad de desviarse de los caminos de Dios. Y ésta no es la libertad de los hijos de Dios.

«¡Ay de ti! Corozain, ¡ay de ti! Betsaida—les decía Jesús a las ciudades réprobas—; porque si en Tiro y Sidón se hubiesen hecho los milagros que en vosotras se han hecho, tiempo ha hubiesen hecho penitencia en la ceniza y en el cilicio» (1). Estas son las dos servidumbres y las dos libertades entre las que el hombre, quiera o no, debe escoger al seguir la ruta de su vida: servir a Dios para librarse del pecado; sacudir el dulce yugo de la gracia de Dios para someterse a la tiranía de la pasión y del

(1) MATTH., 11, 21.

crimen: «Con el espíritu sirvo a la ley de Dios, decía el Apóstol; con la carne, a la ley del pecado» (1).

No definamos ahora la gracia: lo haremos al tratar de la utilización y de la eficacia de esta fuerza sobre el humano espíritu. Fijémonos sólo en la economía divina de la dispensación de la gracia al hombre.

¿Hasta qué punto interviene María en la distribución de las gracias al hombre? Porque, si la gracia es condición indispensable de nuestra liberación espiritual, en cuanto es don y en cuanto es fuerza, es decir, en cuanto es la dispensación de un beneficio sobrenatural que le hace Dios al hombre, y en cuanto es una fuerza de eficacia decisiva en su alma en orden a los destinos eternos, quien tenga en sus manos los tesoros de este «don de Dios» (2) ejercerá indiscutible dominio sobre los espíritus, y éstos, a su vez, deberán rendirle pleitesía, so pena de no poder respirar en la libre atmósfera de los hijos de Dios.

Adoremos ante todo al Rey y Soberano Señor, Cristo Jesús, al «lleno de gracia y de verdad, como Unigénito que es del Padre» (3). Lleno en

(1) ROM., 6, 25.

(2) JOANN., 4, 10.

(3) JOANN., 1, 14.

cuanto hombre, por la gracia de unión con el Verbo de Dios, origen fontal de toda gracia, de cuyos infinitos senos viene a llenar sustancialmente a nuestro Padre, Hermano y Cabeza, Cristo Jesús (1): lleno de la gracia santificante, porque el alma santísima de Jesús estaba ungiada con unción de toda santidad: lleno como Cabeza de la humanidad redimida, porque la humanidad santísima de Cristo, como «órgano de la divinidad», en frase de San Juan Damasceno, es la que comunica la gracia de Dios a toda la humanidad. No hay gracia sin Jesús: no la hay fuera de Jesús: Dios quiso que «todos participáramos de su plenitud» (2)

Pero, si Cristo es para la humanidad la fuente de toda gracia, María es el caño, es el «acueducto», como con apelativo gráfico y decisivo, en la concreción de la doctrina y de la piedad marianas, la llama San Bernardo. «Es el cuello», dice Belarmino, si Cristo es la Cabeza. Todos los favores, todas las gracias, todas las influencias celestiales vienen de Cristo como de la cabeza; y todas vienen a su cuerpo que es la Iglesia por María; como es por el cuello en el organismo humano que la cabeza vivifica a los miembros. Hay en el cuerpo del hombre más de

(1) COL., 2, 9.

(2) JOAN., 1, 16.

una mano, más de un brazo, más de un pie: pero no hay más que una sola cabeza y un solo cuello. Así veo yo en la Iglesia muchos apóstoles, muchos mártires, muchos confesores, muchas vírgenes; pero no hay sino un Hijo de Dios y una Madre de Dios» (1).

La teología católica ha desentrañado el misterio de la intervención universal de las gracias por María y ha dado razones de altísima conveniencia con el dogma.

¿Por qué nuestra Madre, que bajo la acción vivificadora y fecunda del Espíritu Santo vió realizarse en su castísimo seno el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, cuya prolongación somos nosotros, no debe tener una participación real y universal en nuestra filiación divina, fruto de la generación temporal del Hijo de Dios en sus entrañas? El Espíritu Santo vino sobre la Virgen y la hizo Madre de Dios: ¿no vendrá el mismo Espíritu sobre María para hacerla Madre de cuantos, por la generación temporal del Verbo en sus entrañas, en ellas nacimos a la vida de Dios?

Suárez habla de una especie de jurisdicción que María tiene sobre la totalidad de la gracia

(1) ROBERT. BELLARM., *Conc. 42 de Nativ. B. Mariæ Virg.*

que Dios tiene destinada a los hombres. No hay más autoridad sobre la gracia que la de quien nos la mereció, que es el Hijo de María; pero, si el Hijo mismo se nos da por María ¿no se nos dará por ella misma la gracia del Hijo? El Verbo salta del seno del Padre al seno de la Virgen, para de allí saltar al corazón de todos los hombres, en expresión de un santo Padre; es decir, que Dios, con toda la plenitud de su redención, se nos da por María: cuando se apliquen a los hombres los frutos de esta misma redención, ¿por qué debería la gracia torcer sus caminos no viniendo por el canal por donde nos vino la redención misma?

Las mismas funciones de la maternidad con respecto a los hombres exigen esta universal dispensación de todas las gracias por María. Dios hizo a María Madre de los hombres al hacerla Madre suya; y cuando Dios, dice Santo Tomás, elige a alguien por sí mismo para una función especial, le predispone y prepara para llenar dignamente el misterio a que le destinó. Siendo la maternidad de María para con nosotros tan universal y tan duradera y tan íntima como lo es el Cristianismo, como lo es la vida de cada uno de sus hijos, no hubiese podido llenar la Madre los oficios de tal si no hubiese puesto Dios en sus manos todos los tesoros de la redención. Por razón de esta maternidad, que la

llama a intervenir en la salvación de todos los hombres, dice Santo Tomás comentando el *Gratia plena*, de Gabriel: «María es la llena de gracia cuanto a su efusión sobre todos los hombres. Es efectivamente cosa maravillosa que cada santo tenga tantas gracias cuantas necesita para la salvación de muchos. Pero la más gran maravilla fuera que tuviesen bastantes para la salvación de todos los hombres del mundo: y esto es lo que vemos en Cristo y en la bienaventurada Virgen» (1).

Este es el poderío de la Virgen en orden a la gracia. Dejemos la cuestión, agitada entre teólogos, de si hay o no gracia alguna que no nos venga por María. Es una hipótesis científica, más que la averiguación de un hecho: es cuestión de posibilidad y de teoría, más que de tesis. Lo incuestionable, y esto resulta de la tradición católica y de las mismas conveniencias del dogma, es que María, en la actual economía del Cristianismo, es la depositaria universal de la gracia: que no corre esta agua divina sin pasar por la divina María: que «se empeña en volar sin alas, en expresión del Dante, quien para ir a Dios no recorre a María.»

¡Oh, Reina soberana de la gracia! Si el alma

(1) D. THOM., *Opusc. super Salut. angel.*

de los santos, en frase de un Santo Padre, es un vaso lleno del Divino Espíritu, Vos, Señora, sois un mar inmenso de gracia. En Vos vino el Espíritu Santo con toda la plenitud con que puede venir sobre una pura criatura. Y si la gracia es vida divina, sois llena de la vida de Dios: no sólo para Vos, sino para ser «vida nuestra», que este es el oficio de la madre: *Plena tibi, superfluens nobis*. Como Eva llevaba en sus entrañas el misterio de la vida física de todos sus hijos, y por ello se llamó «madre de todos los vivientes»; como en su pecado nos trajo toda miseria, así Vos, Madre de todos los vivientes según el espíritu, henchida de la vida de Dios, la transfundís a cuantos han sido llamados a la filiación de Dios.

Así sois la puerta obligada para ir al cielo:

.....
Felix caeli porta...

Así, la servidumbre a que nos sometió Eva ha sido trocada por la dulce servidumbre de la gracia de la que sois universal depositaria:

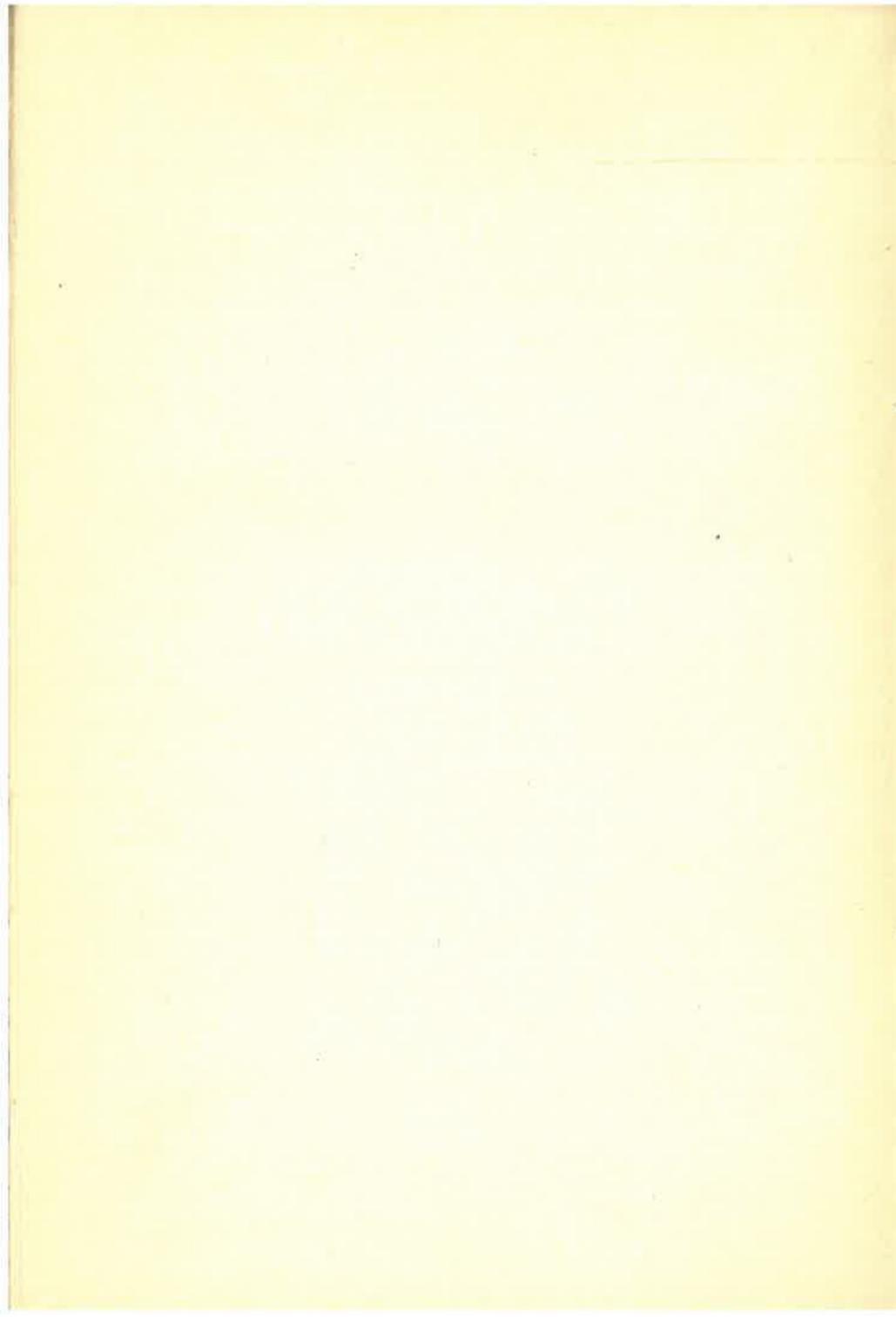
*Quod Eva tristis abstulit
Tu reddis almo germine.*

Nosotros reconocemos vuestro señorío y aplaudimos, con la Santa Iglesia, la maravilla

de una criatura virginal, en cuyas manos ha puesto Dios la vida sobrenatural del mundo y las llaves del paraíso:

*Vitam datam per Virginem
Gentes redemptæ plaudite*

.
*Intrent ut astra flebiles
Cæli recludis cardines.*



II.—RAZÓN DE PSICOLOGÍA

LA ESCLAVITUD DE AMOR

El Beato Montfort, en su *Tratado de la verdadera devoción a la Virgen*, que al decir del P. Faber es obra de plenitud teológica, concreta la doctrina de la esclavitud mariana en estas palabras: «El Bautismo nos ha hecho esclavos de Jesucristo...; lo que digo absolutamente de Jesús, lo repito absolutamente de la Virgen...; no teniendo ambos más que la misma voluntad y el mismo poder, tienen los mismos súbditos, servidores y esclavos» (1).

Pero «esclavos de amor», como dice el Beato de Montfort. Y en esta frase teneis la razón psicológica de la doctrina montfortiana de la esclavitud.

(1) Edic. del Apost. de la Prensa, pág. 50.

¡Esclavos de amor! Profunda palabra, reveladora de uno de los inexplicables misterios de nuestra actividad moral. ¡Oh, la libertad! La libertad es un gran nombre, decía Lacordaire: la dulce libertad es un hecho de conciencia universal: «Su ejercicio cotidiano es de una evidencia tan íntima, dice San Agustín, en su libro *De duabus animis*, que los pastores la cantan en las montañas, los poetas en los teatros, los bárbaros en sus fiestas, los eruditos en sus bibliotecas, los maestros en sus cátedras, los obispos en sus santuarios, el género humano en el universo entero» (1).

Pero la libertad, salvando el dogma y la conciencia y el hecho que la definen, podríamos decir que se balancea entre dos servidumbres, entre dos esclavitudes. San Pablo nos habla de una doble ley: la que «*cautiva* el pensamiento» en obsequio de Cristo, y la que está en estos miembros de carne que «*nos cautiva* en el pecado» (2). San Agustín nos habla del «peso del amor», que es el peso de la libertad, y de unas cadenas que tiran del corazón y que, por el corazón, tiran del hombre: *Amando trahitur, sine lesione trahitur, cordis vinculo trahitur...* Sin lesión es arrastrado el hombre; pero es arrastrado:

(1) AUG., *De duabus animis*, XIII, 16.

(2) 2 COR., 10, 5; ROM., 7, 23.

Trahit sua quemque voluptas, dijo el poeta: a cada uno le arrastra su pasión, su afición, su amor. «Es esclavo de su pasión», decimos en lenguaje vulgar; «es esclavo de su deber».

Y es que en la humana vida domina el «punto de óptica» mental. Se ama como se ve, decía el Beato de Montfort, y se obra como se ama. Es, en lengua vulgar, el proceso vital del acto humano, según la escolástica: *Intelligere, velle, agere*. El pensamiento guía a la voluntad, y ésta arrastra a la acción.

«El hombre vano, dice Job, se cree libre; y lo es, pero con la libertad del hijo del onagro» (1); es decir, sin libertad. En cambio, el Apóstol dice maldición a quien no ama a Cristo; y nada hay más libre que el amor, porque es el peso de la misma libertad: «Si alguien no amare a Jesucristo nuestro Señor, sea anatema» (2); es decir, sea maldición.

Pero ¿quién tiene mayores títulos al señorío de nuestro amor, después de Cristo Dios, que María, la Madre de Dios? Si es ley de la libertad la servidumbre del amor, ¿a quién podemos hacer entrega de nuestro corazón, de nuestra vida, sino a la robadora de corazones, *Raptrix cordium*, a la que es vida, *Vita*, porque es la Madre del Verbo humanado, de quien nos viene la vida, y es Madre

(1) JOB, 11, 12.

(2) 1 COR., 16, 22.

de adopción de todo el humano linaje, *Mater cunctorum viventium?*

... vita redit

Per Mariam Virginem...

Dios la vió tan grande, que no se desdeñó de hacerse obra suya, dice el Dante:

..... il suo Fattore

Non disdegnó di farse sua fattura (1).

Dios la vió tan bella, que quiso desposarse con Ella, y escribió el epitalamio más puro y ardiente que hombres han leído: el *Cantar de los Cantares*, en que dice que tiene en su corazón una herida de amor: *Vulnerasti cor meum* (2); en que la llama su esposa, su amiga y su hermana; en el que tiene frases de apasionadísimo amor, porque sólo el lenguaje de la pasión puede darle al hombre, sino la medida, barruntos a lo menos de la grandeza del amor del mismo Dios: «Eres toda hermosa, amiga mía, eres toda hermosa...»; «Como cachos de encendida granada son tus mejillas...»; Tus labios son como dos cintas de púrpura...»; «Blancos son tus dientes como manada de corderillos que vienen de lavarse...»; «Dame un beso de tu boca...» «¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres, con tus ojos de paloma...!»

Dios la vió tan excelsa que la sentó, como

(1) *Parad.*, Cant. XXXIII.

(2) *CANT.*, 4, 9.

Reina de los siglos, vestida de oro, a la diestra del Rey: *Adstetit Regina a dextris tuis...* (1), y le dió la realeza y el imperio sobre el mundo, como dice una hermosísima glosa antigua.

.
Secumque faciat
Matrem participem
Patris imperii...

Y el hombre ¿no le dará a la Virgen María, a su Madre y Reina, a su Señora y Corredentora, a su Mediadora excelsa, esta gota de amor que puso Dios en su pecho?

La historia del Cristianismo es la historia del amor a Dios y a su Cristo: pero es al propio tiempo un canto perenne de amor a esa Mujer a quien hace veinte siglos el mundo llama Madre. Cuando el Protestantismo arrancó del corazón de los pueblos sometidos a la libertad esclavizadora de la fe muerta, a la libertad fría de la razón pura, el amor a María, es decir, la fe cálida en las influencias y en el poder de la Madre de Jesús Redentor, obró en el alma de los mismos pueblos, que dejaron de ser católicos, una mutilación espantosa. Arrancóles lo que es el aroma de la religión cristiana, estímulo de la piedad, suavidad de consuelo cristiano, casi diría lo más profundamente humano de nuestra religión divina, para dejarlos con el nombre de

(1) PSAL. 44, 10.

Jesús en los labios fríos y una creencia sin unción en el corazón. ¡Quién sabe si, como ha notado alguien, el cambio profundo que en la psicología de los germanos y sajones se ha verificado en los últimos siglos, es debido a que en el orden religioso estos pueblos han quedado «sin Madre...!»

Somos libres, pero no somos libres de amar. Y yo creo que entre todas las esclavitudes del amor, la más dulce, la más legítima, la más fecunda, la más honrosa para el hombre, la que deja en los pueblos más profunda y gloriosa huella, es la esclavitud mariana.

Más aún; yo creo que, sin blasfemia, podemos aplicar al amor de la Virgen las palabras tremendas que del amor de Jesús dice el Apóstol: «Si alguien no amare a María, nuestra Señora, sea anatema:» *Si quis non amat Dominam nostram Mariam, anathema sit.* Como no hay cristianismo verdadero, según Billot, donde no está María, así no hay la santa libertad del amor cristiano donde no palpita el amor mariano.

La esclavitud de amor

Tocamos aquí el punto vivo de la dificultad que, en el mismo orden teológico y psicológico, podría oponerse al título de *Esclavitud mariana* con que se rotula el sistema de la devoción mont-

fortiana a la Virgen. No son pocos a quienes espanta el vocablo de esclavos, cuando todo en el cristianismo respira libertad, cuando la piedad católica está informada del espíritu de amplia libertad.

¿Puede el hijo llamarse «siervo» de su madre?

Es difícil y compleja, dice Ferreti, la cuestión de la esclavitud o servidumbre. El señorío dice «ordenar a otro al bien propio»: la servidumbre, «ordenarse a sí mismo al bien de otro» (1). Bajo este aspecto, Dios es el señor absoluto de todo y de todos: «Para sí mismo ordenó todas las cosas» (2). Todos somos sus esclavos, porque no podemos ordenarnos a otro fin definitivo que no sea Dios. Las Escrituras están llenas de este espíritu de señorío de Dios y de servidumbre de los hombres.

El Cristianismo no nos libró de la servidumbre de Dios: no hizo más que centrar nuestra servidumbre en el ámbito del legítimo señorío. Eramos esclavos de quien no debía ser nuestro señor, porque no podíamos ordenarnos a él como a nuestro fin.

Satanás era un detentador del señorío de Dios sobre nosotros; nosotros prestábamos nuestra servidumbre a un mal señor, a un injusto señor. Y

(1) FERRETI: *Institut. philos. moralis*, III, 140.

(2) PROV., 16, 4.

Dios, que «no quiere dar a otro su gloria», (1) nos conquistó con el precio de su sangre, «para que no nos dominara el espíritu de servidumbre, sino el espíritu de adopción, en virtud del cual le decimos a Dios; *Padre*» (2).

Es decir, que el espíritu de adopción es espíritu de libertad por contraposición a la servidumbre injusta del dominio; pero es espíritu de servidumbre dentro las relaciones de estricta justicia que nos tienen ligados a Dios.

Un día, en una de estas horas de expansión que el Hijo de Dios tenía con sus discípulos, les decía: «Ya no os llamaré siervos sino amigos...» (3). ¿Creeréis que Jesús, al hacer a sus discípulos el don riquísimo de su amistad,—y al género de amistad, dice Taparelli, pertenece el amor de padres e hijos,—creeréis que desataba con ello las ligaduras de su servidumbre?

¡Ah! no: «Vosotros sois mis amigos, continúa el Maestro y Señor, *si hiciéreis todo lo que os mando*» (4). Es la equivalencia de aquellas otras palabras de Jesús: «Quien hiciera la voluntad de mi Padre que me envió, este es mi madre y mi hermano y mi hermana» (5).

Y es, dice Santo Tomás comentando aquellas

(1) Js., 42, 8.

(2) Rom., 8, 15.

(3) Joann., 15, 15.

(4) Joan., 15, 14.

(5) Math., 12, 50.

palabras de Jesús, que hay dos clases de servidumbre: «una que procede del amor filial y, según ésta, todos los justos son siervos: y otra servidumbre es la que procede por temor de la pena y es contraria al amor, y de ésta dice: «Ya no os llamaré siervos... (1).

No son, pues, conceptos antitéticos los de filiación y servidumbre. Dios es Padre y Señor: *Pater noster*, *Dominus noster*, le decimos mil veces en la Liturgia. Por ello le debemos «esclavitud filial», aunque el uso, en mal sentido, del sustantivo «esclavitud», no consienta, en el lenguaje corriente, el apelativo «filial».

De hecho, Jesús, el Hijo predilecto del Padre, fué esclavo del Padre: «No hay inconveniente, dice Santo Tomás, en decir que Cristo fué esclavo del Padre según la naturaleza humana» (2). San Pablo dice de la servidumbre de Cristo: «Estando todas las cosas sujetas al Señor, el mismo Hijo debe estar sujeto a quien sujetó a sí todas las cosas, para que sea Dios sobre todo» (3).

Los cristianos, ya desde los tiempos apostólicos, se llamaron siempre esclavos de Cristo: «Si agradara a los hombres, decía de sí mismo

(1) D. THOM., *In Joann.*, Lec. III.

(2) *Summ. Theol.*, 3, q. 20, a. 1, ad 2.

(3) 1 Cor., 15, 28.

San Pablo, no sería esclavo de Cristo» (1). «Sois esclavos de Dios, ahora que estais libres del pecado», les decía a los Romanos (2). Conocida es la frase de San Ildefonso: «Para ser devoto esclavo del Hijo, deseo ser fiel esclavo de la Madre» (3); y la del dulce San Bernardo: «Yo soy esclavo vil, *vile mancipium*, que tengo a gran estima serlo del Hijo y de la Madre» (4).

Cierto, dice el P. Lhoumeau, que en nuestras lenguas modernas traducimos la palabra *servus* por *servidor*. La abolición de la esclavitud en nuestros tiempos de civilización, el espíritu de independencía que les anima, han hecho que se considerara la condición de esclavo como odiosa y humillante, y suena mal el nombre que la designa. Por este motivo ha prevalecido la palabra *servidor*, la que, sin embargo, debilita la fuerza del sustantivo *servus* y lo traduce de un modo imperfecto. Usémosle, si se quiere, en el lenguaje ordinario; pero, a condición de conservar la idea del dominio soberano de Dios y de nuestra dependencía absoluta respecto de Él; a condición asimismo de no privarnos enteramente de la palabra «servidumbre o esclavitud», que traduce con exactitud nuestro pensamiento y que fué usada por el Beato de Montfort.

(1) GAL., 1, 10.

(2) ROM., 6, 22.

(3) S. ILDEF., *De Virg.*, cap. 12.

(4) S. BERN., *De grad. humilit.*, cap. 23.

Habla él el lenguaje de los autores de su tiempo y es el mismo de la tradición cristiana. Es la palabra «esclavitud» la que traduce con precisión el *mancipia Christi*, de que usa el Concilio de Trento (1).

La servidumbre, pues, radicalmente considerada, no repugna a la naturaleza del hombre sino en cuanto un semejante del hombre se arroga el «total» dominio sobre el mismo hombre. Lo decía Séneca: «Yerra quien dijere que la esclavitud puede llegar a *todo* el hombre» (2).

Fuera de ello, y tratándose del altísimo dominio de Dios y de otros títulos que arrancan de nuestra relación con el Verbo de Dios humanado, no hay motivo para negar que el hombre, permaneciendo libre, puede estar ligado a Dios, a su Cristo y a su Madre Santísima con lazos de verdadera servidumbre: «Quien es siervo del Señor, es liberto del Señor; de igual manera, quien es libre, es siervo de Cristo» (3).

Remedando al Apóstol, podemos decir que somos libres, pero somos siervos de María; y lo somos por título de señorío, de co-redención, de filiación, de sujeción a su Hijo divino, de incorporación al Verbo de Dios humanado, de co-me-

(1) LHOUMEAU: *obra cit.*, p. 137.

(2) SEN., *De benef.*, Lib. III, cap. 20.

(3) I COR., 7, 22.

diación y de dispensación general de gracias, que sucintamente hemos expuesto.

Falta insinuar un argumento de historia que, si siempre fué la maestra de la vida, nunca con mejor razón así se llamó que cuando se trata de la historia de nuestra religión católica, que en la tradición y en la historia tiene las ejecutorias de su verdad y de su eficacia en la vida religiosa de los pueblos.

III. — RAZÓN DE HISTORIA

La razón de historia añadirá fuerza a los argumentos teológicos y psicológico que acabo de exponer.

Somos hijos de la Iglesia; por esto somos los hijos de la libertad. Vosotros ya lo conoceis el misterio de la santa Iglesia. Es la prolongación de la vida de Dios sobre la tierra. Jesús es Dios y es la Iglesia: es Dios, porque es el Verbo de Dios; es la Iglesia, porque en su pecho divino se formó, y, sin división de vida, se agrandó hasta cubrir la tierra. La Iglesia es el cuerpo místico de Cristo: Cristo es la Cabeza de la Iglesia: *Caput supra omnem Ecclesiam*, le llama San Plabo (1), el gran estructurador de la doctrina y de la biología sobrenatural de la sociedad espléndida a que pertenecemos. Así, por Cristo somos «injertados en Dios» (2), según frase recia del Apóstol. Y yo añado que somos injertados en

(1) EPHES., 1, 22.

(2) ROM. 11, 17.

el árbol de la libertad, porque Cristo es el autor de la libertad: *Christus nos liberavit* (1). Somos hijos de Dios, y por ello somos hijos de la libertad, porque somos hijos de su Iglesia.

Pero frente a la Iglesia, que es la institución de la libertad, se alzó en todos los siglos la herejía. Y la herejía, considerada en su conjunto histórico, tiene un denominador común: es la institución defensora y obradora de la humana esclavitud. «Cosa extraña, dice Janvier; casi todas las herejías han caído en el fatalismo: hasta las mismas que parecen ajenas a la cuestión de la libertad, esclavizan al alma bajo las leyes de una absoluta necesidad moral. Así las ideas sobre Jesucristo, de Arrio, de Apolinar, de Eutiques; las doctrinas de los monofisitas y monotelitas, tienen su resonancia en la psicología, en la moral, en la metafísica, y conducen a la absorción de la voluntad divina por la voluntad humana, o a la absorción de la voluntad humana por la voluntad divina. Pero hay una secta que, directamente, destruye el dogma de la libertad, y resume en su acción todos los esfuerzos teológicos realizados contra este artículo de nuestra fe. Nacida en las extremidades del Asia por el comercio del parsismo con el Evangelio, y aplicándonos la famosa teoría del

(1) GAL., 4, 31.

dualismo, pasa del Oriente al Occidente, del Africa a Sicilia, a España, a Italia, a Armenia y a la Tracia; de la Bulgaria pasa a Alemania, a Bélgica, a la Lombardía, a la Gascuña. Ora ocultándose como una sociedad de conspiradores; ora presentándose como una religión pública y organizada con su culto, sus templos, su sacerdocio; llamando a sus adeptos gnósticos y maniqueos en los primeros siglos del Cristianismo; eutiquitas y priscilianos del cuarto al séptimo; hijos del sol y paulicianos del séptimo al doce; cátaros y albigenses en los siglos trece y catorce; cambiando de nombre y de táctica sin variar de substancia; pactando con el Islam en los confines de la Persia; inspirando secretamente a Wiclef y Juan Hus; ocultándose en los errores de Lutero, Calvino, Bayo y Jansenio; llegando hasta nosotros para sostener las tesis que ponen el bien y el mal en el mismo plano; conmoviendo la Iglesia primitiva, revolucionando la Edad media, conduciendo a catástrofes el mundo moderno, pero seduciendo a hombres como Agustín y Bayle; a príncipes como Raimundo de Tolosa; a pueblos y razas como los sajones; y prosternándose ante una fatalidad inexorable a la cual corresponde hacernos santos o infames, salvarnos para siempre o condenarnos» (1).

(1) JANVIER. *La liberté*, I Conf., págs. 19-20.

He aquí lo que es la herejía: es la institución defensora de la esclavitud. ¡Pobre libertad, el día en que feneciera la Iglesia! Llámala a la Iglesia sus enemigos la tirana del pensamiento y del corazón; y la historia dice que sólo ella, con los rayos ardientes que ha fulminado contra las herejías, ha podido fundir los hierros con que el genio del mal trataba de aherrojar a los hijos de Dios.

Y no hablo solamente de los errores de la especulación teológica o psicológica, sino de las aberraciones de la razón práctica, que, encarnando en la política y en el espíritu mercantil de los pueblos fuertes o hábiles, supo convertir la mitad del género humano en raza de parias, que no eran dueños del trabajo de sus manos, ni del sudor de su frente, ni de su sangre, ni de su corazón, ni de su mujer e hijos, porque todo ello era del tirano. ¡Llaga asquerosa la de la lepra de la esclavitud, que sólo pudo raer y curar la santa Iglesia, la hija de la libertad; sola, sin aliados, como dice un enemigo suyo; sola, teniendo contra sí el mundo entero!

Pues bien; todos los triunfos del principio de libertad que la Iglesia defiende contra todas las herejías fautoras de la esclavitud, la muerte en duro combate de este determinismo psicológico de donde deriva toda servidumbre de las conciencias y de los pueblos, la Iglesia no se los

arroga; reconoce que no son suyos, y que si lo son, es que su Madre, que es la santa Madre de Dios, ha peleado con ella; y a los pies de su Madre María deposita los trofeos de sus victorias, las rotas cadenas de la tiranía teológica, la más entrañable, la más universal, la más despótica de todas las tiranías: *Cunctas haereses sola interemisti in universo mundo*. Es la realización histórica de la profecía genesiaca: «Aplastará tu cabeza con su calcañar». La serpiente, que es el disfraz del padre de la mentira, del *homicida ab initio*, forcejea para aprisionar entre sus anillos a los hijos que Cristo libertó: a cada crisis histórica de su esfuerzo, responde un dardo agudo de esta amazona, que se clava en el corazón de los enemigos del Rey: *Sagittae tuae acutae in corda inimicorum regis...* (1).

Donde está la Iglesia, allí está la libertad: *Ubi Ecclesia, ibi libertas*. Un teólogo moderno añade: Donde está María, allí está la Iglesia: *Ubi María, ibi Ecclesia*, apotegma cuya verdad demostró maravillosamente el cardenal Newman. ¿Por qué no podemos concluir como buenos filósofos y teólogos: *Ubi Maria, ibi libertas*: Donde está María, allí está la libertad?

Y si nosotros somos los esclavos de María, ¿por qué no seremos los hombres de la libertad?

(1) PSALM. 44, 6.

Del campo de la libertad venimos, campo que la Iglesia y la Virgen se han acotado en veinte siglos de historia; y porque en ella tenemos la garantía de la libertad, hacia ella corramos para ser esclavos de su amor. *Post te curremus...*



SEGUNDA PARTE

LA ESCLAVITUD MARIANA: VALOR DE PIEDAD

MARÍA es nuestra Señora, y esto por los diversos títulos sobre que acabamos de discurrir y que concretan la situación y oficios de nuestra Reina y Madre en la gran obra de nuestra adopción de hijos de Dios, por la que fuimos liberados de la servidumbre de Satanás y sometidos a la «filial servidumbre» de Jesucristo y, por Él, a Dios.

Tócanos ahora examinar el valor de piedad de la Esclavitud mariana para llenar los extremos de nuestra tesis. Para ello no hay más que demostrar que la Santa Esclavitud es fuerza de nuestra libertad en su tendencia a Dios, objetivo de la piedad cristiana.

Todo el problema de la libertad humana, en el pensamiento de Dios, en la psicología del

hombre y en las lecciones de la historia, está atado, según hemos visto ya, a las dos madres universales de los hombres: Eva y María. Eva nos hizo esclavos: María, su antitipo, nos hizo libres. Eva es madre del pecado: María lo es de la gracia. *Eva suggestit prævaricationem*, dice San Bernardo; *María ingessit redemptionem* (1): y en la prevaricación estaba vinculada la esclavitud, como la Redención es la libertad.

La Liturgia ha expresado delicadamente este misterio del trastrueque profundo de las condiciones de la libertad humana, de la inversión de los polos de la vida humana, en la feliz inversión del nombre de *Eva* en el *Ave* del ángel de la Anunciación:

*Sumens illud Ave
Gabrielis ore,
Funda nos in pace
Mutans Evæ nomen.*

Nuestro romance lo dice en forma concisa:

Ave sois, Eva trocada...

Por ello la Liturgia, notado el contraste, entona la estrofa de la libertad:

Solve vincla reis...

(1) Serm. in Dominic. inf. Oct. Assump. B. V. M.,
Cap. XI.

Luego, todo movimiento que tienda a unirnos a la Madre de la libertad nos hará libres, en razón directa de su intensidad y constancia; como nos haría esclavos la regresión al espíritu de Eva, nuestra primera madre, por quien nos vino la transgresión, y la esclavitud que de ella derivó.

Individualicemos la tesis, que hasta ahora hemos mantenido en la región de los principios; y veamos sucintamente cómo la Esclavitud mariana porque es fuerza de nuestra libertad en su tendencia a Dios, tiene un gran valor de piedad. Es punto que se roza con la ascesis y con el apostolado cristiano.

1.—RAZON DE HECHO: PIEDAD Y ACCION

Tratándose del valor pragmático, ejecutivo, de una doctrina ascética o de un sistema de piedad, la piedad de toque es el espíritu y la vida del autor de la doctrina o del inventor del sistema y de aquellos que se afiliaron a su escuela.

Toda forma de piedad cristiana tiene por fin la unión con Cristo; y en esta unión halla, recíprocamente, su fuerza, y su crecimiento.

La piedad es el gran principio de la actividad vital cristiana, en los individuos y en los pueblos, San Pablo sancionaba esta fuerza pragmática de la piedad cuando escribía a Timoteo que se ejercitara en ella (1). Piedad es función de amor; y amor es fuerza, decían los antiguos: *Amor omnia vincit*. El mismo Apóstol, el piadosísimo converso, que había llegado a tal punto de piedad unitiva que pudo concretar, en fórmula universal, toda la fuerza transformadora de la vida cristiana: «Vivo yo; pero ya no soy yo quien

(1) 1 TIM., 4, 7.

vivo, sino que es Cristo quien vive en mí» (1), se encaraba con todas las fuerzas de la tierra y las retaba a que le separaran de Cristo (2). Y yo creo que San Pablo es el tipo representativo de la piedad cristiana, porque es el tipo representativo del trabajo, de la acción, del apostolado cristiano.

No; el Dios cristiano no quiere que sus adoradores se adormezcan en un *nirvana* infecundo, en un quietismo espiritual que nos sustraiga a las violencias de la lucha, en el orden psicológico o en el social, Nuestro Dios es actividad sustancial: quien a Él se une entra, en cierta manera, en la órbita de su actividad, empujado por el estímulo de su amor. El es quien «vino a meter fuego en la tierra, y no quiere sino que se abra» (3): El manda, con imperio, a los obreros que vayan al trabajo de la viña; *Ite*, id; y les increpa por su ociosidad: «¿Por qué estáis todo el día ociosos?» (4). El quiere que sus discípulos, ya fatigados, boguen aún mar adentro: *Duc in altum*, y echen de nuevo unas redes que toda la noche, cien veces, habían sacado vacías (5): El da a sus apóstoles el mandato perpetuo del trabajo múltiple, fatigoso: «Enseñad;» «Bautizad;» «Predicad;» «Orad sin descanso;» «Velad.»

(1) GAL. 2, 20.

(2) ROM., 8, 35.

(3) LUC., 12, 49.

(4) MATTH., 20, 6.

(5) LUC., 5, 4-5.

Y si un día dejaba a María que oyera embelesada las palabras de sus labios y atisbara, a través de sus ojos claros, divinos, los misterios de la vida íntima del Hijo de Dios, era para consagrar una forma altísima de trabajo; trabajo de pensamiento y de amor, vibración profunda de lo más esencial de nuestro espíritu: la contemplación cristiana, es decir, lo que más acerca la actividad del hombre a la actividad de Dios: *María optimam partem elegit...* (1).

Por ello, en la historia de la Iglesia, la trayectoria general de la piedad cristiana se nos presenta con una dirección y un sentido de acción: acción clamorosa o queda, de reconcentración personal para nuestra conformación según Cristo, o de expansión social, para que la vida de Cristo prenda y corra sobre la tierra como llama en seco cañaveral.

Esto nos explica un fenómeno que nos ofrece la historia de la Iglesia; a saber, que la aparición de los grandes Santos coincide con la intensificación de la vida cristiana: son ellos como el resorte vigoroso, cuya tensión y movimiento se comunica, como los del corazón en el cuerpo humano, a todo el organismo de la sociedad cristiana.

Pondérese el valor de eficiencia de la piedad

(1) Luc., 10, 42.

crisiana en varones como Pablo y Agustín, Benito, Francisco de Asís, Tomás de Aquino, Domingo de Guzmán e Ignacio de Loyola; y en mujeres como Matilde y Gertrudis y nuestra incomparable Teresa de Jesús. Todos ellos tuvieron las raíces de su vida plantadas en la caridad de Cristo: *In charitate radicati et fundati* (1). La profundidad de su caridad produjo en ellos la hipertensión de la voluntad.

La piedad mariana del Beato Luis Grignon de Montfort se tradujo en una vida pletórica de celo y de apostolado, dos formas de acción cuya fuerza no tiene equivalente en otra religión que no sea la nuestra.

El Beato de Montfort nada tiene de quietista, aun en el sentido legítimo de la palabra. Montfort es un apóstol de duro temple, un debelador acérrimo del mal, en todas sus formas; un propagandista del bien, un hombre tenaz, que no se arredra ante el mundo contra él conjurado. Estas condiciones personales de vitalidad expansiva, más que contemplativa, reclaman una visión clara y rápida del momento en que se vive, voluntad diamantina, espíritu vivo y resuelto, empuje decisivo y persistente: y todo esto supone una hiperestesia de la libertad. La esclavitud espiritual, en el orden natural, produce la estrechez

(1) EPHE., 3, 17.

de pensamiento, la irresolución, la abulia. La esclavitud mariana se traducía en Montfort en el vigor multiforme del apostolado sacerdotal.

Vivió Montfort en tiempos de la enconada lucha doctrinal que se había entablado en Francia alrededor de las teorías heréticas de Jansenio sobre puntos delicadísimos de la predestinación y de la gracia. Jansenio había introducido en la teología y en la ascética, al decir de Brou y Rousselot, un San Agustín de contrabando; y, cubierto con la bandera del gran Obispo de Hipona, pretendió implantar un cristianismo pesimista, casi tan brutal como el de Calvino, y que se hacía pasar como cristianismo auténtico y primitivo (1).

Montfort, en el púlpito, en escritos repletos de doctrina, en acérrimas polémicas con sus adversarios, arrostrando la persecución de los mismos que debían ampararle, alta siempre la visera, como dice el P. Lhoumeau, trabajó como buen soldado de Cristo, delatando errores, persiguiendo a los sofistas hasta sus últimos reductos, predicando en todas partes la pura doctrina cristiana, sobre la encarnación y redención, la mediación y soberanía de María, su intervención de Madre en el hecho colosal del cristianismo y en la santificación personal, las prerrogativas del Papado.

(1) HUBY: *Christus*, p. 1196.

El número de sus obras, dice el P. Faber, es, como en San Antonio de Padua, increíble e inexplicable (1).

Sus escritos delatan un pensamiento y un corazón formados en la más legítima y tradicional escuela de la teología católica, iluminados y caldeados por esta luz extraordinaria que la contemplación da a los Santos. Hablando de su *Tratado de la verdadera devoción*, dice el P. Lhoumeau: «A la lectura de este libro, pregúntase uno qué fuerza debió ejercer la palabra viva del celoso misionero, cuando la letra muerta de sus escritos guarda aún, a despecho de los siglos y después de muchas lecturas, un fuego sensible y una unción que no parecen debilitarse» (2).

Sus palabras corresponden a esta plétora de acción: «Cuidado con cruzarse de brazos sin trabajar, dice en el *Secreto de María*, que mi secreto se convertirá en veneno y vendrá a ser tu condenación»: «No resistas a Dios, continúa, dejando de hacer aquello para que te ha criado». Y tratando de la mortificación personal, que exige una mano implacable, junto con la gracia de Dios, para moldearnos según Cristo mortificado: *Semper mortificationem Jesu in corpo-*

(1) FABER: Prefacio a *La verdadera devoción*, de Montfort.

(2) LHOUMEAU: *La vie spirituelle*, préface.

re nostro circumferentes (1), dice estas graves palabras a los que han encontrado a María por la verdadera devoción: «María, que es la Madre de los vivientes, da a sus hijos los trozos del árbol de la vida, que es la Cruz de Jesucristo». El mismo, con su natural gracejo, expresaba la fuerza de su alma grande con estas palabras, que repetía con frecuencia en medio de las luchas que sostuvo: «Yo soy un gallo, y nunca canto más fuerte que cuando me despluman» (2).

Así, pues, la fórmula de la ascética montfortiana que se reduce a la *Santa Esclavitud*, alcanzada en María y por María, tuvo en el Beato Luis de Montfort la misma fuerza ejecutiva que otras fórmulas en otros grandes ascetas cristianos. Como toda piedad legítima, la del Beato Grignón se tradujo en vigor y expansión de la libertad.

El Beato de Montfort había tenido ya sus precursores en la práctica de la Santa Esclavitud, como tuvo millares de seguidores cuando hubo sistematizado esta práctica admirable de la devoción mariana. Y todos los devotos de la Santa Esclavitud se han distinguido por su espíritu activo que, radicando en el amor de Jesús, y en el de María para ahondar más en el de Jesús, se ha producido en obras maravillosas de

(1) 2 COR., 4, 10.

(2) MONTFORT: *El Secreto de María*, passim.

apostolado, manifestación auténtica de la piedad cristiana.

Los nombres de San Odilón, del Beato Simón de Rojas, infatigable Apóstol de la Esclavitud en España y Alemania en los siglos XVI-XVII, del P. Tanicio, que tan admirablemente propagó en Polonia la devoción de la Esclavitud, bastarían para demostrar que no sólo no hay pugna entre el celo apostólico y la servidumbre mariana, sino que ésta es tensión de voluntad y estímulo de toda fuerza puesta al servicio de la gloria de Dios y de la salvación de las almas.

El Venerable P. Claret se consagraba, a mediados del pasado siglo, «esclavo» de María; y no podrá negarse al santo fundador de los Misioneros del Inmaculado Corazón de María un espíritu de piedad profunda, que se manifestaba en la prodigiosa actividad de su apostolado, uno de los más fecundos de los tiempos modernos.

En el libro del Beato de Montfort se inspiró Pío X, el Papa del celo ardiente e infatigable, para escribir su Encíclica *Ad diem illum*, como se complacía él mismo en decirlo.

Y cuando nouviésemos otro argumento que este espléndido Congreso mariano-montfortiano, ¿no tendríamos bastante para afirmar la eficacia de la devoción de la esclavitud en orden al apostolado cristiano?

Porque lo que aquí palpita, ya en estas sesiones públicas, magníficas, con la magnificen-

cia de las grandes cosas del Catolicismo, tal como pueden desplegarse en el seno de una ciudad opulenta y de abolengo mariano como Barcelona, que ha puesto todos sus recursos al servicio de la gran idea, ya en las secciones diversas, en que se ha laborado maravillosamente en pro de la piedad mariana en nuestra patria, es un espíritu ferventísimo, «español» de verdad, de devoción a nuestra Reina y Señora. Pero como la piedad verdadera es generadora de energía, y tiende, sin que pueda represarse, a la expansión invasora, este Congreso ha tomado, desde sus comienzos, una orientación de franco apostolado, que nos hace esperar grandes bienes en todos los órdenes.

Ya el Congreso mariano de Einsiedeln había afirmado, en una de sus conclusiones, que la devoción a la Virgen, según el espíritu de Montfort, debe considerarse como un asunto de capital importancia en el orden pedagógico, en la familia, en la escuela y en las reuniones sociales.

Es que la devoción mariano-montfortiana es la pequeña simiente en la que hay que reconocer energías vitales para hacer de ella un árbol copudo en que se amporen y multipliquen las aves del cielo, símbolo de las virtudes cristianas, esencialmente activas y fecundas.

El amor a María ha sido en todos los siglos poderoso estimulante de las virtudes cristianas.

La fórmula montfortiana de devoción a la Virgen, providencialmente propuesta a los cristianos de los tiempos modernos, no podía menos que adaptarse a las nuevas exigencias del espíritu cristiano, exigencias que reclaman una acción intensa en todos los órdenes de la vida.

2. — ARGUMENTO TEOLOGICO

LA ESCLAVITUD MARIANA Y LA GRACIA

Al argumento de hecho, añadamos la prueba teológica, prueba que arranca de la naturaleza y funciones de la gracia en nuestra alma y de la intervención de María en la economía de la misma gracia, como elemento activo de nuestra santificación.

La gracia, dicen los teólogos, es un accidente creado que transforma el alma y la asimila a Dios (1): es un hábito inmanente, semilla de Dios en el alma, y principio de los actos meritorios y de la visión beatífica (2). Esta es la gracia «santificante», que nos constituye en «estado» de gracia y nos hace hijos adoptivos de Dios, y nos hace vivir una vida deiforme.

A esta fuerza divina, que transforma nuestra

(1) D. THOM., I, Dist. 17, q. 1, a. 1, ad 1.

(2) DOM. SOTO, *De Nat. et Gratia*, Lib. 1, Cap. 5.

naturaleza, elevándola sobre su nivel nativo y haciéndola vivir vida «sobrenatural», corresponden unos principios de actividad, complemento de la misma gracia, por los que ésta se apodera, sobrenaturalizándolos, de todos los resortes de la vida natural, y los mueve en el sentido de Dios, haciéndoles producir obras de vida cristiana, meritorias de la vida deiforme en la visión beatífica.

Son estas fuerzas o propiedades las virtudes sobrenaturales infusas y los Dones del Espíritu Santo, principios de actividad divina, reservas de vida sobrenatural que el Espíritu Santificador ha situado en la entraña misma de nuestra actividad, para que no sólo viviéramos, sino que obráramos «divinamente» como dice el Angélico. Si el hombre, dice Santo Tomás, es, en virtud de la gracia santificante, un dios; si por las virtudes infusas posee los principios de acción proporcionados a esta sobrenatural grandeza, «es preciso que la regla de obrar sea la divinidad participada por el hombre a su manera, para que no obre ya humanamente, sino como hecho dios por participación» (1).

No es este el momento ni el lugar oportuno para ahondar en el misterio, profundo misterio de la dignación de Dios, de la actividad divina que

(1) D. THOM. In III, Dist. 34, q. 1, a. 3.—Cfr. P. TERRIEN: *La grâce et la gloire*, Tom. I, p. 148.

se aglutina con la actividad del hombre, de la gracia que obra sinérgicamente con la libertad, para producir en nosotros los frutos de la santidad y de la vida eterna.

Baste decir que la gracia de Dios, que es el eje y sostén de la vida divina del hombre, es aguijón, vigor, tensión de nuestra libertad que, a su vez, es el eje y sostén de nuestra actividad natural. «Por la gracia de Dios soy lo que soy», decía el Apóstol: es decir, por ella soy cristiano, apóstol, genio del pensamiento cristiano, santo: y San Pablo fué todo esto por su libertad. La gracia de Dios, en su manifestación más alta y sintética, que es la caridad, es la que empuja la vida cristiana: *Charitas Christi urget nos*, decía el mismo Apóstol (1). La fuerza de la voluntad caracteriza al hombre: *Homines sunt voluntates*, decían los antiguos: la fuerza de la libertad específica a los santos.

Nadie desconoce la intervención de María en la divina economía de la distribución y actuación de las gracias de Dios. Montfort dice que «todos los dones, virtudes y gracias del Espíritu Santo son distribuídos por las manos de María a quien quiere, cuando Ella quiere, de la manera y en la medida que Ella quiere». Temerario fuera afirmar que Dios no puede comunicar sus gra-

(1) 2 Cor. 5, 14.

cias a su criatura sin la intervención de su Madre; pero Él quiso que la Corredentora y Co-mediadora del linaje humano fuese el medio moral de la comunicación de los frutos de la Redención a los redimidos. «Nada iguala a María, dice San Anselmo: quien pudo hacerlo todo de la nada, no quiso rehacerlo, cuando fué violado, sin María: Dios es el Padre de las cosas creadas, y María madre de las cosas re-creadas» (1).

La Virgen Santísima, por el hecho de su maternidad divina, está íntimamente ligada al misterio vital del Cristianismo. Si su hijo vino al mundo «para que tuviésemos vida y la tuviésemos abundante» (2), ella dió la vida al que es Autor de ella. La Iglesia nos indica este ciclo misterioso de la vida que circula por el mundo cristiano, después de haber brotado de las entrañas de la Madre de Dios: *Per quam meruimus Auctorem vitæ suscipere* (3). Santo Tomás señala con frase lapidaria, esta altísima posición de María en el mundo de la gracia: «Dando a luz al que es lleno de gracia, la derivó en cierta manera a todo el mundo»: *Ut eum, qui est plenus omni gratia, pariendo, quodammodo gratiam ad omnes derivaret* (4).

Esto en tesis, y por exigencias de la posición

(1) SAN ANSELM., ORAT. 52.

(2) JOANN., 10, 10.

(3) Antiph. temp. Nativ.

(4) *Sum. Theol.*, 3 q. 27, a. 5.

de María en el plan divino de la Redención: en el orden personal e histórico, en el desarrollo del Cristianismo como en la vida de cada uno de sus hijos, María no hará más que trabajarnos, con amor de Madre, para fundirnos en Jesús, para que vivamos en Jesús, o mejor, para que Jesús viva en cada uno de nosotros, que es la gran ley del Cristianismo, para imprimir en nuestras almas la imagen de su hijo con el «sello del Espíritu Santo», de que nos habla San Pablo (1).

El mismo Apóstol dice que sufría los dolores de un alumbramiento espiritual para engendrar según Cristo a sus discípulos: «Hijitos míos, a quienes doy segunda vez a luz, hasta que se forme Cristo en vosotros» (2). ¿Qué no hará la Virgen en favor de quienes fuimos ya por ella engendrados cuando consintió, en nombre de toda la humana naturaleza, como dice Santo Tomás, en que se formara en sus entrañas la Santísima Humanidad de Jesús, por quien debíamos ser hechos hijos adoptivos de Dios: *Per annuntiationem expectabatur consensus Virginis loco totius humanae naturae?* (3).

Y ¿qué no hará especialmente en favor de quienes se han puesto sin reserva en sus manos por la Santa Esclavitud?

(1) EPHES., 1, 13.

(2) GAL., 4, 19.

(3) D. THOM.: 3, q. 30, a. 1.

El orden de santificación individual sigue al orden de la economía general. Cristo, que unió a la humanidad con Dios por la sangre de su Cruz, como dice el Apóstol, nos une particularmente a Dios por la aplicación personal de los méritos de su misma Sangre. Así sucede con María: «Por nosotros y por nuestra salvación descendió el Hijo de Dios de los cielos, y se encarnó *ex Maria Virgine*»: no obrará Jesús nuestra liberación personal sin la intervención de la Virgen: no querrá que nazcamos a la gracia sino por María Virgen: *ex Maria Virgine*.

Es el pensamiento de Bossuet: «Los dones de Dios, dice el gran orador: son sin arrepentimiento: habiendo Dios querido darnos a Jesucristo por la Virgen, este orden no cambiará jamás. Es y será siempre verdad que habiendo recibido María por su caridad el principio universal de toda gracia, recibimos nosotros aún por su mediación las diversas aplicaciones en los diferentes estados que componen la vida cristiana. Habiendo contribuido tanto su caridad material a nuestra salvación en el misterio de la Encarnación, que es el principio universal de la gracia, Ella contribuirá eternamente en todas las demás operaciones, que no son más que derivados de aquella gracia» (1). Y León XIII daba la misma doctrina con estas precisas palabras, que pare-

(1) BOSSUET: Sermón sobre la fiesta de la Concepción.

cen un eco de la doctrina montfortiana: «Del magnífico tesoro de gracias aportado por Cristo, nada se nos ha de dar, según los eternos designios, si no es por María. Desde este momento, es dirigiéndonos a Ella como debemos ir a Cristo, casi de igual manera que por Cristo nos acercamos a nuestro Padre celestial» (2).

Pero nótese que si el camino natural del descenso de las gracias de Jesús es por María, como por ella es el ascenso ordinario del alma a Jesús y al Padre, aquellas almas recibirán con mayor facilidad y plenitud la vida de Dios que se constituyan voluntariamente en un estado de dependencia tal con respecto a la Madre que las coloque de manera más definitiva y total dentro de esta trayectoria de la gracia: el Padre, Jesús, María, el alma. El sistema montfortiano de devoción a María centra nuestras almas en el plan providencial de la distribución de gracias: la perfecta consagración, la vida interior por María, con María, en María y para María, la infancia espiritual y otras prácticas montfortianas son un verdadero esfuerzo de la libertad humana, de la psicología humana, para concertar toda la vida y hacerla correr por el cauce de María, que es el «acueducto» de la gracia, a fin

(2) *Encicl. sobre el Smo. Rosario*, 22 Sept. 1891.—
Cfr. MARMION: *Le Christ, vie de l'âme*, p. 555.

de que ni la gracia se pierda para el alma, ni en el alma haya vibración de vida que no se produzca en la atmósfera de María, que es la atmósfera de Dios más respirable y asimilable para el hombre.

**3.—LA VIDA DE PIEDAD:
COMO MARIA INTERVIENE EN ELLA:
PIEDAD Y ESCLAVITUD**

María es «la llena de gracia,» para Ella y para nosotros: es la Madre de la gracia: *Mater gratiae*, que la difunde por el mundo, como depositaria que es y distribuidora de la gracia de su Hijo.

¿Cómo logra María la eficacia de su intervención en orden a la gracia? ¿Ofrece la Esclavitud mariana garantías de una mayor eficiencia en nuestra vida espiritual por parte de nuestra Reina y Madre?

Las dos cuestiones son importantísimas: la primera en el orden puramente doctrinal; la segunda dice ya relación directa con nuestra vida de piedad: no sólo con la práctica de la ascesis montfortiana, que nos promete una mayor intervención de la Señora en nuestra personal santificación, sino en orden a la misma vida de piedad en lo que tiene de más fundamental, que es la unión con Dios por la caridad.

La vida de piedad.—Viene aquí a propósito una sencilla digresión sobre la naturaleza de la piedad. Piedad es caridad, es decir, es gracia, en lo que la gracia tiene de más aquilatado y firme.

Toda tendencia a Dios, todo movimiento de religión, a *religando*, es movimiento de piedad, porque piedad es unión y deseo de mayor unión. Pero la piedad definitiva es la unión a Dios por caridad, por la gracia santificante.

La Piedad es vida interior; es la vida de Dios en nosotros; es Jesucristo viviendo en nosotros. La piedad de Dios para con nosotros es dársenos en *Emmanuel*, «Dios con nosotros;» la máxima piedad de Emanuel es dársenos en comida, *ad omnimodam unionem*, como dice Santo Tomás; es la Eucaristía en sacrificio por nosotros y en comunión con nosotros. Nuestra máxima piedad para Dios es entregarnos a El, quitando todo obstáculo que pueda impedir nuestra unión con El. Entonces viene a nosotros la Trinidad Beatísima, y «hace en nosotros su morada» (1).

No es, pues, la piedad, fundamentalmente considerada, nuestra vida externa de religión; ni las pías que recitamos, ni las manos que se pliegan ante el pecho, ni las actitudes de penitencia o compunción. Por ahí rezuma la piedad; pero no es esto la piedad, como no es vida el movi-

(1) JOAN., 14, 23.

miento de un ser orgánico, bien que puede ser una manifestación de la vida.

«En la piedad, dice Guibert, el alma ha sido fortificada por la presencia de un ser más grande que ella. Esta actividad interior, fruto de la vida de piedad, no puede contenerse en el interior. Ella se revela en el exterior de una manera tan fatal como la savia ascendente de la primavera en los brotes de las plantas. Bajo la acción de la piedad, se regula la apostura por la modestia y el dominio de sí mismo; el carácter se hace igual y apacible; imprégnanse las palabras de sobrenatural caridad; las manos se prestan a las obras de celo y de abnegación: todo el ser se entrega a las generosas inspiraciones de la gracia para inmolar el egoísmo y hacer el don desinteresado de sí mismo. Tales son los frutos que produce la verdadera savia de la vida de piedad» (1). En este sentido decía el Apóstol que «la piedad es útil para todo» (2); porque es, en su fondo, la unión con Dios en amor; y el amor de Dios empuja a todo bien: *Charitas Christi urget nos* (3).

Pero si la piedad definitiva tiene por equivalente la caridad, que podríamos llamar la «piedad estado», hay mil actos de piedad que, o nos

(1) GUIBERT: *La piété*, 27.

(2) 1 TIM., 4, 1.

(3) 2 COR. 5, 14.

acercan a este estado, desde el movimiento rudimentario que inicia nuestra aproximación a Dios, si estamos separados de El, hasta la disposición inmediata a la infusión de la gracia; que es vida de Dios; o intensifican esta misma vida cuando el alma se ha unido ya en caridad con Dios.

Toda esa gama de la piedad, con toda la intensidad de vibración espiritual, con toda la variedad de manifestaciones de orden psicológico, emotivo y hasta fisiológico y orgánico, intenciones, voliciones, aspiraciones y deseos, sentimientos, actitudes corporales; en una palabra, todo lo que en alguna forma puede acercarnos a Dios, que es centro de tendencia y conquista de la piedad, todo reclama un auxilio de Dios, «sin el que nada podemos hacer» (1), en orden a nuestra unión con El. Es ley absoluta en la vida divina del hombre, y hasta en los esfuerzos para lograrla, que «nadie va a Jesucristo si el Padre que le envió no le atrae:» *Nemo venit ad me nisi Pater, qui misit me, traxerit eum* (2).

De este sencillo bosquejo sobre la naturaleza de la piedad, ya aparece la intervención que pueda tener María en la vida de piedad de sus hi-

(1) JOAN., 15, 5.

(2) JOAN., 6, 44.

jos. Es la universal mediadora y la distribuidora de la gracia; luego, por los conceptos que acabamos de exponer, Ella regula nuestra vida de piedad; sin ella, de hecho y hasta cierto punto, nada podemos hacer. Ella nos puede decir, a cada uno de nosotros, por la solidaridad de sus destinos con los de Jesús: *Sine me, nihil potestis facere*: «Nada podeis sin mí; que si mi Jesús es la vid, y vosotros los sarmientos, yo soy la tierra en que echó su raigambre el Hijo de Dios al humanarse.»

«Inseparable de Jesús, dice Marmion, nuestra santidad, es decir, nuestra piedad, consiste en entrar, todo lo más que podemos, en la economía divina, ya que, en los designios de Dios, María dice relación, de hecho, a la esencia misma del misterio de Cristo: Madre de Jesús, es Madre de Aquel en quien lo hallamos todo» (1).

Como la Madre ayuda a sus hijos.—Respondamos ya a la primera cuestión. ¿Cómo coopera María a la vida divina en nosotros?

«La efusión de la gracia en nosotros, dice Santo Tomás, no corresponde más que a Cristo; y esta causalidad santificante resulta de la unión íntima que hay en Cristo entre la divinidad y la humanidad» (2). «Solo» Dios puede deificar al

(1) MARMION: *ob. cit.*, p. 554.

(2) D. THOM. 3, q. 8, a. 6.

hombre, dice el Angélico en otra parte, comunicándole por semejanza una participación de su naturaleza divina, como es necesario ser fuego para abrasar» (1). María, pues, no es causa eficiente de la gracia: toda ella brota, como de su origen fontal y de la cabeza, con respecto a nosotros, de la Santísima Humanidad de Jesús, a quien el Padre se lo dió «todo»: *Pater amat Filium et omnia dedit in manu ejus* (2).

¿Puede llamarse María causa instrumental de la gracia? El instrumento es causa eficiente que produce un efecto por virtud que le comunica la causa principal. La Humanidad de Jesucristo, en cuanto es órgano de la divinidad, es la causa instrumental de la gracia y, por voluntad o institución del mismo Jesús, los sacramentos son causas instrumentales por las que se nos confiere oficialmente la gracia. «La Pasión del Salvador dice Santo Tomás, obra en los sacramentos de la ley nueva, y éstos concurren como instrumentos de la gracia» (3).

Bajo este aspecto, y a lo menos como medio normal de la infusión de la gracia, no puede decirse María causa instrumental de la misma. «Es cosa inaudita, dice Suárez, que la

(1) D. TOM. 1, 2, q. 112, a. 1, c.

(2) JOAN. 3, 35.

(3) Q. 27 *De veritate*, a. 4.

Bienaventurada Virgen sea un instrumento de Cristo en la producción de la gracia: si así fuese, podría decirse que Jesús se sirve de María como de instrumento para la consagración de su cuerpo y de su sangre, en la acción del sacrificio, lo que sería pura herejía. Por lo mismo, no es Ella causa eficiente de la gracia, mayormente si se trata de una ley regular y constante. Si alguien, no obstante, pretendiese que en casos excepcionales y por vía de milagro Ella ha sido escogida para ser el instrumento propiamente dicho de una santificación particular, como la de Juan Bautista o de cualquier otro, esto sería afirmar, por lo menos, una cosa incierta; pero sin merecer la censura de que sería acreedor transformando en regla común este caso «extraordinario» (1).

Otra hipótesis: ¿Tiene la Virgen, en orden a la infusión de la gracia, un poder especial que podríamos llamar intermedio entre el dominio absoluto que sobre la gracia tiene Jesús y la eficacia instrumental que comunicó a los sacramentos? ¿Es decir, el «poder de excelencia» o de «ministerio principal» que reside en Cristo respecto de la gracia, en virtud del cual pudo instituir sacramentos que fuesen sus medios norma-

(1) SUÁREZ: *De Mysteriis Christi*, D. 23.—Cfr. TERRIEN: *La Mère des Hommes*, tom. 1, p. 410.

les de infusión, así como infundirla sin los sacramentos por sólo su imperio, lo comunicó a su Santísima Madre? (1).

El P. Billot dice que, a condición de que la potestad de excelencia no se entienda con aquella perfección y eminencia según las que convienen a Cristo, «no aparece contradicción alguna en que Cristo confriese a un puro hombre tal plenitud de gracia que mereciese dispensarla a los demás por medio de los sacramentos. Porque si el hombre merecía ahora para sí *de condigno*, aumento de gracia y la vida eterna, ¿por qué en otro orden de la Providencia no podría merecer la gracia, no precisamente para sí, sino para los demás?» (2).

Lo que el eximio teólogo supone posible «en otro orden de la Providencia» ¿puede considerarse un hecho tratándose de la Madre, cuya dignidad trasciende inmensamente sobre el orden normal del «puro hombre?»

Al juicio de los doctos y al más alto de la Iglesia dejamos la solución del arduo problema. Pero atiéndanse los títulos de Corredentora y Comediadora; la «plenitud de gracia» que Santo Tomás exige para el ejercicio de un ministerio principal

(1) Se leerá con provecho sobre este punto el interesante estudio que el P. Pelegrín Ferrer, C. M. F., ha publicado en la revista ILUSTRACIÓN DEL CLERO, n.º 294 y siguientes: en él, y con copiosas razones, se aboga por la sentencia afirmativa.

(2) BILLOT: *De Sacramentis*, 1, 159.

o de excelencia y que en María es la máxima que puede recibir una criatura; la especie de «jurisdicción» que sobre la gracia de su Hijo tiene María, en opinión de Suárez; este sentido de plenitud de poder y de imperio que la tradición cristiana ha reconocido en María y que con mil expresiones vehementes, claras, definitivas, han concretado los Padres y escritores eclesiásticos; la doctrina de San Ligorio, según el cual, tratándose de las prerrogativas de la Virgen, conviene admitir todo cuanto, sin error, puede creerse de sus grandezas (1); y dígasenos si no se siente inclinado con fuerza el ánimo devoto de la Madre a reconocer en ella un poder extraordinario en orden a la infusión de la gracia en el alma de sus hijos. Si «el Padre amó tanto al Hijo que se lo dió *todo*,» ¿por qué no se lo habrá dado *todo* a María, a la que tanto ama, cuando le ha dado su mismo hijo?

Pero el medio indudable, normal y universal con que coopera María a la infusión de las divinas gracias en nosotros, es su intercesión. Todo el cielo, por decirlo así, ruega al padre por nosotros. Jesús allá «vive perpetuamente para interceder por nosotros»: *Semper vivens ad interpellandum pro nobis* (2). «Ruega el Espíritu Santo

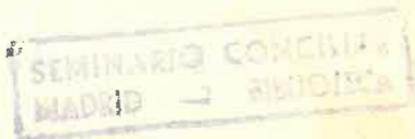
(1) *Glorias de María*, P. 1 a 5.

(2) HEBR., 7, 25.

por nosotros con inenarrables gemidos» (1). La Iglesia, en sus letanías, pide las oraciones de todos los Santos: *Omnes Sancti et Sanctae Dei, intercedite pro nobis...* ¿Qué no hará la Madre para los hijos? La Madre de Jesús, que ve al Hijo divino suplicando ante el trono del Padre; la Esposa del Espíritu Santo, toda llena de El, que siente las ansias del Espíritu vivificador de que se corra a nosotros la vida divina; la Reina de los Santos, *Regina Sanctorum omnium*, que los ve a todos interesados en el gran pleito, ¿cómo no añadirá a este universal clamor el clamor de su pecho, de sus entrañas, de su autoridad de Madre de Dios y Madre nuestra?

¿Quién conoce mejor el corazón de su Hijo? ¿Quién tiene mirada más amplia y piadosa para hacerse cargo de las miserias de sus hijos? ¿Quién con mayores títulos que Ella puede llegarse al trono de la gracia? ¿Quién puede tener, después de Jesús, voluntad más eficaz de que todo el mundo se salve, por la derivación de la vida divina que, con virtud infinita se esconde en la sangre de Cristo? ¿Quién puede reclamar mejor derecho sobre esta Sangre y sus frutos sino la que prestó los elementos de su propia vida para que corriera por el mundo sangre de Dios? ¿Qué corazón más tierno, más inmediato al de Jesús, de senos más anchurosos que el Corazón de María?

(1) Rom., 8, 26.



Por ello, sin duda las primeras generaciones cristianas, que guardaban aún vivo el recuerdo de aquella Mujer, Madre de Jesús, «con la que insistentemente oraban los discípulos», en frase de los Hechos Apostólicos (1), representaron a María en la expresión artística de *Orante*, es decir, de una matrona con los brazos abiertos en actitud de súplica en favor de los cristianos.

A la intercesión por la plegaria hay que añadir la impetración por los méritos. En el fondo es una misma la eficacia de la plegaria y la del mérito. «Los Santos, dice el Angélico, han merecido durante su vida que su oración sea oída después de su muerte» (2). El mérito es, pues, el que da eficacia a la plegaria; pero ésta, en cierto sentido, concreta el punto de aplicación de los méritos, haciendo que la fuerza impetratoria de los mismos se dirija a socorrer las necesidades por las que se ruega. Es lo que hace Jesús, en el sentir de Santo Tomás; interceder por nosotros, prestando, ante todo, al Padre la humanidad que ha tomado y ofrecido por nosotros; y, luego, exponiendo el deseo que tiene su santa alma de nuestra salvación (3).

No insistimos en la excelsitud, en la casi

(1) Act., 1, 14.

(2) D. THOM., *In 4 Sent.*, d. 45, q. 3, a. 3, ad 4.

(3) D. THOM., *Comm. in epist. ad Rom.*, c. 7, L. 4.

infinidad de los méritos de María, correlativos a la casi infinidad de su dignidad, en frase del mismo Angélico. Sólo nos fijamos en un punto que, al par que la distingue de todos los Santos, la semeja maravillosamente a Jesús. Sólo las humanidades santísimas de Jesús y María, en toda su integridad, están en el cielo. Allá subió Jesús y se sentó a la diestra del Padre, como decimos en el *Credo*: allá fué gloriosamente llevada nuestra Madre el día de su Asunción: es creencia universal que se raya con el dogma. Desde este momento ¿quién no ve la decisiva influencia de la presencia corporal de María ante su Hijo Jesús, vivos ambos y gloriosos, ante el trono de la Trinidad Beatísima? Si las llagas de Cristo, radiantes, traslúcidas, que dejan ver la sangre viva que circula por el cuerpo inmortal de Cristo y que mereció para El tanta gloria y para el mundo la redención, claman en favor nuestro con mayor elocuencia que la sangre de Abel (1), ¿por qué el cuerpo de la Virgen que «conmurió» con el de su Hijo, en frase de San Bernardo, aquellos ojos, espejo de su alma, aquella boca que canta y había dulcemente, *eloquium tuum dulce*, aquellos pechos que nutrieron al Hijo de Dios, *ubera quae suxisti* (2), aquel corazón maternal, tan henchido de gloria en el

(1) LUC., 11, 27.

(2) HEBR., 12, 24.

cielo como lo fué de pena en el mundo, no deberán hacer irresistible violencia al Hijo y al Padre, y abrir para los hijos las compuertas de la gracia que caiga a cataratas sobre el mundo?

Estos dos conceptos, la plegaria de la Virgen y los méritos que le dan eficacia, nos revelan, hasta donde pueda comprenderlo el humano pensamiento, la justeza de la frase patristica que hace de nuestra Madre la «Omnipotencia suplicante» *Omnipotentia supplex*.

Ni para aquí la acción cooperadora de la Madre en la vida divina de sus hijos. Prescindiendo de la gracia propiamente dicha, que obra directamente sobre nuestra alma, hay mil maneras de prevenir sus caminos, de poner las fuerzas de la vida, de orden espiritual, emotivo y hasta orgánico, al compás de las exigencias del orden sobrenatural en que nos hace vivir la vida divina. Es la influencia que podríamos llamar moral, este ambiente y este influjo que pueden producir en nosotros una madre, un pedagogo, cualquier hombre que tenga sobre nosotros ascendiente, para el bien o para el mal. Los ángeles buenos hacen con nosotros estos oficios: sometidos los hombres a su custodia por la piedad divina, como dice la Iglesia, les pedimos que nos iluminen, nos guarden, nos rijan y gobiernen. Los malos pueden hacer lo contrario: la Iglesia pide a Dios, todos los días, «oprima a

nuestro infernal enemigo para que no se manci-llen nuestros cuerpos» (1). ¿No es piadoso presu-mir que nuestra Madre, Reina de los ángeles, los utilizará para iluminar nuestra mente, forta-lecer nuestra voluntad, calmar nuestras alboro-tadas pasiones, sostenernos en los trances duros de la vida? ¿No hemos de creer que Ella, que aplastó la cabeza de la serpiente, nos libre de sus insidias, nos dé fuerza y saber para ven-cerle?

Añadamos la intervención de la Madre en nuestra vida espiritual por el milagro. «María, dice el P. Terrien, recibió, con mayor excelen-cia que cualquier otro Santo, el carisma de los milagros. Pero este poder no lo tuvo Ella sola-mente para el tiempo de su vida mortal; y no se podría pretender, sin hacer injuria a su Hijo, que hubiera sido desposeída del mismo poder el día que entró en la gloria. Sería esto desmentir asi-mismo solemnemente tantos hechos maravillosos de los que los anales de la Iglesia y las vidas de los Santos nos han conservado la memoria. María nos ayuda, pues, con sus milagros» (2).

Tales son las formas de intervención de nues-tra Madre en nuestra vida espiritual. Por ello

(1) Himno de Completas.

(2) TERRIEN: 1, *La Mère des Hommes*, pág. 413.

usa la Iglesia mil fórmulas con que implora la acción directa de María sobre nosotros *Funda nos in pace... Profer lumen caecis... Mala nostra pelle... Mites fac et castos...* Es que reconoce la Iglesia la actividad maternal de María, que cuida de nosotros con solicitud íntima e incesante.

Por ello podemos decir que si el Espíritu Santo es «Señor» y «Vivificador», como decimos en el *Credo*, María, su Esposa, es «Señora» y «Vivificadora» de nuestros espíritus. Nunca con mayor razón que bajo esta luz pudo decirse de María, como lo decimos en la *Salve*, que es «Reina» y «Vida»: *Salve, Regina... Vita nostra... salve.*

En los senos del alma, en aquella acción íntima, llena, *Reple cordis intima...*, en que el Espíritu de Dios arranca a los secretos de nuestra vida de intelección, voluntad y sentimiento las notas armoniosas de la vida cristiana, que es vida divina; en aquella acción estimulante de Dios, «sin el que nada podemos hacer» en orden a la vida eterna; en aquel obrar, misterioso y fecundo, del Espíritu Creador «que llena con la gracia soberana los pechos de quienes creó»:

*Imple superna gratia
Quae tu creasti pectora...;*

en aquella co-acción vital del Espíritu Septiforme, sin el cual, como dice el Apóstol no po-

demos decir ni «Jesús» (1), allí está María, Madre solícita que, si nos alumbró a todos a la vida de Dios al cooperar con el Espíritu Santo en el misterio de la Encarnación, así trabaja, con el divino Espíritu, para completar con El en nosotros la vida que, con El, en nosotros inició. Así se verifican en nosotros las palabras del Apocalipsis: *Spiritus et Sponsa dicunt: Veni:* (2). El Espíritu y la Esposa, de consuno, nos llaman, nos urgen, y nos dicen: «Ven».

Los esclavos de María y las larguezas de la Señora.—¿Ofrece la esclavitud mariana garantías de mayor eficacia en orden a las diversas formas de cooperación de la Madre a nuestra vida espiritual?

La mano de la celestial Señora siempre está abierta para todos sus hijos: su amor vence siempre a nuestro pobre amor: ablanda su Corazón y abre sus tesoros un suspiro del pecho de sus hijos; una *Ave María* es capaz de abrirnos el cielo.

Bajo este punto de vista, todo sistema o forma de devoción a la Virgen es camino para ir a la Madre, y por ella a Jesús. Pero ¿hay razones que persuadan la eficacia especial del sistema montfortiano de devoción a María?

(1) COR., 12, 3.

(2) APOC., 22, 17.

La primera de todas es la «uniformación» del espíritu del esclavo con el espíritu de la Señora. La ley del Cristianismo es ley de «expoliación» de lo nuestro, de «absorción» de nosotros en Cristo: no sería difícil acumular testimonios bíblicos para demostrarlo: «Vestíos de Jesucristo» (1); «Los que habeis sido bautizados, os habeis vestido de Cristo» (2); «Sentid en vosotros lo que en Cristo Jesús» (3); «Nuestra mortalidad debe ser absorbida por la vida» (4). Así, cuanto menos nos pertenezcamos, «más cristianos» somos, si así vale decirlo. Más cristianos y, por lo mismo, más semejantes al Modelo Jesús y a María que, del divino dechado, ha realizado cuanto cabe en pura criatura.

El espíritu de María es de aniquilamiento de sí misma: *Ecce ancilla Domini: Domini*, es decir, de mi «Señor», de quien me proclamo esclava: *ancilla*. De esta suerte se había anonadado Jesús ante el Padre, *semetipsum exinanivit*, aceptando o revistiendo la forma de esclavo: *Formam servi accipiens* (5). «Hágase en mí según tu palabra»: no sólo se sitúa en «estado» de esclava, sino en «funciones» de tal, exactamente como Je-

(1) ROM., 13, 14.

(2) GAL., 3, 27.

(3) PHILIP., 2, 5.

(4) 2 COR., 5, 4.

(5) PHILIP., 2, 7.

sús: «Hago siempre lo que quiere el Padre» (1).
«No se haga mi voluntad, sino la tuya» (2).

La prolongación de esta esclavitud hasta nosotros, el Padre, Jesús, María, el alma; es decir, siguiendo la misma ordenada trayectoria que ha señalado Dios para nuestra Redención y nuestra personal santificación, y esto por una profesión especial de sujeción a la Señora, como en el sistema montfortiano, nos hace más solidarios con nuestra Cabeza Jesús que la simple profesión de fe cristiana. Es, repitiendo un concepto favorito al Beato de Montfort, la renovación de las abnegaciones del Bautismo, la perpetua reviviscencia de los sentimientos y actos de esclavitud con respecto a «nuestro Señor», pasando por la intermediación y dominio de «nuestra Señora».

Si el amor busca o hace iguales, como decían los antiguos, y el amor es garantía de dádivas, de privilegio y excepción, ¿no podrán los «esclavos de María» esperar con razón los dones de la «esclava del Señor», Madre Santísima del «Santísimo Esclavo» del Padre?

Añadamos otro argumento, derivado de la misma naturaleza o concepto de la devoción. «Esta, dice Santo Tomás, es una actuación de la

(1) JOAN., 8, 29.

(2) LUC., 22, 42.

voluntad que hace que el hombre se entregue con prontitud al divino obsequio» (1). «Devoción», lo indica la misma palabra, *devovere*, entrega, consagración, servicio a aquel de quien es uno devoto. La devoción, radicalmente considerada, es una profunda inclinación de toda la vida, una tendencia total de nuestro sér, hacia el objeto de la devoción misma. Es la vida entera gravitando hacia el sér de quien somos devotos. Cuando la Iglesia pide a Dios que nos haga sus fieles servidores, le pide que sepamos tenerle «devota voluntad»: *Fac nos tibi semper et devotam gerere voluntatem...* (2).

Por esto dice Santo Tomás en alguna parte que la devoción nutre la caridad y, recíprocamente, ésta aumenta la devoción. Es natural que así sea, por cuanto Dios se da a los que a El se entregan: *Date, et dabitur vobis...* (3). Lo que hace Dios ¿por qué no lo hará la Madre de Dios? Una entrega total a la Virgen,—y entrega es devoción «actual», de hecho,—no puede menos que conquistarnos el amor de la Señora: de ella dice la Iglesia: *Ego diligentes me diligo* (4). El sistema de devoción mariana de Montfort es *La devoción verdadera a la Virgen*: y aquí apa-

(1) D. THOM. 2, 2 q. 82, a. 3.

(2) Orac. en la Dom. dentro la Oct. de la Ascensión.

(3) Luc., 6, 38.

(4) Prov., 8, 17.

rece toda la fuerza representativa y comprensiva del título que el Beato puso al libro que debió difundir por el mundo su apostolado de amor a la Señora. No es, por lo mismo, el sistema montfortiano una devoción; es la «devoción», la entrega total, la «perfecta consagración» a la Virgen. Por esta devoción a *devovendo*, especie de sacrificio voluntario, «de todo», cuerpo, alma, bienes, tiempo, obras, vida entera, todo nuestro ser y obrar sube en holocausto a la Señora. Ella, que, más que nadie, conoce las leyes de la correspondencia amorosa, nos deberá llenar de sus dones, en cambio de nuestra personal ofrenda.

Es lo que dice el Beato de Montfort con su insinuante lenguaje: «La Santísima Virgen, que es Madre de dulzura y de misericordia, y que en amor y liberalidad no se deja vencer nunca por nadie, al ver que se da uno enteramente a Ella para honrarla y servirla, despojándose de todo lo que hay de más caro en la tierra, se da también toda entera y de una manera inefable a quien le hace entrega de todo: le hace anegarse en el abismo de sus gracias, le adorna con sus méritos, le apoya con su poder, le esclarece con su luz, le rodea con su amor, le comunica sus virtudes, su humildad, su fe, su pureza, etc.; se hace su fiadora, su intercesora y su todo para con Jesús. En fin, como tal persona está consagrada a María, también María se consagra toda

a ella; de manera que se puede decir de tal servidor e hijo de María lo que San Juan Evangelista dice de sí mismo, que había tomado a la Santísima Virgen en el lugar de todos los bienes: *Acceptit eam discipulus in sua* (1).

El sistema de devoción mariana del Beato Grignón de Montfort nos reduce a la condición de la «infancia espiritual», de que habla con frecuencia el mismo Beato. Y es ésta una nueva razón de su eficacia para logramos las maternales gracias de María.

Un niño es un indigente: su mismo nombre, *infans*, «que no habla,» es revelador de la impotencia de una criatura que, a su propia debilidad y a la incapacidad de remediar sus necesidades, añade el no poder manifestarlas con el lenguaje. ¡Cuántas veces debe interpretar la madre las necesidades de su hijito, que gime y llora, sin que pueda expresar la causa de sus dolores, ni su naturaleza, ni el lugar donde los siente!

Compensación natural de esta impotencia es la compasión que el infante excita y, sobre todo, esta sensibilidad de las entrañas de la madre, ese instinto maternal en adivinar los quebrantos del hijo, el inagotable espíritu de sacrificio para remediarlos, aun a costa de la propia vida.

(1) JOAN., 19, 27.—MONTFORT: *La verdadera devoción*, pág. 30.

Dios tiene especial amor para los niños. «De sus bocas infantiles se hace Dios alabanzas cuando sus enemigos se las niegan» (1); «De ellos es el reino de los cielos» (2); «¡Ay, de aquellos que los escandalizan!» (3); Tiene delicada leche para las almas infantiles en el orden espiritual (4).

La simple insinuación de estas ideas nos da todo el alcance de la eficacia espiritual del sistema montfortiano. Eje central del mismo es la maternidad de María con respecto a nosotros. Cierta que es ella nuestra Reina y Señora; pero estos mismos títulos arrancan de su maternidad. Cantaba el alma candorosa del Beato esta relación de maternidad de María y de «infantilidad» nuestra, y decía:

Cette bonne Mère et Maître
Me secourt par tout puissamment,
Et quand je tombe par faiblesse,
Elle me relève à l'instant.

Esta buena Madre y Maestra
Me ayuda siempre poderosamente,
Y cuando yo caigo por flaqueza
Ella me levanta al instante.

(1) PSALM., 8, 3.

(2) MARC., 10, 14.

(3) MATTH., 18, 6.

(4) 1 PET. 2, 2.

¡Qué deliciosa figura la de una madre que se inclina y extiende sus brazos y, solícita, forma con ellos y su cuerpo un arco de protección para su hijito, que tantea sus primeros pasos, cuyas vacilaciones sigue atenta, alentándole en sus debilidades, dándole con suavidad la mano; levantándole, rápida, en sus caídas, prodigándole palabras de amor y de consuelo!

Más madre, si cabe la frase, es la Virgen en el camino espiritual de sus hijos.

Ni se diga que para lograr los bienes de espíritu de esta maternidad basta declararse hijo de María, sin necesidad de profesar en las prácticas del sistema montfortiano. Porque *La verdadera devoción a la Virgen*, según las doctrinas de Montfort, no hace más que intensificar en nosotros el espíritu de filiación y de infancia espiritual con respecto a la Madre, por la profesión de dependencia, por la entrega voluntaria de todo a la Señora Madre, por el reconocimiento de su señorío de amor, por la confesión de la propia impotencia, por el abandono al querer de la Madre, características todas de la infancia; y todo ello elevado a ley de vida y a sistema espiritual de nuestras relaciones con la Madre de Dios.

¡Oh, Señora Madre! Decía un día tu Hijo que «si no nos hiciéramos como niños, no podríamos entrar en el reino de los cielos» (1). Al cielo no

(1) MATTH., 18, 3.

se va sin tí, ¡oh, madre! Niños tuyos nos decimos, y en tu regazo nos amparamos. Como el Profeta, al decirte: *Puer ego sum*, nos declaramos «infantes», que ni siquiera sabemos decir *a, a, a* (1), en la ciencia del espíritu y de la vida cristiana. Dános, Madre, saber y lengua y fuerza y protección, y todo lo que es menester; que nada tenemos; para ir contigo al cielo.

(1) JER., 1, 6.

4.—LA PERFECTA CONSAGRACION: FORMULA DEL BEATO MONTFORT

La perfecta consagración, dice Lhoumeau, es como la expresión adecuada y el acto característico de la Santa Esclavitud. Es una dedicación solemne, es decir, una entrega o sacrificio, absoluto y total, de cuanto somos y poseemos, en todos los órdenes, hecho a Jesús por mediación de María.

Esta consagración es el reconocimiento, en el orden externo y en cuanto es manifestación de nuestros sentimientos íntimos de piedad, de nuestra total dependencia con respecto a la Virgen, fundada en los títulos de Madre, Corredentora, Señora, Reina y Mediadora nuestra.

Antes de transcribir la fórmula montfortiana de consagración, demostraremos en principio el valor de piedad de la consagración misma.

«El culto de Dios es la piedad por excelencia, dice Santo Tomás, porque por excelencia es El

nuestro padre» (1). Hay, pues, equivalencia entre el servicio religioso que a Dios prestamos y la virtud de la piedad, de una manera especial en el Cristianismo, que es la religión de la piedad, por cuanto las ideas de señorío y dominio van siempre acompañadas, en nuestro concepto de Dios, de la idea de paternidad. Dios es nuestro soberano Señor; pero es asimismo nuestro amantísimo Padre. Por ello el culto que le rendimos es protesta de su señorío sobre nosotros, pero es al propio tiempo un obsequio filial que le prestamos.

Lo que decimos de la piedad para con Dios podemos extenderlo a Jesús, el «Padre de la raza futura» (2), y a María Santísima, la Madre bendita que cooperó en nuestra filiación de hijos de Dios: por Ella vamos a Jesús y por Jesús a Dios. Así, religión y piedad suben por grados al Padre, jalonando esta ruta ascensional la Madre, que está más cerca de nosotros, y el Hijo, que está más cerca de Dios, porque es Dios como el Padre, hasta que el pobre tributo de nuestra vida llegue a la infinidad de Dios.

Por aquí aparece ya el valor de piedad de la perfecta consagración: es el máximo valor de piedad, porque es el acto más profundo de religión. Es todo el sér de la criatura, con todas

(1) *Sum. Theol.*, 2, 2, q. 101, a. 3 ad 2.

(2) *ISAI.*, 9, 6.

sus pertenencias, con todo su obrar, en toda su duración, que se rinde a Dios, en protesta de su supremo dominio sobre todo cuanto somos.

Porque el término final de la perfecta consagración no puede ser María, como no puede serlo de nuestra piedad y de nuestro culto. María es el cuello, el acueducto, el camino, por donde viene Dios a nosotros. Nuestra ascensión a Dios debe seguir la misma ruta, aunque en orden inverso: por María a Jesús, y por Jesús al Padre.

Se dirá, tal vez, que este acto de religión y piedad se lo podemos prestar directamente a Dios, sin necesidad de intermediario. Pero es que nos hallamos en el «hecho vivo» del Cristianismo; en el orden histórico, por Dios establecido para la Redención del mundo; en la prolongación secular de la piedad del Padre, que «envió al mundo a su Hijo, «hecho de mujer», para redimir a los que estaban bajo el yugo de la ley» (1). ¿Por qué la piedad de los hijos no debe subir al Padre «por la mujer» de la que fué formado su Hijo divino?

Tiene otra ventaja la perfecta consagración en orden a nuestros sentimientos de piedad. Ya no es sólo un acto profundo de religión, sino que es un obsequio que prestamos a nuestra

(1) GAL., 4, 5.

Madre espiritual. Dios es padre y madre del hombre, por cuanto los más exquisitos sentimientos de la maternidad, obra de Dios y participación del suavísimo espíritu de su paternidad infinitamente amorosa, se hallan, como en su origen, en el seno misericordioso y fecundo del Padre. «Dios es caridad», dice San Juan (1); y la caridad, en frase de San Agustín, es madre; *Charitas mater est*.

Pero Dios ha vaciado en el corazón de la madre lo que su infinito amor tiene de más tierno y suave, más sugestivo y cálido. La madre es una creación de Dios por la que se nos revela el aspecto más piadoso del amor del Padre, «de donde se origina toda paternidad» (2). Por ello, tratándose de una religión de piedad, como es la nuestra, era una exigencia el hecho de una madre universal, de orden espiritual, que nos revelara, en el plan de «regeneración» del mundo por la participación de la vida divina, el mismo aspecto de piedad y ternura que nos ofrecen nuestras madres en el orden natural. Tal sería la exigencia, y de tal manera supo llenarla la sabiduría de Dios, que cuando, con la muerte del Hijo, iba a empezar Dios su nueva paternidad, haciéndonos por aquella muerte hijos suyos de adopción, llamó a la Mujer, «Señora Madre»,

(1) 1 JOAN., 4, 16.

(2) EPH., 3, 15.

para que participara en su «Acción» regeneradora y encarnara los sentimientos de la maternidad cuyos oficios debía ejercer sobre la gran familia cristiana.

A este amor maternal responde un amor filial, inconfundible con el que profesamos al padre. Es una fisonomía especial del amor, más fácil de sentir que de expresar. Amor más unitivo, más tierno, más confiado que el mismo amor que por el padre sentimos. Amor hasta cierto punto más entrañable, cuya naturaleza se comprende mejor cuanto más se medita la profundidad de la palabra evangélica: *Et accepit eam discipulus in sua* (1): «Y el discípulo la recibió entre las cosas «suyas», en su propia casa.

Y he aquí porque la perfecta consagración a la Madre tiene un valor especial de piedad: es la piedad del hombre que se entrega sin reservas a Dios, pero que, al hacerlo, pone en la fórmula lo que el corazón humano tiene de más exquisito, que es el amor por la madre; hace depositaria de todas sus riquezas a «su» Madre, que es al propio tiempo la Madre de Dios, para que; ligada tal ofrenda a tal Madre por la atadura de esta exquisita piedad, suba a Jesús, que, más que nosotros, tiene entrañas de piedad para su piísima Madre.

(1) JOAN., 19, 27.

Repitamos unas palabras del Beato de Montfort, relativas a la perfecta consagración, para ponerlas un breve comentario y demostrar el valor de piedad de la práctica fundamental del sistema montfortiano: «Cuanto más se consagre un alma a María, más se unirá con Jesucristo y, por tanto, la consagración más perfecta a Jesucristo es una perfecta y total consagración de sí mismo a la Santísima Virgen. *Esta devoción perfectísima se podría decir que era una renovación de los votos y promesas del santo Bautismo en manos de María.*»

Subrayamos estas palabras del Beato, porque encierran una verdad fundamental de la vida cristiana, es decir, de la piedad cristiana.

El Bautismo es el gran sacramento de la piedad de Dios para con nosotros, porque es el sacramento de la adopción divina y de la iniciación cristiana. Todos los sacramentos son argumento de la profunda piedad de Dios para con el hombre: son la obra misericordiosa del divino Jesús, que viene de la celestial Jerusalén para curarnos las heridas y devolvernos, espléndido, la vida que el gran malhechor de la humanidad, *homicida ab initio*, trató de arrebatarnos. Pero el Bautismo es el primer abrazo paternal que Dios nos da. Al «renacer del agua y del Espíritu Santo» (1), somos hechos hijos de Dios: *Ex Deo*

(1) JOAN., 3, 5.

nati (1). Somos la «nueva criatura», de que nos habla el Apóstol (2), a la que Dios da el nombre de hijo suyo; porque en realidad lo es (3).

Pero este gran acto de piedad de Dios que viene al hombre para iniciar en él la vida divina, responde a la suma piedad de la criatura que se consagra sin reservas a Dios. Es ésta una condición indispensable para recibir la gracia bautismal. El rito primitivo del Bautismo era una «asimilación», lo más exacta posible, a Jesús, en el cual somos bautizados; es decir, una entrega total, solemne, oficial, a Dios, por la aglutinación de nuestra vida a la vida de Cristo-Dios. La doctrina del Apóstol sobre el bautismo no deja lugar a duda respecto a este espíritu de identidad con Jesús: no sólo somos «complantados» con Jesús, «consepultados» con El en el Bautismo, «conjuntamente crucificados con Cristo» (4), sino que es condición indispensable la adhesión incondicional a sus enseñanzas y preceptos: *Si credis ex todo corde, licet* (5). La triple inmersión en las aguas Bautismales, en memoria de la Santísima Trinidad y de los tres días que estuvo Jesús en el sepulcro, el ascenso del recién bautizado por la escalera opuesta del bautisterio,

(1) JOAN., 1, 1, 13.

(2) 2 COR., 5, 17.

(3) JOAN., 3, 1.

(4) ROM., 6, 3 y sigts.

(5) ACT. 8, 37.

señal de que debía renunciar a los antiguos caminos de su vida, la cándida vestidura de que era cubierto por los padrinos a la salida de la pila, en protestación de la nueva vida que iba a emprender, a más de la solemne renuncia a Satanás y al mundo y de los frecuentes exorcismos que le libraban de la posesión del maligno espíritu, todo era expresivo del gran cambio que se obraba en el neófito. Era un sér humano que se declaraba muerto al pecado para vivir por Dios en Cristo Jesús: *Mortuos quidem peccato, viventes autem Deo in Christo Jesu* (1).

La perfecta consagración es como la renovación de este acto fundamental de la vida cristiana. Si el Bautismo es la conjunción del alma con Dios, por el desasimiento de todo lo que puede separarnos de El y por el vigoroso empuje de toda la vida que vuela hacia El, la consagración según el sistema de Montfort es la reproducción de aquella entrega fundamental y solemne, hecha en manos de María, para que por Ella suba a Dios la ofrenda.

El valor de vida cristiana de esta práctica lo pone de relieve el mismo Beato cuando escribe estas palabras: «El voto principal que hacen los cristianos, en expresión de los canonistas, es el del Bautismo: *Præcipuum votum est quod in baptismo facimus*. Sin embargo, ¿quién cumple

(1) ROM., 6, 11.

este voto tan importante? ¿Quién observa fielmente las promesas del Bautismo? ¿No hacen traición casi todos los cristianos a la fe prometida en el Bautismo? ¿De qué puede resultar este desarreglo universal, sino del olvido en que se vive de las promesas que se hicieron en él, y de los compromisos contraídos y de que casi nadie ratifica por sí mismo el contrato de alianza hecho con Dios por medio del padrino y la madrina? Tan es esto verdad, que el concilio de Sens, convocado por orden de Luis el Benigno para poner remedio a los grandes desórdenes que asolaban el reino de Francia, creyó que la principal causa de esta corrupción de las costumbres provenía del olvido y de la ignorancia en que se vivía de los compromisos del santo Bautismo, y no se encontró mejor medio de remediar tamaño mal, que excitar a los cristianos a renovar las promesas bautismales. El Catecismo del Concilio de Trento, fiel intérprete de este santo Concilio, exhorta a los párrocos a adoptar esta misma práctica: y a exhortar frecuentemente a los pueblos a que se consagren a nuestro Señor Jesucristo, como esclavos a su Redentor y Señor» (1).

(1) Cat. Conc. Trid., P. I, cap. 3, párr. 4. — *La Verdadera devoción*, pág. 81.

La fórmula de la consagración perfecta. Héla aquí; tal como la redactó el Beato y se halla en su libro de *La verdadera devoción*: (1)

«¡Oh, Sabiduría Eterna y encarnada! ¡Oh, amable y adorado Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, Hijo único del Padre Eterno y de María, siempre Virgen! Os adoro profundamente en el seno y en los esplendores de vuestro Padre, durante la eternidad, y en el seno virginal de María, vuestra dignísima Madre, en el tiempo de vuestra Encarnación.

»Os doy gracias porque os habeis anonadado tomando la forma de un esclavo para sacarme de la cruel esclavitud del demonio. Os alabo y glorifico porque os habeis sometido a María, vuestra Santa Madre, en todo, a fin de hacerme por ella vuestro esclavo. Pero ¡ay! ingrato e infiel como soy, no he cumplido mis deberes, no he merecido ser llamado vuestro hijo ni vuestro esclavo; y como nada hay en mí que no merezca vuestra repulsa y vuestra cólera, no me atrevo a aproximarme por mí mismo a vuestra Santísima y Augusta Majestad. Por esto he recurrido a la intercesión de vuestra Santísima Madre, que Vos me habeis dado como medianera para con Vos, y por este medio espero obtener de Vos la contrición y el perdón de mis pecados, la adquisición y la conservación de la Sabiduría.

(1) Pág. 148.

«Os saludo, pues, ¡oh María Inmaculada! tabernáculo viviente de la Divinidad, en donde la Sabiduría eterna escondida quiere ser adorada por los ángeles y los hombres. Os saludo ¡oh refugio de los pecadores! cuya misericordia no falta a nadie; escuchad los deseos que tengo de la Sabiduría, y recibid para ello los votos y las ofertas que mi bajeza os presenta.

»Yo, N..., pecador infiel, renuevo y ratifico en vuestras manos los votos de mi bautismo. Renuncio para siempre a Satanás, a sus pompas y a sus obras, y me entrego enteramente a Jesucristo, la Sabiduría encarnada, para llevar mi cruz tras El todos los días de mi vida. Y a fin de que le sea más fiel de lo que he sido hasta ahora, os escojo hoy ¡oh María! en presencia de toda la corte celestial, por mi Madre y mi Señora. Os entrego y consagro en calidad de esclavo mi cuerpo y mi alma, mis bienes interiores y exteriores, y aun el valor de mis buenas acciones pasadas, presentes y futuras, otorgándoos un entero y pleno derecho de disponer de mi y de todo lo que me pertenece, sin excepción, a vuestro agrado, a la mayor gloria de Dios, en el tiempo y en la eternidad.»

«Recibid, ¡oh Virgen benignísima! esta pequeña ofrenda de mi esclavitud en honor y unión de la sumisión que la Sabiduría encarnada quiso observar para con vuestra Maternidad; en homenaje del poder que ambos teneis sobre este pequeño gusano y miserable pecador; en

acción de gracias por los privilegios con que os dotó la Santísima Trinidad. Protesto que para en adelante quiero, como verdadero esclavo vuestro, procurar vuestra honra y obedeceros en todo. ¡Oh, Madre admirable! presentadme a vuestro querido Hijo en calidad de eterno esclavo, a fin de que como me rescató por Vos, me reciba de vuestras manos. ¡Oh, Madre de misericordia! hacedme la gracia de alcanzarme la verdadera sabiduría de Dios y de colocarme a este efecto en el número de los que amais, enseñais, guiais, alimentais y protegeis como hijos y esclavos vuestros. ¡Oh, Virgen fiel! hacedme en todo tan perfecto discípulo, imitador y esclavo de la Sabiduría encarnada, Jesucristo, vuestro Hijo, que por vuestra intercesión llegue, a imitación vuestra, a la plenitud de la perfección sobre la tierra y de la gloria en los cielos. Así sea.»

En la imposibilidad de comentar ampliamente esta bellísima fórmula, tan llena de espíritu cristiano, nos ceñimos a hacer resaltar su intenso sentido de piedad en los puntos siguientes:

1.º—La fórmula de Montfort expresa la ordenación de toda nuestra vida a Dios, último fin nuestro, y define la trayectoria de nuestra libertad, eje de nuestra vida, al dirigirse a Dios: María, la Sabiduría encarnada, el Padre. El

simple examen de la fórmula es la completa reprobación de toda interpretación raquílica del espíritu del Beato, como si éste, al ofrecerse a la Señora, la hubiese considerado como fin único y postrero de su ofrenda. En la mente de Montfort hay solidaridad tal entre la Trinidad Santísima, el Verbo humanado y su benditísima Madre, que no nos hacemos esclavos de la Señora sino en cuanto Ella entra en los consejos de la Trinidad como colaboradora de Dios en la obra de nuestra redención.

2.º—Por lo mismo, la piedad montfortiana, representada por esta fórmula de consagración, tiene toda la «virilidad,» si así puede hablarse, de la más recia piedad cristiana. Es endulzamiento de la piedad, por mezclarse en ella la suavísima ambrosía del amor a la «Inmaculada, benignísima, admirable, misericordiosa y fiel María,» como la llama el Beato en esta fórmula: pero el fondo de la misma fórmula es renunciamiento de sí mismo, horror al pecado, confesión de la propia miseria, aversión a Satanás y conversión a Jesucristo, «para llevar tras El mi cruz todos los días de mi vida.» ¿No se reduce a esto toda la ascesis cristiana: *Abneget semetipsum, et tollat crucem suam et sequatur me?* (1).

(1) MATTH., 16, 24.

3.º—El «mundo,» en el sentido de los escritos evangélicos y apostólicos, es la antítesis de la vida cristiana: «Si fueseis del mundo...» decía Jesús: «Pero como no sois del mundo...» San Juan reduce todo lo que en el mundo hay a las tres grandes concupiscencias: La de la carne, la de los ojos y la soberbia de la vida; es decir, la sensualidad, la ambición y el orgullo (1). La fórmula montfortiana es la oposición, *per diamentrum*, a las tres concupiscencias. Condénase la de la carne por la ofrenda que del cuerpo se hace a la Inmaculada Señora; la de los ojos, por la ofrenda absoluta, sin reservas, de toda nuestra posesión, de los bienes de fortuna y de los de espíritu; la soberbia de la vida, por la profesión de la esclavitud de cuerpo y alma.

4.º—Piedad y santidad crecen a la par; o por mejor decirlo, la piedad es la expresión y como el aroma de la santidad: ambas son unión con Dios, y ambas se refuerzan mutuamente. «La perfecta consagración, dice el P. Faber, es un secreto de santidad», porque por ella lo referimos todo a Dios, que es lo que más place a la divina Majestad. «Todo lo que acrece nuestro sentimiento de dependencia con respecto a Dios, dice el mismo, es dulce, seguro, verdadero, justo, es decir, lo que para nosotros hay de mejor».

(1) 1 JOAN., 2, 16.

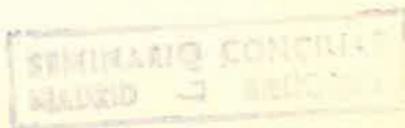
5.º—La ofrenda que por la perfecta consagración se hace a la Virgen, y por ella a Dios, de todas nuestras acciones, pasadas, presentes y futuras, y de todo su valor impetratorio y satisfactorio, nos desposee de todo: es la realización, cuanto puede hacerse fuera de los votos de la vida religiosa, de las palabras de Jesús: «El que no renuncie a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo» (1). Cuanto más el hombre se vacía de sí mismo, tanto más le llena Dios. El Salmista, bien que en otro orden, lo había dicho ya: «Abandónate en manos de Dios, y El te saciará» (2). Es la piedad del Padre que paga con creces la piedad del hijo.

(1) LUC., 14 33:

(2) PSALM. 54, 32.

5.—LA VIDA INTERIOR
POR MARÍA, CON MARÍA, EN MARIA,
PARA MARÍA

La perfecta consagración no es sólo un «acto» de piedad: es la declaración externa de un «estado» o manera de vivir espiritual con respecto a la Virgen. Como el Bautismo en la vida cristiana, o los votos religiosos en los que toman este estado, importan una ley de vida en el orden del espíritu, así la perfecta consagración a la Virgen no es una entrega pasajera a la Señora, sino la aceptación de una relación especial con ella que nos obliga en el orden de la piedad. Ya se alcanza que esta «obligación» no incluye responsabilidad mayor que la que se deriva de los actos voluntarios de piedad. La profesión de la esclavitud mariana es obra de supererogación: la exactitud y fervor en su cumplimiento son señal de fidelidad y de amor, y traen aparejadas las gracias de la Señora, que no se deja vencer en amor; pero la remisión u olvido son sin culpa teológica y, por lo mismo, sin sanción.



El Beato de Montfort insiste repetidas veces en la absoluta necesidad de la vida interior: «No es bastante, dice en *El Secreto de María*, haberse entregado una vez a Jesús por María en calidad de esclavo; ni es bastante hacerlo cada mes o cada semana: sería esto una devoción demasiado pasajera, y no levantaría al alma a la perfección a que puede levantarla». Y en su libro fundamental de *La verdadera devoción*, dice: «Como lo «esencial» de esta devoción consiste en el interior que ella debe formar...»

¿Cuál es la fórmula de la vida interior según el Beato? «He aquí, dice, algunas prácticas interiores muy propias para los que el Espíritu Santo llama a una alta perfección, que, en cuatro palabras, se reduce a *ejecutar todas las acciones por María, con María, en María y para María*, a fin de practicarlas más perfectamente por Jesús, con Jesús, en Jesús y para Jesús» (1). He aquí la esencia de la verdadera devoción: no es más que una consecuencia de la doctrina expuesta sobre la situación de la Virgen en el plan de nuestra redención. «Es el circuito que se cierra, el sistema que se completa, dice Lhoumeau. En efecto; puesto que Dios viene a nosotros por Jesús, y que Jesús se nos da por María, en nuestro retorno a Dios, nuestro fin último, seguimos el mismo camino que ha seguido El para llegar

(1) *La verd. dev.*, pág. 140.

a nosotros. Pasando por María, llegaremos a Jesús, y de Jesús iremos a Dios» (1).

Explicuemos las «cuatro palabras», como las llama Montfort, en las que se encierra no sólo el meollo de la verdadera devoción según su sistema, sino un fuerte contenido teológico.

Notemos, antes de analizar cada una de las preposiciones de la fórmula, *por*, *en*, *con*, *para* María, que ellas son aplicadas a Jesucristo, especialmente en los escritos paulinos, para explicar el sistema de la vida cristiana que El trajo al mundo y las funciones correspondientes al Padre, a Jesús y a nosotros en orden a la misma vida. Léanse, si no, estas y otras muchas expresiones equivalentes: «Nos predestinó en adopción de hijos *por* Jesucristo *en* el mismo»: «En el cual (Cristo) tenemos la redención *por* su sangre»: «Restaurar todas las cosas *en* Cristo»: «Nos con-vivificó *en* Cristo, nos conresucitó... nos co-sentó en los cielos *en* Cristo» (2). Léanse los tres primeros capítulos de la carta a los Efesios, en que, casi a cada versículo ocurre el *in Christo*, como expresión fundamental de la vida cristiana, en su sistematización según la concepción paulina, y en su desarrollo funcional. «La gracia de Dios *por* Jesucristo, nuestro Señor» (3). Por todos mu-

(1) LHOUMEAU. *La vie spirituelle*, p. 277.

(2) EPHES., passim.

(3) ROM. 7, 25.

rió Cristo» (1). «Justificados graciosamente *por* su gracia, *por* la Redención, que está en Cristo Jesús» (2). «Si habeis muerto *con* Cristo...» (3). «Si habeis resucitado *con* Cristo...» (4). «Vuestra vida está escondida *con* Cristo en Dios» (5). «¿Para quién murió Cristo?» (6). «Para Cristo estoy clavado en cruz» (7). «Vestirnos de Cristo», «conocer a Cristo, que es vida eterna», «seguir a Cristo», «los que son de Cristo», y otras expresiones semejantes indican una finalidad que se significaría perfectamente con la preposición *para*. En el canon de la Misa hay un momento solemne en que el sacerdote toma la Hostia santa, y trazando con ella misteriosas cruces sobre el cáliz pronuncia estas palabras: *Per ipsum, et cum ipso, et in ipso...* «*Por* Cristo, y *con* Cristo, y *en* Cristo sea a Dios todo honor y gloria».

Desde el momento en que hay una íntima relación entre Jesús y María en orden a la redención del mundo y a la santificación de cada uno de nosotros, según hemos demostrado, es evidente que el sentido de aquellas preposiciones que concretan nuestras relaciones espirituales

(1) 2 COR., 5, 15.

(2) ROM., 3, 24.

(3) COL., 2, 20.

(4) IBID., 3, 1.

(5) IBID., 3, 3.

(6) COR., 8, 11.

(7) GAL., 2, 19.

con Jesús, deberá extenderse, en la proporción debida y salvando lo que haya de salvarse, a la Madre de Jesús y Madre de los hombres.

a) Por María

Para mejor comprender lo que en el sistema montfortiano importa obrar «por María», analicemos lo que en la vida cristiana significa obrar «por Jesús».

Vivir y obrar por Jesús es como la esencia de la vida cristiana. Podemos considerar a ésta como una tendencia sobrenatural a Dios y como una fuerza, sobrenatural asimismo, que hacia el mismo Dios nos empuja.

Para ir a Dios no hay más que un camino: es Jesús: lo dice El mismo: *Ego sum via*: «Yo soy el camino» (1). A Dios se va, pues, «por» Jesús.

La razón es obvia: Dios ha venido a los hombres «por» Jesús: Jesús es el «medio» *mediator*, medio único entre Dios y los hombres (2). Jesús, por su persona, que es el Verbo, es Dios y vive la misma vida de Dios. Por su naturaleza humana es hombre y produce acciones humanas, que son asimismo divinas por razón del principio o persona divina de donde radicalmente proceden

(1) JOAN., 14, 6.

(2) 1 TIM., 2, 5.

y a la que con toda razón se atribuyen. Las acciones son de las personas.

Luego, «por» Jesús, Dios es hombre y vive como hombre.

Pero todo el misterio de la vida cristiana estriba en ir a Dios por el mismo camino por donde Dios vino al hombre; pensamiento que concretaba San Agustín en la frase sintética: «Dios se hizo hombre, para que el hombre fuese hecho dios.»

¿Cómo se obra la estupenda maravilla? «Por» la entrada del hombre en el «camino» Jesús: «por» el entroncamiento de la vida humana en la corriente de la vida divina de Jesús, que de Dios procede y a Dios se dirige.

Jesús-Hombre está lleno de la divinidad, en cuanto su naturaleza humana está substancialmente unida a Dios: «En el cual», dice el Apóstol, «habita substancialmente la plenitud de la divinidad» (1); lo está asimismo, porque está lleno de la gracia santificante que, como dice Santo Tomás, deriva de la gracia de la unión hipostática como el resplandor deriva del sol (2).

De esta plenitud de Jesús rebosa la divinidad sobre cada uno de los hombres: «De su plenitud todos hemos recibido» (3), siendo hechos partici-

(1) COL., 2, 9.

(2) D. THOM, *Sum. Theol.*, III., q. 7, a. 13.

(3) JOAN., 1, 16.

pes de la misma naturaleza divina por la participación de la divinidad de Jesús. Jesús, Dios-Hombre, es, en expresión de Orígenes, el paso a nivel «por» el cual va el hombre a Dios. Así, considerada la vida cristiana, como una tendencia de orden sobrenatural hacia Dios, no puede verse satisfecha sino dirigiéndose a Dios «por Jesús.» La fe y los sacramentos son los medios normales por los que entramos en contacto con Cristo Jesús y entramos en la corriente de la vida divina que El trajo al mundo.

Es tan fundamental en la vida cristiana el dirigirnos a Dios «por Jesús,» que en ello estriba precisamente el nombre y la substancia de la vida cristiana en el hombre; y tanto es más intensa la vida cristiana, cuanto más intensa y más eficaz es nuestra tendencia a Dios «por Cristo.» «Tanto es mayor nuestra unión con Dios, cuanto menos vamos a El «por nosotros,» cuanto más se borra ante la divinidad de Jesús la autonomía de nuestra personalidad,» dice Mar-mion (1).

Pero en este camino del alma cristiana a Dios por Jesús, no puede prescindirse de la Madre de Jesús. Jesús y María, su madre, están tan íntimamente unidos en el plan de Dios, que no pueden separarse en la sistematización de la vida cristiana, como no pueden separarse en la realidad

(1) *Le Christ, vie de l'âme*, p. 60.

de la historia. El descenso de Dios al mundo, se hace «por» María; del cielo salta al seno de María, para de allí saltar al corazón de los hombres, dice un Santo Padre. ¿Qué cosa más natural que vayamos nosotros a Jesús «por María», y por Jesús a Dios, como Dios vino al hombre también «por María y por Jesús?»

Así se cumple a maravilla esta ley del *itus et reditus*, que Dios puso a la base del Cristianismo: Dios que descende del cielo por María, y los hombres conquistados por la gracia de Dios, que por María van al Autor y Consumador de la gracia que les ha de lograr el cielo: *Ut eodem alveo*, dice San Bernardo, *ad Largitorem gratiae gratia redeat quo fluxit* (1).

Cuando Jesús, el Hijo de Dios y Mediador entre Dios y los hombres, clavado en cruz y suspendido entre cielo y tierra, «atraía todas las cosas a Sí» (2), para que por El se dirigieran al Padre, señaló misteriosamente a su Madre: *Ecce Mater tua*, dándonos a entender que Ella era el medio de atracción para ir al Hijo, el camino del «Camino» Jesús.

Responde además esta situación de María en nuestro camino o tendencia a Dios, al plan de «desquite» a que hemos aludido ya y que Dios quiso desarrollar en la obra estupenda de la

(1) S. BERNARD., *Epist.* 174.

(2) JOAN., 12, 32.

Redención. La madre Eva fué el camino que nos llevó a la ruina: «por» ella llegó a Adán la tentación diabólica: «por» ella se introdujo el crimen en el mundo; «por» ella se arruinó la obra de Dios; «por» ella se quebró el conducto misterioso por el que llegaba la gracia de Dios a nuestros primeros padres. Cuando debió restaurarse la obra de Dios, la segunda Eva, María, no sólo fué el camino por donde Dios vino al hombre, sino el medio por el que los hombres se juntaron con Dios.

Así ha venido a ser como una ley de la tendencia sobrenatural de los hombres a Dios, que es el fundamento y razón de la religión y de la vida cristiana, el que «por María» vayamos a Jesús y «por Jesús» a Dios.

Más, la vida cristiana no sólo importa una «tendencia» a Dios considerado como fin sobrenatural del hombre, y un medio, Jesús, «por el cual» vayamos a Dios y logremos el fin sobrenatural a que Dios nos llama. Es la vida cristiana una «actuación», una fuerza que nos empuja a Dios; es la misma vida de Dios en nosotros, que hace florecer nuestra propia vida en obras de santidad, cuyo fruto es la vida eterna, en que hallará sosiego nuestra tendencia a Dios y en que nuestra vida logrará el reposo definitivo de los goces que tiene Dios reservados a cuantos vayamos a El «por Jesús».

¿Cuál es la actuación de Jesús en nuestra vida cristiana en cuanto es fuerza que nos lleva a Dios? Notemos que esta fuerza es lo que en el lenguaje de la escuela y de la ascética llamamos *gracia*. La gracia es una elevación y un refuerzo de la vida humana: ya sea una gracia de las llamadas actuales, pasajeras, que son como toques circunstanciales con que Dios, a su placer y según su medida, nos ilumina, nos fortalece, nos inclina; ya sea la gracia habitual que nos constituye en *estado* de hijos y amigos de Dios, fuerza unitiva de este amor sobrenatural que llamamos *caridad*.

Jesús es causa de la gracia, en todas sus formas. Jesús es Dios-Hombre: como Dios es causa «eficiente», verdadero y único autor de la gracia. Como Hombre, es causa *instrumental* de la misma gracia: «La naturaleza humana de Jesús es el órgano de la divinidad, dice Santo Tomás; por ello participaba en sus operaciones del poder divino; así, cuando Cristo cura al leproso tocándole, este contacto causaba instrumentalmente la salud. Pues bien; esta eficacia instrumental que tenía para los efectos corporales, la Humanidad del Salvador la ejercía asimismo en el orden espiritual: su sangre derramada por nosotros tiene una virtud santificadora para lavar nuestros pecados» (1). Como Hombre-

(1) D. THOM., Q. 27. *De Verit.*, a. 4.

Dios, Jesús es causa «meritoria» de la gracia.

Luego no podemos ir a Dios sino «por Jesús», no sólo en cuanto es el mediador y el camino único, sino en cuanto es para nosotros la única «causa de salvación eterna» (1), al ser la causa única de la gracia. Como los sarmientos viven «por» la vid (2), como el cuerpo vive «por» la participación de la vida que corre, *per omnem juncturam subministrationis*, a irrigar todos los miembros (3), así el cristiano vive «por Cristo» la vida de Dios; por Cristo, vid divina que, por la persona del Verbo, extiende y profundiza su raigambre en el Océano de la vida divina, que es la Trinidad Beatísima, y que «por» su tronco, que tal podríamos llamar a su Humanidad Beatísima, en el que todos estamos «injertados», en frase del Apóstol (4), hace partícipes a los hombres del jugo divino de la misma vida de Dios.

Obrar «por Jesús» es, pues, obrar por el impulso de Jesús, por su acción física sobre nosotros: «sin El, nada podemos hacer» en el orden de la vida cristiana: luego todo lo que hacemos lo hacemos por El, como causa eficiente, instrumental y moral de nuestra santificación y salvación. El sarmiento separado de la vid, se seca,

(1) HEBR., 5, 9.

(2) JOAN., 15, 6.

(3) EPH., 4, 16.

(4) ROM., 11, 17.

queda sin fuerza para vivir y fructificar; así el alma que no recibe la vida y la fuerza de Dios «por Jesús.»

¿Es también «por María» que recibimos la fuerza de la vida cristiana que nos lleva a Dios?

Ya hemos analizado las funciones y la intervención de nuestra Madre bendita en el orden de la gracia. No nos mueve ella, en nuestro camino a Dios como causa eficiente, ni como instrumento de Dios; pero es poderosa causa moral que, por sus méritos, por su intercesión, por su voluntad, nos logra la gracia, que es fuerza y vida de Dios en nosotros. «Madre de gracia,» «Dispensadora de toda gracia,» Cooperadora con el Espíritu Santo en la obra de nuestra formación cristiana, María nos empuja amorosamente a Jesús, deriva de Jesús su Hijo, con solicitud de madre, las gracias que, al pasar por sus manos, vendrán a nosotros para ser en nosotros vida divina.

Cuello del cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia, María es una condición *sine qua non* para la vida de los miembros, para que puedan éstos crecer en la Cabeza, que es Cristo (1). Es María el punto de inserción de los sarmientos en la vid, Cristo; nudo vital por donde secundariamente,

(1) EPH., 4, 15.

pero normal y necesariamente, nos viene el jugo de la vida de Dios. No se vive de Cristo sino por María: empeñarse en recibir la fuerza de la vida cristiana por otro conducto es obrar una mutilación en un punto esencial del plan de Dios y exponerse a la desecación y a la muerte.

¡Oh, María! Para ir a vuestro Hijo Jesús, y por El a Dios, Dios os ha hecho la Mediadora para con el único Mediador, la distribuidora de las gracias que el único Autor de la gracia nos logró. «Por Vos», Señora, vamos a Jesús Mediador; porque sois el camino que conduce, suave y llanamente, a quien dijo ser el «camino» para ir a Dios. «Por Vos», amorosamente empujados por la fuerza de vuestro amor maternal, que es gracia y salud para vuestros hijos, vamos a Jesús, vida de nuestras almas, porque es el «Autor de la vida» sobrenatural (1), condición indispensable para lograr la posesión de Dios.

¡Oh, Madre mía! Yo quiero renunciar a mi propio espíritu para ser conducido «por» vuestro espíritu. Vuestro espíritu es el espíritu de Jesús; cuanto más decrezca mi propio espíritu, mayor será la influencia del vuestro y, por lo mismo, mejor seré regido «por» Jesús. Porque, Vos, Madre mía, no quereis conducirme por vuestro espíritu, sino para que mejor me gobierne el espíritu de Dios.

(1) Acr., 3, 15.

Yo me pongo, ¡oh Madre! en vuestras manos virginales «como un instrumento en las del artífice, como un laúd en las manos de un buen tañedor», en frase de vuestro siervo el Beato de Montfort. Yo quiero embeberme y abandonarme en Vos «como una piedra que se arroja al mar». Mar de gracia y de bondad sois Vos; así, arrojándome en vuestro seno y siendo conducido «por» Vos, «más me santificaré y más pronto llegaré a la unión con Jesucristo, que siempre sigue necesariamente a la unión con Vos, toda vez que vuestro espíritu es el espíritu de Dios (1).

b) Con María

Obrar «con María» significa, en el orden espiritual y en la práctica de la imitación de la Señora, un paso más, un progreso sobre el simple obrar «por María». «Por», expresa el medio y la causa; «con», es la asociación y la continuidad de acción, dice Lhoumeau.

La co-acción con Jesús, la permanencia y casi diríamos sincronismo de nuestro obrar con el de Jesús, es una ley capital de la vida cristiana, que no se concibe desglosada del Autor mismo de esta vida.

Jesús no sólo es el medio por donde nos llega la vida divina; no sólo nos excita con su gracia

(1) MONTFORT: *La Verdadera devoción*, p. 141.

a que obremos según Dios, sino que nos acompaña y nos ayuda continuamente en el bien obrar. Es el *adjuvando prosequere*, de la Liturgia; es decir, «continúa en nosotros la obra ayudándonos»; es el *sine quo nihil validum, nihil sanctum*, lo que implica el impulso primero y el auxilio continuo para que el obrar sea perfecto, es decir, según Cristo. El sarmiento no recibe, una vez para siempre, la savia del tronco; condición esencial de su vida es el que permanezca unido «con» el tronco; cortado, muere: sin esta unión continua no puede vivir ni fructificar.

Jesús es el camino; pero es asimismo el caminante divino que, antes que nosotros, en todo semejante a nosotros, menos en el pecado (1), ha hecho el camino del cielo: «quien no le sigue, es decir, quien no va «con» El, no es de El digno» (2).

«Por» Jesús vivimos, porque por El y por su Espíritu divino nos viene la gracia santificante; pero es preciso perseverar en la gracia, que es vivir «con» Jesús para llegar al término de la vida cristiana, que es la gloria: «El que perseverare hasta el fin, será salvo» (3).

De esta convivencia y co-acción con Cristo, de esta consonancia y unidad de ritmo de nues-

(1) HEBR., 4, 15.

(2) MATTH., 3, 38.

(3) MATTH., 10, 22.

tra vida con la vida de Cristo, están llenos los escritos del Nuevo Testamento. Toda la doctrina paulina de nuestra incorporación a Cristo tiende a poner de relieve la necesidad espiritual de nuestra convivencia con Cristo. La frase enérgica de San Agustín, que sintetiza la doctrina de la incorporación: «Si El es la cabeza y nosotros los miembros, El y nosotros formamos el *hombre total*», no es más que la proclamación de esta exigencia de la vida cristiana: «Vivir con Cristo». ¿Cómo podría vivir el miembro que se separara de la cabeza?

Cristo vive sin nosotros; El sólo se basta; es el «principio y el fin». Nosotros no podemos vivir sino «con» El, porque somos como su expansión, su «incremento», que no tenemos razón de vida espiritual sino por nuestra unión y nuestra operación con El.

Jesús es el *Emmanuel*, «Dios con nosotros»: luego nosotros debemos estar con El. «Yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos» (1), ha dicho Jesús: está en la Eucaristía con nosotros; pero está por esta acción continua, inmanente, por la que vivifica a sus hijos y a la Santa Iglesia por medio de su gracia. «Dondequiera que estoy yo, allí quiero que estén ellos conmigo» (2); no por mera simultaneidad de per-

(1) MATTH., 28, 20.

(2) JOAN., 17, 24.

manencia en un mismo lugar, sino por la verdadera comunicación de los espíritus, de intenciones, de aspiraciones, de penas y goces, de vibración unísona de sentimientos, voluntades, inteligencias.

Las expresiones del Apóstol: «Consepultados con El en el bautismo» (1); «Si co-padecemos, para ser co-glorificados» (2); Co-plantados, nos hemos hecho semejantes a su muerte (3), y otras no menos enérgicas, demuestran cuán profundamente arraigada estaba en la mente de San Pablo la idea de una co-existencia y de una comunión de vida y destinos entre los cristianos y Cristo, su cabeza, con el cual forman un «cuerpo armónico y bien trabado», *corpus compactum et connexum* (4).

María, como Jesús, siempre vive «cón» nosotros. Asociada a la obra de la redención y constituida Madre de la raza de los redimidos, no ha dejado un momento de cooperar con su Hijo a la grande obra. Ella ha seguido la ruta, penosa y gloriosa, de la Iglesia a través de los siglos, debelando, a sus enemigos infundiéndola generosos alientos para la conquista de mayores alturas y

(1) ROM., 6, 4.

(2) ROM., 8, 17.

(3) ROM., 6, 5.

(4) EPH., 4, 16.

progresos, siendo para ella verdadera *Vida*, como lo es la madre para sus hijos. En el orden personal, ya hemos dicho que ella está con nosotros, colaborando con el Divino Espíritu en la obra de nuestra santificación.

¿Qué extraño que los cristianos sientan la necesidad de estar «con» Ella? Ya desde los comienzos del Cristianismo comprendió la grey cristiana que era una ley de su vida la convivencia y cooperación con María. «Perseveraban unánimes en la oración «con» María, Madre de Jesús» (1). El arte cristiano, que pinta ya en las Catacumbas la imagen de María según la visión de Isaías, y que luego, en los siglos posteriores, la reproduce en mil variadas formas, en todo lugar donde arraigue la idea cristiana, hasta poderse afirmar que la representación artística de la Virgen por la multitud de episodios de su vida, por la multiplicación asombrosa de sus advocaciones, por los hechos variadísimos en que se ha producido su maternal intervención en la vida de los pueblos, es la única que puede compararse con la reproducción plástica de la persona y de la historia de Jesús ¿no es una demostración, viva y secular, de que los hijos han querido vivir «con» su Madre?

Y si los grandes hechos de orden histórico no son más que la manifestación del estado de los

(1) Act., 1, 14.

espíritus, donde arraigan los más positivos valores de la vida humana para producirse en signos externos, que son su equivalente objetivo, ¿no podremos afirmar que las generaciones cristianas han convivido y co-operado espiritualmente con la Santa Madre de Dios, como, hace ya veinte siglos, han convivido y co-operado con el Santo Hijo de Dios?

Tal debe ser la norma del cristiano en sus relaciones con la divina Madre. Vivir «con» ella, para así mejor vivir «con» Jesús. Unida íntimamente a su Hijo, no podemos vivir con Cristo sino viviendo con María. Ella es la Madre de Jesús y nuestra; Ella, más que ninguna otra criatura, ha vivido con Jesús: Echándonos en su maternal regazo, hallaremos en él a nuestro Hermano Jesús. El Señor está con ella: *Dominus tecum*; estando con Ella, estaremos con el Señor. El Espíritu de María es el Espíritu del Señor, dice Montfort; poniendo nuestra vida al compás de su espíritu, viviremos el Espíritu del Señor.

Para ello, «es menester mirar en todas nuestras acciones a María como el modelo cumplido de toda virtud y perfección que el Espíritu Santo ha formado en una pura criatura, para que la imitemos según nuestro corto alcance. Es menester, pues, que en cada acción consideremos como la practicó y practicaría la Virgen si estuviese en nuestro lugar; para lo cual debemos examinar y meditar las grandes virtudes que

practicó durante su vida, y en particular su fe viva, su humildad profunda y su pureza enteramente divina, que jamás tuvo ni tendrá igual bajo el cielo» (1).

¡Oh, Madre mía! Como el hijo vive en el seno de su madre y crece en su regazo y se educa bajo la acción de su mirada persuasiva, de su palabra cálida, en su santo obrar, así quiero yo vivir «con Vos». Formad con vuestra vida una atmósfera para la mía; «con Vos» quiero respirar y vivir; «con Vos» crecer, para crecer en Cristo, mi Cabeza, vuestro Hijo Santísimo; «con Vos» quiero morir, como muere el hijo estrechamente abrazado con su madre; esto será gaje seguro de que «con Vos», mi Reina, mi Madre y mi Vida, gozaré de quien es Rey de los cielos, Padre de las razas gloriosas y Vida eterna que Vos trajisteis al mundo. Vivir «con Vos» será reinar en Cristo «con Vos».

c) En María

Jesucristo es el medio y la causa de la vida cristiana: por ello debemos vivir «por» Cristo. Es asimismo el Emanuel cuya compañía nos es necesaria, en la continuidad de nuestras acciones, ya que sin su ayuda continua nada podemos hacer; en la eficacia de su imitación, pues-

(1) MONTFORT: *De la verdadera devoción*, p. 142.

to que es el modelo de toda vida cristiana; y, especialmente, en la convivencia por la gracia santificante, sin la cual no podemos vivir la vida divina: y por todo ello debemos vivir «con» Cristo. En la proporción debida cabe decir lo mismo con relación a nuestra madre María.

Más íntima es aún la vida cristiana «en» Jesús y María.

En el misterio de la vida cristiana, las expresiones «en Jesús», «en Cristo», tantas veces usadas en los escritos evangélicos y apostólicos, significan una compenetración mutua, profundamente vital, en el orden sobrenatural, entre el alma y Jesús. «Por», «con», «en», importan una gradación en la expresión de nuestra unión con Jesucristo: «por», es la unión de mediación y de causalidad; «con», la de cooperación y convivencia; «en», la de cierta unidad, y casi diríamos fusión e identidad entre Jesús y el alma que de El vive. Tal vez la expresión más concreta y absoluta de esta compenetración de vidas sea la cristianísima frase del Apóstol: «Vivo yo, pero ya no soy yo quien vivo, sino que es Cristo quien vive en mí» (1).

Nuestro divino Maestro, en el discurso y oración de la Cena, *Sancta Sanctorum* de los Evangelios, en que se deja adivinar este misterio de la «comunión» entre Dios y los hombres, esencia

(1) GAL., 2, 20.

de la vida cristiana, lleva hasta un límite inconcebible la fuerza expresiva de la fórmula «en Mí», a que reduce los anhelos de su Corazón y que es la más alta expresión de la perfección cristiana. «Yo soy la verdadera vid; y mi Padre es el viñador. Cortará todo sarmiento que no dé fruto «en Mí». «Permaneced «en Mí», y Yo en vosotros...; no podeis dar fruto si no permaneciereis «en Mí»: «Quien permanece «en Mí», y Yo en él, da fruto abundante:» «El que no permanece «en Mí», será cortado, y se secará, y será echado al fuego y arderá» (1). Y luego, levantando los ojos al Padre, explica Jesús el admirable misterio de la unidad de la vida cristiana, entre el Padre, El y los hombres: «Te ruego que todos sean una misma cosa, como Tú, Padre, «en Mí», y yo en Tí, y que ellos sean una misma cosa «en nosotros...»: «Yo en ellos, y Tú en Mí; para que lleguen a la perfección de la unidad»: «Les hice conocer tu nombre, y se lo haré conocer más; para que el amor con que me amaste sea en ellos, y yo en ellos» (2). No es posible ir más allá, ni palabra puramente humana se hubiese atrevido a ir tan lejos, en la expresión de la «unificación» de la vida humana con la vida de Dios.

San Pablo es el glosador magnífico del pen-

(1) JOAN., 15, passim.

(2) JOAN., 17, 21, 23, 26.

samiento de Cristo, que no sólo quiere ir a la humanidad y convivir con ella, sino que quiere que la humanidad nazca, viva, crezca y sea glorificada «en El». Creemos inútil aglomerar textos e indicar pasajes que se hallarán en abundancia en cualquiera de los escritos del gran Apóstol. Preferimos indicar los aspectos de nuestro vivir cristiano «en Jesús», y cómo vivir «en María» puede facilitarnos la vida en Cristo.

1.º Nuestra vida debe ser «en Cristo», porque en El se nos ha revelado Dios. La vida cristiana es ante todo vida de pensamiento: «Esta es la vida eterna, que te conozcan a Tí, sólo Dios verdadero, y a Jesucristo a quien enviaste» (1). «Dios habita en una luz inaccesible» al humano pensamiento (2): Jesucristo es el medio «en» que vemos a Dios: «Felipe, decía Jesús: quien me ve a Mí, ve a mi Padre» (3). Como el Padre está en Jesús, «resplandeciendo para nosotros en la faz de Cristo Jesús» (4), así nosotros debemos vivir por el pensamiento en Cristo para llegar al Padre. La fe es la comunión sobrenatural de los hombres con Dios en el pensamiento de Cristo.

«El que cree en Cristo, es hijo de Dios»: *Om-*

(1) JOAN., 17, 3.

(2) 1 TIM., 6, 16.

(3) JOAN., 14, 9.

(4) 2 COR., 4, 6.

nis qui credit quoniam Jesus est Christus, ex Deo natus est (1); es decir, vive la vida de Dios «en» Cristo por la conformidad de su pensamiento con el pensamiento de Jesús.

«Para comprender estas palabras, dice Marmión, debemos remontarnos a la misma fuente de la vida de Dios.—Toda la vida del Padre en la santa Trinidad es de «decir» su Hijo, su Verbo, de engendrar, por un acto único, simple, eterno, un Hijo semejante a El, a quien comunica la plenitud de su sér y de sus perfecciones. En esta Palabra, infinita como El, en este Verbo único y eterno, el Padre no cesa de reconocer a su Hijo, su propia imagen, el «resplandor de su gloria.» Y toda palabra, todo testimonio que Dios nos da exteriormente sobre la divinidad de Cristo, como el que fué dado en el bautismo de Jesús: «He aquí mi Hijo muy amado,» no es más que el eco, en el mundo sensible, de este testimonio que el Padre se da a Sí mismo en el santuario de la divinidad, que él expresa por una Palabra en que se reproduce todo a Sí mismo, y que es su vida íntima: *Filius meus es tu, ego hodie genui te.*

Cuando, pues, aceptamos este testimonio del Padre eterno, cuando decimos a Dios: «Este Niño de la cuna..., este adolescente que trabaja en el taller de Nazaret... es vuestro Hijo, yo le

(1) 1 JOAN., 5, 1.

adoro, entonces toda nuestra vida viene a ser el eco de la vida del Padre que expresa eternamente a su Hijo en una palabra infinita; y como esta acción de la vida en Dios no cesa jamás, y abraza todos los tiempos, y es un presente eterno, nosotros nos asociamos así a la vida misma de Dios. Esto es lo que dice San Juan: «El que cree que Jesús es el Hijo de Dios, posee el testimonio de Dios en sí,» este testimonio por el cual el Padre «dice» a su Hijo» (1).

María, nuestra Madre, es la criatura que más ha vivido en Cristo por la fe: vivir «en» ella, obrar «en» ella, es adentrarse en el misterio de la uniformación de nuestro pensamiento con el de Cristo.

La Madre de Jesús es la que más ha conocido a Dios en Jesús. Si «Dios nos ha hablado en diversas formas por los Profetas en los tiempos antiguos de la revelación, y últimamente nos habló en su Hijo» (2) ¿a quién se revelaría con mayor luz el Padre de las luces que a la Madre de quien» era la luz verdadera que iluminaba a todo hombre que viene al mundo?» (3) Madre del que es la Palabra de Dios, asiento de la Sabiduría encarnada, *Sedes sapientiae*, aparece María envuelta en los resplandores del mismo origen

(1) COLUMBA MARMIÓN: *Le Christ, vie de l'âme*, p. 205.

(2) HEBR., 1, 1.

(3) JOAN., 1, 9.

de la luz con que a Dios place manifestarse a los hombres. Es la luna que refleja la luz del sol a los que estamos en tinieblas. Es la «mujer vestida del sol», es decir, que se baña en las cataratas de luz que de Jesús, Hombre-Luz, brotan para iluminar el mundo.

María es el antitipo de Eva: Eva vivía con Dios por las iluminaciones de su pensamiento; pero cayó en incredulidad, mató la luz de Dios en su alma y se hizo madre de tinieblas. María nos reintegró a Dios por su fe. La fe de María hizo reentrar el pensamiento de los hombres en el quicio del pensamiento de Dios. Aglutinando su pensamiento al de Dios, hizo que nosotros pudiesemos vivir por el pensamiento en Dios. «La fe de María, ha dicho un Santo Padre, nos abrió el cielo cuando consintió en la revelación del Angel anunciador de la Encarnación.»

Como modelo de su vida de fe en Cristo, nadie pudo aventajar a María: la abnegación de su pensamiento sólo es igualada por las claridades con que Dios le ilumina y la incontrastable fuerza de adhesión al pensamiento de Dios.

¡Oh, Madre y Reina de los creyentes! La fe es el «principio de la substancia» y de la vida de Dios en nosotros (1): «Sin ella es imposible agradecer a Dios» (2), porque sin ella no se puede vivir

(1) HEBR., 3, 14.

(2) HEBR., 11, 6.

«en Cristo-Dios», y es ley de la vida cristiana el vivir para Dios «en Cristo», nuestro Señor: *Viventes Deo in Christo Jesu Domino nostro* (1). Vos sois la Mujer-Luz, *electa ut sol*; Vos sois la Madre y el modelo de la fe: vivir «en Vos», Maria, es vivir en la misma atmósfera luminosa que rodea al sol Jesús. Vos sois su aurora: *Quasi aurora con-surgens*; estrella de la mañana, *Stella matutina*, que rutilais cabe los mismos purísimos rayos del que vino al mundo para ser su Luz (2). ¡Oh, Madre de luz! Haznos vivir «en» tu luz; *Profer lumen caecis*; porque así viva mejor nuestro pensamiento «en» Cristo y con rayos más intensos ilumine nuestra vida, que ésta es ley de la vida cristiana: *Exurge a mortuis, et illuminabit te Christus* (3).

2.º Nuestra vida debe ser asimismo «en» Cristo por la caridad. La caridad es el amor sobrenatural que nos empuja a Dios; como la fe ilumina el pensamiento, así la caridad mueve e inflama la voluntad. «Ella es la que pone en nuestro corazón el hambre y la sed de Dios, dice San Agustín, e imprime en el alma una aspiración profunda hacia El» (4). Ella importa,

(1) ROM., 6, 11.

(2) JOAN., 8 12,

(3) EPH. 5, 14.

(4) S. AUGUST., *Sermo* 53.

como todo amor, una inhesión mutua entre los que se aman, dice Santo Tomás (1). Ella, en expresión del Apóstol, nos acosa de tal suerte, «que los que viven, ya no viven para sí, sino para Aquel que murió por ellos y resucitó» (2). «El que permanece en la caridad, dice San Juan, está en Dios, y Dios está en él» (3).

Como Jesucristo es la revelación del pensamiento de Dios, y viviendo «en» El la vida de inteligencia vivimos por el pensamiento en Dios, hasta el punto de que pueda afirmarse que «el justo vive por la fe» (4), así el mismo Jesucristo es la manifestación del amor de Dios: «De tal suerte amó Dios al mundo, que le dió a su Unigénito» (5), y «en» Jesucristo vivimos para Dios la vida de amor. El mismo Jesús nos imponía la ley de amor hacia El: *Manete in dilectione mea* (6). Así Jesús es el medio en que el Padre ama a los hombres y éstos al Padre: «El que me ama será amado del Padre» (7). Efecto de la caridad es la inhabitación, «en Cristo», de la Trinidad en el alma justa: «El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y a él vendremos y

(1) *Summ. Theol.* I, q. 28, a. 1.

(2) *COR.*, 2, 14-15.

(3) 1 *JOAN.*, 4, 16.

(4) *ROM.*, 1, 17.

(5) *JOAN.*, 3, 16.

(6) *JOAN.*, 15, 9.

(7) *JOAN.*, 14, 21.

en él haremos mansión» (1). Por el contrario, el que no vive en Cristo por el amor, queda excomulgado de la sociedad de los amadores de Dios: «Si alguien no amare a nuestro Señor Jesucristo, sea anatema» (2).

En este sistema de la divina caridad que coordina y ata los cielos y la tierra, Dios y los hombres, la Virgen María ocupa un lugar de privilegio, inferior, es cierto, al infinito Amor que es el nexo del Padre y del Hijo; inferior asimismo al amor que empujaba a la Humanidad Santísima de Cristo al Padre y a los hombres, y que atraía el amor del Padre hacia Jesús: «Este es mi Hijo amado»... (3); pero más encumbrado, sin comparación, que todos los amores humanos y angélicos. Fuera del amor al Hombre Jesús, el amor con que ama Dios a la Virgen es el máximo; como es más vivo el amor de María a Dios que la síntesis de todos los amores criados que tienen hacia Dios. Las palabras del ángel en la Anunciación: *Gratia plena*; «llena de gracia» y, por lo mismo, de caridad; *Dominus tecum*; «el Señor es contigo,» *in mente, in auxilio, in ventre*, como comenta un Santo Padre, relevan de toda prueba de la especial inhesión de Dios en la Virgen y de la Virgen en Dios.

(1) JOAN., 14, 23.

(2) 1 COR., 16, 22.

(3) MATTH., 3, 17.

Esta encumbradísima caridad de María, efecto de su situación «ontológica» sobrenatural en el plan de la Redención del mundo, la constituye en «nexo» o puente secundario respecto de Jesús «en» que Dios y los hombres conviven para que la vida de Dios se comuniqué a los hombres.

Augusto Nicolás ha demostrado, en sendos capítulos de su obra *La Virgen María y el plan divino*, que «María es la causa ocasional secundaria de la dispensación de todas las gracias divinas que constituyen el mundo sobrenatural invisible;» y que «El mundo sobrenatural visible, desarrollo de la carne del Salvador, tiene su origen en María» (1); es decir, que Dios está «en María», obrando por ella las maravillas del mundo invisible de la gracia y las estupendas grandezas del orden visible de la Iglesia. Como en Jesús, bien que en un orden distinto y secundario, Dios manifiesta «en María» las inagotables riquezas de su caridad con los hombres. «En ella» entró y moró el Espíritu Santo, que es Dios, para plasmar con su sangre virginal el cuerpo virginal de Jesús: *Superveniet in te*. De María tomó el Verbo la carne con la que hipostáticamente, es decir, personal y sustancialmente, se unió. La carne de Cristo dice San Agustín

(1) AUG. NICOLÁS: *La Virgen María y el plan divino*
Lib. 3.º. cap. 5 y 6.

era carne de María: *Caro Christi, caro Mariae*, para demostrar la misteriosa acción de Dios «en María» al hacerla Madre del Redentor del mundo.

Si María puede decir que «en ella ordenó Dios la caridad»: *Ordinavit in me charitatem* (1); de suerte que para manifestarse en la plenitud de Cristo se manifestó antes en la que debía ser su Santísima Madre; y si los ascensos del hombre a Dios son correlativos a los descensos de Dios al hombre, ¿por qué no viviremos «en María» por el amor, para mejor vivir en la caridad de Jesús? En Jesús vive María, como María vive en Jesús. Mejor que el Apóstol puede decir: *Vivit in me Christus*: Cristo vive en Mí: ¿por qué no habremos de «vivir en Cristo» si vivimos «en María»?

Aún más: el misterio de la divina caridad realiza el misterio de la incorporación en Cristo, de que ya hemos tratado, y por Cristo entramos en los mismos senos de Dios. Dios es «cabeza de Cristo» (2); «Cristo es Cabeza de toda la Iglesia» (3); María es el «cuello de la Iglesia»: *Ecclesiae collum*: no podríamos vivir en Dios y en Cristo si no viviésemos en María.

¡Oh, Señora! La Santa Iglesia pone en vuestros labios estas palabras: «Yo soy la Madre del

(1) CANT., 2, 4.

(2) 1 COR., 11, 3.

(3) EPH., 1, 22.

Amor Hermoso y de la santa esperanza. Venid a mí, todos los que me deseais, y llenaos de mis generaciones» (1). Vos habeis engendrado con doble generación a vuestro Hijo; con vuestra carne y con vuestro espíritu: *Prius concepisti mente, quan corpore*. Por ello está «en Vos» Jesús por doble título de amor: como hijo y como Dios. Yo quiero, Señora, vivir también «en Vos», para llenarme de estas generaciones: de vuestra generación según la carne por la que recibo «el cuerpo verdadero nacido de María Virgen»:

*Ave verum corpus natum
De Maria virgine...*

que da a mi espíritu la delicia y la gordura de la caridad de Dios: de la generación de vuestro espíritu, participando de los ardores de la caridad que os hace vivir en Jesús. Creciendo así en Vos por la caridad, creceré en mi Jesús en todas las cosas: *Crescamus in illo per omnia...*

3.º El alma cristiana debe además estar y vivir «en» Jesús en cuanto El es la causa ejemplar, es decir, el modelo único de perfección, de la vida cristiana.

La esencia de la vida cristiana está en ser semejantes a Dios: «Sed imitadores de Dios

(1) ECCLI., 24. 26.

como hijos carísimos», dice el Apóstol (1). La consumación de la vida cristiana, que es la visión beatífica, importa la semejanza con Dios: «Seremos semejantes a El (Dios), porque lo veremos como es» (2).

¿Quién obra en nosotros esta semejanza? ¿Cómo el hombre, situado en un plano infinitamente inferior al de Dios, puede ser semejante a El? Por la semejanza con Jesús, Hombre-Dios. Jesús es Hijo natural de Dios en cuanto es Verbo de Dios: bajo este aspecto es la máxima igualdad con el Padre: *Æqualis Patri*. Pero también es Hijo natural de Dios en cuanto Hombre, por estar en El unida la naturaleza humana a la persona del Verbo; y bajo este punto de vista es la criatura más semejante a Dios, porque es la que más participa de Dios, por la gracia de unión y por la gracia santificante, de que está lleno.

Por ello toda la ciencia de la vida cristiana se reduce a hacernos semejantes a Jesús, Hijo de Dios; *Conformes fieri imaginis Filii sui* (3). La participación de la gracia santificante, derivación de la de Jesús, es la que nos hace semejantes a El y a Dios. Como El, somos «hijos de Dios», no por naturaleza, sino por gracia de

(1) EPH., 5, 1.

(2) 1 JOAN., 3, 2.

(3) ROM., 8, 29.

adopción. Es la gracia como el sello que estampa en nuestras almas la efigie de Dios. Nosotros estamos, pues, en Jesús, usando una comparación del P. Lhoumeau, como toda copia está en su modelo. Con la ventaja, por parte de nuestra semejanza con Dios en Cristo, que «entre un cuadro y su copia hay una relación de semejanza; pero no es el cuadro el que ha hecho la copia, sino el artista. Por el contrario, si aplicamos un sello sobre la cera, el mismo sello forma en la cera su imagen. La cera es nuestra alma; el sello que imprime en ella la imagen de Cristo, es el Espíritu Santo; Jesucristo mismo es el artista divino que obra en nosotros; y tal es el sentido completo de esta expresión: «Jesús es la causa ejemplar de nuestro estado sobrenatural»; es decir, que es un modelo que produce él mismo su semejanza. En cualidad de tal está El, pues, en nosotros, imprimiéndonos su semejanza, y nosotros estamos en El, como en la causa que nos somete a su acción, nos contiene y nos transforma a su imagen» (1).

Podemos aún estar «en Jesús», y ser por ello semejantes a Dios, bajo otro aspecto. Jesús-Hombre no sólo se halló en «estado» de Hijo de Dios, sino que «obró» como tal: sus acciones eran divino-humanas, «teándricas», como las llaman los teólogos. Bajo este aspecto más hu-

(1) P. LHOUMEAU; *ob. cit.*, pág. 71,

mano, Jesús es imitable, en cuanto por nuestras obras podemos reproducir las suyas: El es el «modelo de la grey»: *Forma gregis* (1). El mismo nos invita a que le copiemos: *Discite a me*: Aprended de mí (2). Prototipo de perfección moral y espiritual del hombre, nosotros estaremos en Jesús, y Jesús en nosotros, como el original en la fotografía, y vice-versa.

¿Podemos decir que nosotros estamos y vivimos «en María» bajo el punto de vista de la causalidad ejemplar de nuestra vida cristiana?

Distingamos entre los dos aspectos de la imitabilidad de Jesús; es decir, en cuanto «somos conformados» por la gracia según el divino Modelo, por la impresión de su semejanza en nosotros mediante la gracia santificante, y en cuanto «nos conformamos» al mismo Modelo por la imitación personal de sus obras.

En lo tocante a la acción de la gracia, no estamos en María, ni bajo su acción, de la misma suerte que en Jesús. Nuestra Madre no es la causa eficiente de la gracia, ni, por lo mismo, ejerce acción inmediata y física sobre nuestras almas, como Jesús. No es María el sello que se imprime en la cera de nuestra alma, ni, como el Divino Espíritu, sella nuestras almas con la

(1) 1 PET., 5, 3.

(2) MATTH., 11, 29

Imagen de Jesús. La acción de María sobre la gracia es moral; es de súplica, de impetración por los propios méritos, de voluntad de la Madre que quiere que sus hijos de adopción se asemejen a Jesús, su hijo natural en cuanto hombre. Así estamos nosotros en María por el amor entrañable que nos tiene y que la obliga a presentarnos a su Hijo y «pedirle», presentándole los títulos que más puedan obligarle, a que seamos por Él conformados según su imagen.

El Beato de Montfort, tratando de como María forma en nosotros a Jesús, dice que María es como el molde para conformarnos según Jesús. «Molde viviente de Dios, dice el Beato, *forma Dei*, llama San Agustín a María; y, en efecto, lo es. Quiero decir que en Ella sola se formó Dios hombre, al natural, sin que rasgo alguno de divinidad le faltara; y en ella sola puede también formarse el hombre en Dios, al natural, en cuanto es capaz de ello la naturaleza humana, con la gracia de Jesucristo» (1). Por lo dicho respecto de la intervención de María en la administración de la gracia, ya se ve que no puede urgirse *ad litteram* la comparación del molde. No es molde María que forme en nuestras almas a Jesús, como lo es el Espíritu Santo, en expresión del Apóstol. El troquel con que se acuña una moneda o medalla es como el prototipo con

(1) MONTFORT: *El secreto de María*, p. 20.

el que, por una acción inmediata y física se reproduce la efigie en el metal. No es tal la acción de María en nosotros. «No puede forzarse la aplicación de la comparación del molde, dice Lhoumeau. La materia es encerrada en el molde como en un lugar, mientras que nosotros somos contenidos solamente por la influencia del poder y de la voluntad de María. Además, el molde obra físicamente sobre la materia, imprimiéndola su propia forma, mientras que la influencia de María en nosotros es solamente de orden moral. Lo que ella produce en nosotros es una forma puramente extrínseca; es una semejanza moral por la conformidad de las disposiciones, de los actos y de las intenciones. Muy diferente es la semejanza sobrenatural que obra Dios en nosotros por la gracia: ésta es, en efecto, una cualidad física, intrínseca y permanente, aunque accidental» (1).

En cambio, por lo que atañe a la imitación de Jesús, nuestro Modelo, por la imitación de María, podemos decir con más propiedad que debemos vivir «en María», como ejemplar de nuestra vida, para mejor vivir «en Jesús», como causa ejemplar primera de toda nuestra perfección.

Aunque hombre como nosotros, *pro similitu-*

(1) LHOUMEAU: *La vie spirituelle*, p. 290.

dine, y aunque se abajó en todos los órdenes cuanto cupo en Dios abajarse hasta el hombre, Jesús es trascendental, como Dios que es. Aún le separa de nosotros la distancia que nos separa de Dios. Un ser intermedio, una pura criatura, en la que se hubiese vaciado Jesús, con todos sus trazos, cuanto puede vaciarse en un ser humano, al hacernos más comprensible y simpática la fisonomía de Jesús, nos la haría más asequible, y más todavía si esta criatura se revestía con los atributos de la maternidad para con nosotros.

Tal es María: es el tipo ideal de la humana perfección, después de Jesús y por causa de Jesús. Es el espejo fidelísimo de la perfección de Jesús: Jesús es el Sol *justitiae*, el «sol de justicia» (1): María es el *speculum justitiae*: quien quiera vivir «en Jesús» lo hará fácilmente mirando a María, su espejo. En este concepto, insiste con más propiedad el Beato Montfort en su comparación del molde. «El gran molde-Dios, hecho por el Espíritu Santo, para formar al natural un Dios-hombre, por la unión hipostática, y para formar un hombre-dios por la gracia, es María. Ni un solo rasgo de divinidad falta en este molde. Cualquiera que se meta en él y se deje manejar, recibe allí todos los rasgos de Jesucristo... No hay ni habrá jamás criatura, sin

(1) MAL., 4, 2.

exceptuar bienaventurados, ni querubines, ni serafines de los más altos en el mismo cielo, en que Dios muestre tanto sus perfecciones internas y externas como en la divina María...»

«Feliz y mil veces feliz es en la tierra el alma a quien el Espíritu Santo revela el secreto de María para que lo conozca, a quien abre este huerto cerrado para que en él entre, y esta fuente sellada para que de ella saque el agua viva de la gracia y beba en la caudalosa vena de su corriente. Esta alma no hallará sino a Dios solo, sin las criaturas, en esta amabilísima criatura; pero a Dios, al par que infinitamente santo y sublime, infinitamente condescendiente y al alcance de nuestra debilidad... En todas partes es Dios, el pan de los fuertes y de los ángeles, pero María es el pan de los niños» (1).

¡Oh, Madre mía María! Como el niño está en el regazo de su madre: *Sicut ablactatus est super matre sua* (2), así quiero yo estar y vivir en Vos, para participar de vuestras maternales influencias, para adentrarme en el secreto de vuestro espíritu, reconditorio de Dios. Como los planetas giran alrededor de los soles, así quiero que seais Vos el centro de gravitación que atraiga todo mi sér y mi obrar. Vos sois el huerto de

(1) MONTFORT: *El Secreto de María*, p. 21-23.

(2) PSALM. 130, 2.

delicias en que quiero morar; la lámpara viva que quiero ilumine toda mi vida; la torre fortísima en que me refugie y defienda de mis enemigos; el panorama de Dios, espléndido en cuya visión se sacie mi alma y adquiera el sentido y la práctica de las cosas de Dios. Moldeadme según Jesús, Señora, Vos que sois su Madre y Madre mía, Vos que conoceis su altísima perfección y mi profunda miseria. Moldeadme según Jesús con los golpes y con la fuerza de la gracia que de Jesús vendrá a mí por vuestros ruegos de Madre. Moldeadme sobre todo haciéndome conforme a Vos, por la fiel reproducción de vuestros trazos en mi pobre alma. «Vestidme de Vos,» en expresión de San Bernardo, para que mejor «me vista de nuestro Señor Jesucristo»(1); es ley de la vida cristiana que Vos quereis se cumpla en vuestros hijos, para que viviendo «por Vos, con Vos y en Vos», vivamos «por» Jesús, «con» Jesús y «en» Jesús, y demos con nuestra vida todo honor y gloria a Dios: *Per ipsum, et cum ipso, et in ipso, omnis honor et gloria...*

d) Para María

La preposición «para» expresa la finalidad u objeto de nuestro sér y vivir. Vivir «para María» es constituirla fin de nuestras obras y de nuestra

(1) Rom., 13, 14.

misma vida. Esta fórmula es, pues, como la síntesis de las precedentes y de la misma esclavitud mariana, cual la explicara el Beato de Montfort. Debemos vivir «por», «con» y «en» María, a fin de que, en definitiva, toda nuestra actividad espiritual sea «para» María.

Unas pocas ideas bastarán para poner en buena luz el sentido de esta fórmula.

Entiéndase, ante todo, que María Santísima no puede ser fin último de nuestra vida cristiana. Este es Dios, y nada más que Dios: de El salimos, y a El definitivamente vamos a parar. No puede ser de otra manera: un sér que fuera el último fin nada más que de un átomo, compartiría con Dios los derechos y la gloria de la divinidad, y Dios «a nadie cede su gloria» (1). Por esto «hizo el Señor todas las cosas para sí mismo» (2).

No ignoraba el Beato de Montfort que la fórmula «para María», podía prestarse a las impertinentes críticas teológicas de los jansenistas. Por ello, dice Lhoumeau, insiste repetidas veces en explicar así su pensamiento: «No es que deba tomarse a María como fin último de nuestras obras, que es Jesucristo solo, sino como fin próximo, y como misterioso medio de llegar fácilmente a El».

(1) ISAI., 42, 8.

(2) PROV., 16, 4.

Hay en el mundo una gradación de finalidades, como hay una gradación de eficiencias: se ensanchan las órbitas de los destinos a medida que sube la preeminencia de los seres. En el orden social, el individuo vive para sí, para la familia, para la patria, para los altísimos intereses de la humanidad. Así en el orden sobrenatural esbozaba San Pablo genialmente el encadenamiento de agentes y finalidades: «Todo es vuestro decía el Apóstol, ya sea Pablo, ya Apolo, ya Cefas; así el mundo, como la vida y la muerte; lo presente y lo futuro: todas las cosas son vuestras; pero vosotros sois de Cristo; y Cristo es de Dios» (1). Pero cuando se trataba de reducirlo todo a la gran unidad del fin último, que debe encerrarlo todo en los senos infinitos a donde debe converger todo lo criado, decía el mismo Apóstol: «Sea que comais, o bebais, o hagais cualquiera otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios» (2).

En este principio de la jerarquía y encadenamiento de los seres en el orden espiritual, en cuanto les ha concedido Dios una participación, mayor o menor, de su soberanía, de su eficiencia, de su influjo, se fundan las poderosas razones que tenemos de obrar «para» María.

(1) 1 Cor., 3, 22-23.

(2) IBID., 10, 31.

Obramos para Jesús, como fin último de nuestra vida cristiana. Es el Rey «para» quien todas las cosas viven: *Regem cui omnia vivunt*. «Para El se hicieron todas las cosas», dice el Apóstol: *Propter quem omnia* (1). «Todo poder le fué dado en el cielo y en la tierra» (2). Todo poder, y por lo mismo, el derecho a toda pleiteía y sujeción: todo homenaje debe tener por fin a Cristo, por voluntad del Padre «que le dió por herencia todas las cosas» (3) y que quiere que todas se rindan a su solo nombre (4), a fin de que, rendido todo sér y toda vida ante Cristo, Cabeza y Corazón del mundo, sea el homenaje universal de la creación más acepto a Dios: «Estándole sujetas (a Cristo) todas las cosas, luego el mismo Hijo estará sujeto a aquel que sujeta a su poder todas las cosas, para que sea Dios bendecido por los siglos» (5).

Los títulos del dominio de Cristo, en cuya virtud puede arrogarse, con toda justicia, el nombre y la realidad de centro y objetivo del mundo de los espíritus, como lo es de la naturaleza visible son: la voluntad del Padre, su naturaleza de Hijo de Dios, su carácter de Redentor, santificador y glorificador de la humanidad, la fuerza

(1) HEBR., 2, 10.

(2) MATTH., 28, 18.

(3) PSALM., 2, 8.

(4) PHILIP., 2, 10.

(5) COR., 15, 28.

verdaderamente divina con que ha puesto en el mundo, en las razas y civilizaciones aquel orden maravilloso de que nos habla el poeta mantuano:

Magnus ab integro sæclorum nascitur ordo...

De esta excelsitud del Hijo de Dios, de la situación céntrica, de la eficiencia e influjo del Hijo de Dios en todas las cosas, participa, en su grado y en la equivalencia de su dignidad y de su poder, la Madre de Dios. No hay para que insistir en la nomenclatura y exposición de los títulos que la hacen co-participar de la gloria del Hijo en cuanto es el centro de convergencia de toda palpitación de vida de las generaciones humanas. La señora del mundo, la Madre de Dios, la Co-redentora del humano linaje, la Co-mediadora entre el cielo y la tierra, deberá ser, en el pensamiento de Dios y en la realidad de las cosas, el mojón más cercano al Hijo de Dios en el camino que a El hacen los hombres, el punto de referencia que se roce con los confines de Dios mismo en cuanto es centro universal de la creación.

Si la Iglesia la aplica las palabras de la Sabiduría: *Dominus possedit me in initio viarum suarum* (1) ofreciéndonosla como un objetivo pri-

(1) PROV., 8, 22.

mordial del mismo pensamiento divino ¿qué extraño que todas las cosas, «en sus caminos», tiendan, como a su fin inmediato y en su ruta a Cristo y a Dios, a la que es Madre de Cristo-Dios y que culmina, por su dignidad y poder, sobre toda pura criatura?

Para ella, dice San Bernardo, fueron hechas todas las cosas, después de Cristo: *Propter quam, post Christum, omnia* (1). Y en el orden de la Redención, dice Alberto el Grande concretando el pensamiento de muchos Padres: «María fué predestinada para ser la causa final de toda nuestra reparación; su gloria, después de la de Dios, es el fin de toda la Redención» (2).

Luego, si la Virgen, después de Dios y de su Cristo, es el fin de todas las obras de la naturaleza y de la gracia ¿sería desviarnos, en nuestra tendencia a Dios, proponernos como fin inmediato a María para así, acompañados de ella y uniendo nuestras aspiraciones a las ardentísimas de su Corazón, remontarnos hasta Jesús y hasta Dios, *benedictus in saecula*, fin de todos los fines, océano infinito en que, por el río caudaloso que es la Humanidad santísima de Jesús y por su Madre divina, refluyen y reentran todas las cria-

(1) S. BERNARD, *Serm. 3* in Salve.

(2) *Super Missus est*, cap. 184.—Cfr. LHOUMEAU, ob. cit., p. 296.

turas que de él salieron para correr la ruta de los tiempos?

He aquí la manera de hacer todas las cosas «para María», según el Beato de Montfort: «Como esclavos que somos de esta augusta Princesa, no trabajemos más que para Ella, para su provecho y gloria, como fin próximo, y para la gloria de Dios, como fin último. Debemos, en todo lo que hacemos, renunciar al amor propio que casi siempre, aun sin darse cuenta, se toma a sí mismo por fin, y repetir muchas veces en el fondo del corazón: por Vos, mi amada Señora, hago esto o aquello, voy aquí o allá, sufro tal pena o tal injuria» (1).

¡Oh, Señora! Lo sois de todo el mundo: «Desde la eternidad os dispuso Dios, antes de que fuese hecha la tierra: No existían los abismos y Vos ya erais concebida en el pensamiento de Dios; y en él nacíais antes de que rompiesen las fuentes de las aguas y se asentaran montes y collados» (2).

Por ello todo se inclina ante Vos: el mundo entero, porque así Dios lo quiere en sus altísimos consejos, os rinde los homenajes de su servidumbre y amor. Para Vos es la espléndida luz del sol

(1) MONTFORT: *El Secreto de María*, p. 39.

(2) PROV., 8, 23-25.

que os viste con deslumbrantes destellos; la luna ofrece escabel gracioso a vuestros pies; para coronar vuestra frente puso Dios en el cielo las rutilantes estrellas; levántase la aurora y circuye la tierra para anunciar a todo horizonte vuestro nombre, dulce y tremendo. La palma y el ciprés ante Vos se inclinan; el cinamomo y el áloes, la mirra y el incienso os ofrecen cada día las primicias de sus fragantes perfumes. Y en el orden sobrenatural, ríndense ante vuestro trono, que le teneis a la derecha del Rey Jesús, las miríadas de espíritus angélicos, los millones de almas redimidas por la sangre del Cordero. Para Vos son los cánticos de ángeles y hombres, en los cielos y en la tierra, porque de Vos les vino el Autor de su santificación y de su gloria, «el fruto bendito de vuestro vientre», Jesús. ¿Cómo, Señora, pudiera el átomo de mi vida exorbitar de este movimiento universal de gravitación de todo el mundo hacia Vos, alrededor de Vos? Para Vos es, pues, toda mi vida; el aliento de mi pecho y las aspiraciones de mi alma; la fuerza de mi cuerpo y la actividad de mi espíritu. Decidme qué quereis de mí, y a Vos subirán, como suben del pebetero los aromas, mis pensamientos y afectos, mis proyectos y mis obras, mis goces y penas, mis esperanzas y zozobras, toda vibración de mi sér; hasta la esencia misma de mi vida, ¡oh Señora y Madre mía, mi vida, mi dulzura y esperanza, a quien clamo y para quien

suspiro, clemente, piadosa, dulcísima Virgen María!

No terminaremos este comentario a lo que el Beato de Montfort llama «práctica de la vida interior» y «secreto de María,» y que constituye la esencia de su sistema, sin insistir en el valor de piedad cristiana que en esta práctica se encierra.

No es novedad peligrosa, sino vieja práctica cristiana el unirse las almas a María para mejor unirse a Jesús; es el viejo itinerario de la vida cristiana que sabe no se va a Jesús sino por María.

La piedad cristiana tiene por principio formal el amor a Jesús; por función, las mil formas de honrar a Jesús, de tender a Jesús; por objetivo final, la unión con Jesús, y, por Jesús, la unión con Dios; *Per Dominum nostrum Jesum Christum.....* Unida María a Jesús por Dios, en la economía del orden sobrenatural, de una manera radical, constitucional, indestructible, la vida verdaderamente cristiana no puede dejar de ser mariana. La piedad de la madre Iglesia es la confirmación secular, regaladísima, de este principio vital del cristianismo: el amor a María, los obsequios, delicadísimos y fervientes, a María, las aspiraciones de unión a María, ocupan, en la vida del catolicismo, en el pensamiento de los teólogos, en la sagrada himnodia, en la institución de solemnidades, en la complejísima varie-

dad de formas culturales, en el alma popular, el primer lugar después de los de Jesús. Son dos aspectos de nuestra religión que recíprocamente se entrecruzan y completan, que dan la sensación de un todo que no puede desintegrarse sin que se mutile esta grandiosa obra de la manifestación tradicional de la vida cristiana. ¿Acaso no se mutilaría el plan de Dios, que le sirve de base doctrinal e histórica, si del lado de Jesús desapareciera la Madre de Jesús, si el Redentor del mundo apareciera solo, unido al mundo de los hombres no más que por el momento histórico, fugaz, de una maternidad cuyas funciones se perdieran en la noche de Belén y en el discreto silencio de los Evangelios, pero sin la dignidad altísima, sin la colaboración fecunda, sin la magnitud de destinos, sin lo que casi llamaríamos mancomunidad de vida, de grandeza, de gloria, entre el Hijo de Dios que brota del seno del Padre y la Madre de Dios que en su seno le alberga para la redención del mundo?

En esta verdad, fundamentalmente cristiana, estriba el valor de piedad del sistema montfortiano, de una manera especial en la forma de vida interior cuyos puntos acabamos de glosar. Es un esfuerzo del pensamiento y del amor cristianos para hacer más fácil y eficaz nuestra unión con Jesús.

Cuando el sacerdote, en la Misa, traiza cruces con la Hostia divina y pronuncia la fórmula *per*

Ipsum, et cum Ipso, et in Ipso, ha expresado el concepto de máxima unión, es decir, de máxima piedad para con Jesús Redentor; es la unificación del pueblo con Cristo en el pensamiento, en los anhelos, en la misma acción; realización, que se obra sobre el ara santa, de las palabras de Jesús: *Ut sint unum sicut et nos...* «Ellos en Mí, y Yo en ellos»... Entonces es cuando el sacerdote levanta gloriosamente hostia y cáliz, y pronuncia el *Omnis honor et gloria...* «Al Dios Padre Omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, sea todo honor y gloria». Es el objetivo de la creación y de la Redención, como será el oficio eterno del pueblo redimido: es la unión de todas las cosas con Dios, por Cristo, con Cristo y en Cristo. Buscar a la Madre de Cristo para que nos ayude en la grande obra, ella, identificada con su Hijo, ella que, más que nadie, ha realizado en sí la palabra del Apóstol: «Sentid en vosotros lo que en Cristo Jesús (1)», vivir «por», «con», «en» y «para» María, no es más que ponernos al compás del Hijo siguiendo el ritmo del corazón de la Madre y hacerlo en la forma más tradicional y cristiana que pueda hallarse.

(1) PHILIP., 2, 5.

6.º — LA INFANCIA ESPIRITUAL

Es la infancia espiritual una disposición voluntaria de nuestra alma para con nuestra Madre María en virtud de la cual nos ponemos en situación de total dependencia de ella, en todos los órdenes, como lo está el niño respecto de su madre.

Responde esta disposición de espíritu no a una imposición o práctica especial del sistema de devoción mariana de Montfort, sino a nuestras relaciones fundamentales de orden espiritual-sobrenatural con la Madre de Dios, derivadas de las que nos unen con el Padre de los cielos, «de quien viene toda paternidad, en los cielos y en la tierra» (1), y con su Unigénito, que es el «Padre de la raza futura» (2) y por el cual nos viene la adopción de hijos de Dios.

Podemos, por lo mismo, llegar a este estado de infancia espiritual con respecto a la Señora con independencia del sistema montfortiano; él

(1) EPHES., 3, 15,

(2) ISAI., 9, 6.

es, sin embargo, una verdadera escuela de la niñez de espíritu, porque el centro de la devoción montfortiana es la maternidad de María con respecto a nosotros. Todos los títulos que fundan su señorío sobre nuestras almas derivan, como de su foco, de su condición de Madre de los hombres, como todas sus prerrogativas y grandezas y su situación trascendental en el plan de la Redención, arrancan, en expresión del Angélico, de su cualidad de Madre de Dios.

Nuestra religión nos hace niños con respecto de Dios: «Somos los niños de Dios», decía San Clemente. Es tan trascendental y tan tierna al mismo tiempo la paternidad de Dios, Creador, Redentor y Santificador; hay una tan íntima y vital ligadura de todo nuestro sér con el infinito Sér de quien dependemos en todo nuestro vivir y obrar; es tan frágil, tan rudimentario el sér y la perfección de hombre con respecto al Dios, cuyas manos, en expresión de Job, «nos hicieron y plasmaron» (1); y, sobre todo, en el orden sobrenatural es tan misericordiosa la adopción de Dios que nos hace hijos según el mismo tipo de su Unigénito, que el primer nombre de Dios es para nosotros *Abba*, «Padre». Cuando Jesús enseñó a orar a sus discípulos, les dijo: «Vosotros orareis así: *Padre nuestro...*» (2).

(1) JOB, 10, 8.

(2) MATTH., 6, 9.

El mismo carácter cristiano debe distinguirse por su «infantilidad»: lo demuestran no pocos pasajes del Evangelio y de los escritos apostólicos. «Quien se humillare como este pequeñuelo, es el mayor en el reino de los cielos» (1): «Os aseguro que el que no recibiere el reino de Dios como un niño, no entrará en él» (2): «Padre, dice Jesús, ocultaste estas cosas a los sabios y sagaces y las revelaste a los pequeños» (3). El mismo Jesús llamaba a Sí a los niños (4), y se los presentaban para que los bendijese (5). San Pablo, tan lleno del espíritu y de los sentimientos de Jesús, les decía a los fieles de Tesalónica: «Me he hecho como niño en medio de vosotros» (6); y a los de Corinto: «Como niños que sois, no os di fuertes manjares, sino leche...» (7); y a los de Galacia: «Hijitos míos, por quienes sufro los dolores de un nuevo alumbramiento, hasta que se forme en vosotros Cristo» (8). Conocida es la frase de San Pedro: «Desead, como niños recién nacidos, la leche racional, sin fraude» (9). Ya en el Tes-

-
- (1) MATTH., 18, 4.
 - (2) MARC., 10, 15.
 - (3) MATTH., 11, 25.
 - (4) MATTH., 19, 14.
 - (5) MARC., 10, 13.
 - (6) 1 THESAL., 2, 7.
 - (7) 1 COR., 3, 1.
 - (8) GAL., 4, 19.
 - (9) 1 PET., 2, 2.

tamento Antiguo el pueblo de Dios era el «infante» de Dios: San Pablo habla de la ley mosaica como de un maestro que enseña a los niños (1); y Moisés, en sublime alegoría, decía de Dios y del pueblo de Israel: «Como el águila imita a volar a sus polluelos, revoloteando sobre ellos, así extendió Dios sus alas, tomóle (a Israel) y le llevó sobre sus hombros» (2).

Toda la organización espiritual de nuestra religión santísima, sacramentos, ley, culto, doctrina, no es más que una estupenda manifestación del amor paternal de Dios quien, «por las entrañas de su misericordia» (3), fecunda toda nuestra vida, la nutre, la defiende, la robustece y la glorifica. La misma Eucaristía, síntesis maravillosa de nuestra religión y de nuestro culto en el orden objetivo, manjar sintético, de todo sabor, que, en el orden de la vida sobrenatural, es capaz de llevar a todo principio vital incalculables energías, «pan de los fuertes», capaz de dar la robustez del vivir, *da robur*, no es más que el sacramento en que se consume nuestra adopción de hijos de Dios y, por lo mismo, la paternidad de Dios para con nosotros: por ella el Padre nos comunica la vida que nos hace hijos suyos en toda la plenitud de la expresión: «Como el Padre viviente me

(1) GAL., 3, 24.

(2) DEUT., 32, 11.

(3) LUC., 1, 78.

envió, dijo Jesús, y yo vivo por el Padre, así quien me come vivirá por mí» (1). Es el misterio de la vida divina que se une sustancialmente al Hombre Jesús y que por su santísimo Cuerpo nos da la plenitud de la filiación, porque nos da en su grado máximo la participación de la misma vida del Padre. Por ello le llama la Iglesia «pan de los hijos»: *Panis filiorum...*

Esto en derecho, y por lo que atañe a la constitución misma de nuestras relaciones con Dios. De hecho, los Santos, y a la cabeza de ellos su Reina, es decir, los tipos representativos de la vida verdaderamente cristiana, han sido tales por este abajamiento de todo el sér ante Dios, Padre y Creador: *Quia respexit humilitatem...* La humildad de pensamiento y de corazón, la mansedumbre, la sencillez, la generosidad, la docilidad, la limpieza de vida, son las virtudes evangélicas, es decir, profundamente cristianas; y estas virtudes, cotejadas con las características de la niñez, nos dan lo que podríamos llamar una ecuación, o a lo menos una semejanza profunda, entre el «temperamento» cristiano y el temperamento infantil. Todo ello no es más que la traducción, en el orden de la vida, de los grandes principios de la santidad proclamados por Jesús: «Niégate a tí mismo...»

(1) JOAN., 6, 58.

Abnega temetipsum: «El que se humillare será exaltado»; *Qui se humiliat, exaltabitur* (1). Es la «humillación», es decir, la postración de toda la vida ante Dios, para que Dios la levante a las alturas donde El vive. «De éstos es el reino de los cielos» (2): de éstos, que se han abajado voluntariamente a la condición de niños, aunque sean genios, héroes, poderosos, será la gloria, que es plenitud y consumación de la vida cristiana.

Al intervenir María, por altísimos consejos de Dios, en el plan de restauración de la humanidad con el carácter de Madre natural de Dios y Madre de adopción de los hombres, ha creado una nueva relación de orden espiritual entre ella y nosotros y, por lo mismo, una nueva exigencia en nosotros para con ella. Mejor, tal vez, diríamos que ha colmado Dios, dándonos por madre a la Madre de su Hijo, las aspiraciones del alma humana que si se goza en decirle a Dios: *Padre*, deberá complacerse en la regalada suavidad del nombre dulcísimo de *Madre*. ¿Por qué Dios que al sobrenaturalizar nuestra vida no quiere mutilarla, sino elevarla a un plano superior, satisfaciendo en él con generosidad divina nuestras legítimas aspiraciones de orden natural, no debía darnos una madre espiritual como quiso la tuviéramos según la carne?

(1) MATTH., 16, 24; LUC., 14, 11.

(2) MATTH., 19, 14.

Hijos de Dios, «niños de Dios», en expresión de San Clemente, ya somos hijos de María, «niños de María». Dios quiso asociarla a la obra de nuestra redención y de nuestra filiación: como, en virtud de ello, decíamos a Dios: «Padre nuestro, que estás en los cielos...», así podemos y debemos decir: «Madre nuestra, que estás en los cielos».

No nos empeñemos en ponderar las excelencias de esta Madre divina en orden a sus hijos los hombres: su amor, su ternura, su abnegación, su inteligencia, su compenetración con sus hijos, el conocimiento que tiene de sus temperamentos, necesidades y flaquezas están sobre toda ponderación. Es la Madre modelo, reproducción fidelísima del ideal de madre en el pensamiento de Dios. Tal debió ser la que Dios escogió y creó para Madre suya y para Madre de sus hijos adoptivos según el espíritu. Dios debía dar la mejor Madre a los hombres de quienes El mismo quiso ser Padre. Parece que la Iglesia, en el *Ave, maris stella*, invoca ante la Virgen, y en favor nuestro, cierta paridad entre su maternidad divina y la adopción respecto a los hombres:

*Monstra te esse Matrem,
Sumat per te preces,
Qui pro nobis natus,
Tulit esse tuus,*

«Demuestra que eres Madre nuestra, y reciba por tí nuestras plegarias quien por nosotros qui-

so ser Hijo tuyo.» Y ¿por qué no sería así, cuando nuestra filiación espiritual con respecto a María no es más que una prolongación de su maternidad con respecto a Jesús?

Sus oficios de Madre para con los hombres están a la misma altura de la excelsitud de su maternidad. Ella nos «educa» espiritualmente haciendo llegar hasta el fondo de nuestro sér la energía divina de que es depositaria. Es el «molde de Dios», en expresión del Beato de Montfort, que nos trabaja y conforma según la imagen de su Hijo, con inteligencia y amor que superan a los de los pedagogos más excelsos. Mujer de corazón tan dilatado como los senos del mar, no puede, a semejanza de aquella de que nos habla Isaías, y en la que la tradición cristiana ha visto el tipo de María, olvidar a los hijos de su amor y no tener misericordia de los pedazos de sus entrañas (1).

A esta Madre divina y Maestra excelsa de la vida cristiana debe corresponder, por parte de sus hijos y educandos, un espíritu infantil que nos ponga totalmente en sus manos y que facilite en el espíritu de los cristianos el ejercicio de la soberana misión que Dios la confió. Servirá para ello a maravilla la práctica de la verdadera devoción a María según el espíritu de Montfort.

(1) ISAI., 49, 15.

«Lo propio de la infancia, dice Lhoumeau, su rasgo más saliente, es el ser un estado de dependencia. ¿A quién se entrega? Principalmente a su madre: De todos los niños puede decirse lo que Mgr. Gay ha escrito de Jesús: «Es a su santa Madre a quien su infancia le entrega, incomparablemente más que a nadie. De ella es exclusivamente durante los nueve meses que le lleva en sus castas entrañas. En su más tierna infancia no se separa de ella: en sus brazos descansa, sobre su seno respira y vive, de ella depende inmediatamente en todas las cosas. Ciertamente José es el jefe de la divina familia, pero durante los años primeros el padre aparece siempre menos que la madre. Más tarde, en Nazaret, ejercerá más su autoridad, porque el orden exige que el padre dirija al hijo adolescente. En Belén, en el Templo de Jerusalén, en los comienzos de su estancia en Egipto, María desempeña el principal papel. Sólo ella levanta y acuesta a Jesús; sólo ella le amamanta y da calor; y cuando es preciso ir acá o allá, sólo ella le lleva» (1). Por ello nos dice el Evangelio que se encuentra «al niño con su madre» (2). ¿Qué se deduce de esto, sino que «uno de los numerosos y santos efectos de la infancia espiritual es dar el alma a la Santísima Virgen, de una manera especial y total-

(1) MGR. GAY: Meditación XIX.

(2) MATTH., 2, 11.

mente íntima? «Estas palabras nos presentan sin duda a nuestra cara devoción con su principal característica, que es entregarse a María y depender de ella como de nuestra Madre. ¿Con qué objeto? A fin de que ella nos forme en la vida espiritual y nos eduque en ella: «Por María deben los pequeñuelos subir perfecta y divinamente hasta el Altísimo, sin que nada teman, dice Montfort» (1).

Este estado de natural dependencia importa el deber de la docilidad. Esta se llama así *a docendo*, en su significación pasiva. Es dócil quien se deja enseñar y quien da eficacia de vida a las enseñanzas. No hay educación posible, en su más amplio sentido, sin docilidad. Tiene el educando dócil abiertos siempre los senos del pensamiento para que con su luz los ilumine el maestro, la voluntad plegable a lo que el maestro ordene, y fácil la vida toda para traducir en actos las doctrinas del pedagogo. Jesús señalaba esta «docibilidad» como característica de cuantos habían de pertenecer a su reino (2), y San Pablo dice que «el siervo del Señor no debe ser pendenciero, sino manso, «dócil» y paciente» (3). Tal debe ser asimismo el siervo de María. ¿Qué eficacia podría tener su prodigalidad y su amor de madre para con nosotros si hallaran sus

(1) LHOUMEAU, ob. cit., pág. 304.

(2) JOAN., 6, 45.

(3) 2 TIM., 2, 24.

gracias nuestro corazón cerrado, indócil nuestro pensamiento y rebelde toda nuestra vida? Fuerte es el amor de madre y suavísimas e inteligentísimas son sus manos para penetrar, como el aceite en el mármol, por las pequeñas rendijas que la voluntad puede dejar abiertas, tal vez sin quererlo, hasta el fondo del corazón del hijo para apoderarse de él y hacerle cautivo de su amor: pero ¿qué hará la madre si la dureza del espíritu ha llegado al grado tremendo de que nos habla el profeta (1), a esa rigidez e impermeabilidad hijas de la protervia espiritual y vehementemente indicio de reprobación?

Dependencia y docilidad deben ir acompañados, como en los tiernos niños, de un amor acendrado a la Madre. Amor de confianza, de intimidad, generoso y expansivo, como suele serlo el de los hijos para con su madre. Amor que ilumina los ojos del alma para adivinar lo que de nosotros exige la persona amada. Amor que es humilde para bajar al fondo de la vida y abrir su miseria, para que la vean los ojos de la madre y la remedien. Amor agradecido que sabe besar la mano dadivosa y que es prenda de nuevas mercedes. «Como los ojos de la esclava están fijos en las manos de su señora, así nuestros ojos deben mirar a la Señora, hasta que se compadezca de nosotros,» podemos decir a semejan-

(1) ISAI., 6, 10.

za del Salmista; y «como el niño destetado está cosido a su madre, así está pegada la gratitud a mi alma» (1).

Para lograr este espíritu de dependencia, docilidad y amor para con la Señora, es medio fácil, rápido y seguro la práctica de la vida interior según el sistema de Montfort. El hace de la vida cristiana una profesión de esclavitud amorosa con respecto a la Madre de Dios y de los hombres; la ley fundamental de hacer las cosas todas por, con, en y para María engendra con su práctica continua el hábito de plegarnos a toda insinuación de la gracia que por María nos viene; amantes siervos de la celestial Señora y unidos a ella con todo lazo de orden espiritual, nuestra vida vendrá a resultar un decalco de la vida de la Madre; la humildad, la pureza, la sencillez, la mansedumbre, el desprendimiento, la obediencia, virtudes infantiles y, por ello, como hemos indicado, profundamente evangélicas, germinarán en nuestra alma y la harán digna de la promesa de Jesús: «Si no os hicieréis como niños no entrareis en el reino de los cielos;» y de que como tales, «nos presente la clemente, dulce y piadosa María, después de su destierro, al fruto bendito de su vientre:»
Et Jesum... nobis post hoc exilium ostende.

(1) PSALM. 122, 2; 130, 2.

¡Oh, María, Madre dulcísima! Dios os ha concedido una maternidad tan dilatada como lo es la raza de los redimidos; maternidad profunda, que se adentra hasta los mismos senos de Dios y hace que el mismo Dios humanado os llame con el nombre dulcísimo de madre, y que luego se dilata por el mundo para cobijar en su fecundísimo seno a todos los hombres que quieran ser hijos de vuestro Hijo divino. Somos niños según el espíritu, oh Madre; niños vuestros, infantes vuestros, y por lo mismo siervos vuestros que nos declaramos absolutamente dependientes de Vos. Como cuidabais de vuestro tierno infante Jesús, nuestro Hermano mayor, así cuidad de cada uno de nosotros; amparadnos en vuestro regazo, arrulladnos en vuestros brazos, inoculad en toda nuestra vida la vida divina que nos mereció vuestro Jesús y de la que os ha hecho depositaria y administradora. «Nadie puede decir, «Señor Jesús», sino en el Espíritu Santo» (1); de él estais llena; Vos sois su colaboradora en la obra de nuestra santificación: haced que «nos lo enseñe todo» (2), que si El es el «Padre de los pobres», que «llena los corazones con la gracia del cielo», que «visita el entendimiento de los suyos», y es «luz de los corazones» y «Padre de de todo dón», Vos haceis con vuestros hijos los

(1) 1 COR., 12, 3.

(2) JOAN., 14, 26.

mismos oficios, porque el Espíritu Santo que vino sobre Vos para realizar en Vos la obra de la Encarnación, está en Vos asimismo para consumir en cada uno de los redimidos la obra que en la Encarnación empezó. Os amamos con ardor, ¡oh Madre!, como ama el infante a la que le dió el sér: en cambio de nuestro amor, llenadnos «de toda plenitud de Dios» (1), para que «lleguemos a la edad de la plenitud de Cristo» (2), vuestro Hijo y Cabeza nuestra en la que debemos crecer. Haced, oh Madre, que crezcamos en vuestro regazo con vuestro Hijo Jesús: *Ut crescamos in illo per omnia, qui est caput, Christus* (3).

(1) EPHES., 3, 19.

(2) IBID., 4, 13.

(3) IBID., 4, 15.

7. — LA LEY DEL AMOR CRISTIANO, FLUJO Y REFLUJO DE AMOR

Desde el momento en que, como niños, nos entreguemos completamente a nuestra Madre María y a Ella nos unamos con los lazos del amor, la ley de este amor dominará toda la vida, porque el amor es peso: *Amor, pondus*, y es fuerza incontestable: *Omnia vincit amor*.

Tiende el grave al centro de la tierra, porque de ella es parte; porque entra en la esfera de su atracción; porque una ley misteriosa solicita a su centro a todas las moléculas, dando la resultancia del peso; porque la masa mayor atrae la menor. Estas leyes físicas, expresión de la gran ley de unidad que gobierna el *Cosmos*, nos ofrecen una analogía de los fenómenos del mundo espiritual. Dios, amor sustancial, *Deus charitas* (1), es el centro de gravedad de todo espíritu, porque todo espíritu es entendimiento y amor increados. Sólo es legítimo el movimiento del amor cuando

(1) 1 JOAN., 4, 8.

tiende a Dios: sólo crecen el amor y la libertad cuando libremente ama el espíritu a Dios, como se acelera el movimiento del grave que no halla obstáculos en su ruta hacia el centro de la tierra.

«Amarás a tu Dios sobre todas las cosas»: tal es la ley suprema del amor humano; el amor cristiano es la sobrenaturalización de esta facultad del espíritu y de su tendencia a Dios: es la caridad, «vínculo de perfección» (1), que debe reducir todo espíritu a la unidad de Dios, autor de la vida sobrenatural: *Ut et ipsi in nobis unum sint* (2).

«Hijo de Dios vivo», «Dios verdadero de Dios verdadero» es Jesucristo; a El debe tender el amor humano con el mismo ímpetu que a Dios: «Maldito sea quien no ama a nuestro Señor Jesucristo», decía en tremenda imprecación el Apóstol (3). ¿Cómo no amar a Jesucristo con el mismo amor que a Dios, concreción histórica de la «benignidad y amor a los hombres de nuestro Salvador Dios»? *Benignitas et humanitas apparuit Salvatoris nostri Dei...* (4).

Pero entre Dios y Jesucristo, y en el orden puramente humano, hay un sér que entra como elemento esencial, en el orden actual de la Pro-

(1) COLOS., 3, 14.

(2) JOAN., 17, 21.

(3) 1 COR., 16 22.

(4) TIT., 3, 4.

videncia, en la economía del amor de Dios a los hombres y de su manifestación histórica: es María. María, Madre de Jesús, instrumento libre de que se valió Dios para que pudiese aparecer en el mundo «su benignidad y filantropía», quedó de tal suerte asociada a la caridad del Padre y del Hijo, que forma con ellos, y el Espíritu Santo que la fecundó, como un sistema personal trascendental de amor para con los hombres. Separar a María de este consorcio de amor sería desintegrar los elementos sobre los que quiso Dios restaurar el mundo.

María es, pues, como Dios y como el Hombre-Dios, aunque en orden no tan excelso, objeto necesario de nuestro amor. El amor cristiano, en su tendencia a Dios y a Jesucristo, no puede prescindir de quien no han querido prescindir tal Padre y tal Hijo al fundar el mundo del nuevo amor cristiano. Parece que el mismo Apóstol nos indica esta trilogía del amor al decirnos que «envió Dios a su Hijo, hecho de mujer para redimir a los que estaban bajo el yugo de la ley» (1).

De hecho, el pueblo cristiano ha puesto el amor a María si no en el mismo nivel del amor que a Dios se debe, a lo menos como ley universal y casi diríamos esencial de su vida religiosa: y no se venera y adora lo que no se ama. «Hay en el corazón de los cristianos yo no sé qué ins-

(4) GAL., 4, 4.

tinto, impreso por la gracia de su bautismo, que les lleva amorosamente hacia María. El niño bautizado no necesita más que se le hable de María, que la vea representada en sus imágenes, para extender sus brazos como se hace ante una madre. Ámala sin esfuerzo y como naturalmente, desde el momento que sabe que es la madre de Jesús y su propia madre. La maternidad espiritual de la gloriosa Virgen introduce, o a lo menos fortifica maravillosamente en su culto el carácter de amor, principal elemento de todo culto religioso, sobre todo en la nueva Alianza» (1).

La vida de los santos ha sido siempre vida de amor para la Señora. Después del amor a Dios y a su Cristo, el amor a María es el que ha arrancado del pecho de los grandes cristianos las notas más vivas y agudas del amor. «Yo quiero amar a María, yo quiero amar a María», decía San Juan Berchmans; San Estanislao de Kostka sentía abrasársele el corazón al solo nombre de María; Hermann José llamaba a María su «esposa de amor»; San Felipe Neri la decía «sus delicias»; para San Buenaventura era «su corazón y su alma»; San Bernardino de Sena la apellidaba con el dulce título de «amante»; San Bernardo, o mejor, un autor que se oculta bajo su nombre, la dice «robadora de corazo-

(1). TERRIEN: *La Mère des hommes*, 2, 225.

nes»; San Francisco Solano, enajenado de amor, canta a la Virgen al son de un instrumento ante su imagen, como los amantes del mundo, decía él, dan serenatas a las que han hecho reinas de su corazón (1).

El sistema montfortiano de devoción a la Virgen es como la sistematización de la espiritualidad de sus devotos alrededor de María; pero en él el amor de María es amor definitivo a Jesucristo y a Dios. María es el objeto; Dios es el fin. Es la ley del amor cristiano que gravita hacia Dios; pero que, para mejor lograrlo, gravita en su totalidad alrededor de la Madre de Dios, sin que por ello pierda la libertad, en cualquier punto de su curso, de dirigirse directamente a Dios. Como por Jesús vamos a Dios: *Per Dominum nostrum Jesum Christum...*, así por María vamos a Jesús: *Per Dominam nostram Mariam...* Son las etapas del amor cristiano, o mejor, los círculos concéntricos que nuestro pobre corazón debe atravesar en su ascensión a Dios, recibiendo en ellos nueva fuerza, hasta llegar al mar sin riberas ni horizontes del amor de Dios.

Así se sostiene nuestro amor y se vigoriza nuestra libertad, para que aglutinen a su derredor toda fuerza de la vida cristiana y la hagan converger hacia Dios. Como en la mecánica ce-

(1) Cfr. SAN LIGORIO: *Las glorias de María*, P. 1.^a, cap. 1.

leste giran los satélites en torno de los planetas y éstos trazan sus órbitas alrededor de los soles, para gravitar todo el mundo físico hacia un punto que sólo conoce Dios; así el leve peso de nuestro amor debe reposar en el corazón de nuestra Madre, Madre del Sol de justicia, para así entrar toda la corriente del Amor cristiano, por nuestro Señor Jesucristo, en el océano del amor de Dios: *Per Dominum nostrum Jesum Christum... Per Dominam nostram Mariam...*

«Uno es Dios, y uno es el mediador de los hombres, el Hombre Cristo Jesús», dice el Apóstol (1). Este principio paulino nos explica la fórmula litúrgica *Per Dominum nostrum Jesum Christum*, tan cara al mismo San Pablo, que la aplica a la Redención, a la intercesión, al sacrificio, a la impetración, a la gracia y a la gloria (2): *A Dios por Jesús.*

Y una es la Madre de Jesús, la co-Redentora, la co-Mediadora de la humanidad; lo que nos explica la fórmula patristica de la mediación de María ante Jesús: *Ad Jesum, per Mariam*: «A Jesús por María.»

Si la ley del Cristianismo es la fuerza del amor sobrenatural, porque amor es el eterno destino que nos señala ¿por qué nuestro espíritu, que anhela su unión con Dios: *Ut omnes unum*

(1) TIM., 2, 5.

(2) ROM., 1, 8; 5, 1; 5, 21; 15, 30. 1 COR., 15, 57. EPHES., 1, 5.

sint..., no seguirá este orden de la Redención en su gravitación a Dios? Dios viene al hombre por Jesús, y a Jesús nos lo da Dios por María, *Factus ex muliere...* ¿Por qué no deberá ser profundamente cristiana la fórmula montfortiana: «A Dios por Jesús, y a Jesús por María?»

En retorno de este amor, y como divino reflujo que del corazón de la madre va a llenar el de los hijos que a Ella se consagraron por la Santa Esclavitud, he aquí algunos de los efectos que, según el Beato de Montfort, produce esta devoción en las almas que a ella son fieles.

1.º Al hacernos esclavos de María la obligamos, hasta cierto punto y por correspondencia, a que acrezca y vigorice la libertad que pusimos en sus manos. *Qui invenit beneficium, invenit et compedes.* Es el gran pensamiento del Beato de Montfort, que así se expresa: «Esta devoción torna al alma verdaderamente libre, con la libertad de los hijos de Dios. Ya que por amor de María se reduce uno a esclavitud, esta querida Señora le ensancha y dilata en recompensa el corazón, y le hace marchar a pasos de gigante por el camino de los mandamientos de Dios». «Ella, infinitamente más generosa que nosotros, dice en otra parte, «por un huevo nos dará un buey»: Ella se comunicará del todo a nosotros

con sus méritos y virtudes» (1). Es decir que, a cambio de esta libertad desmedrada, de esta fuerza débil, de este resorte de nuestra vida, maravilloso, pero que se doblega y se rompe con la facilidad que a todos atestigua nuestra conciencia, nos dará el crecimiento de la verdadera libertad, que es la libertad de los hijos de Dios.

2.º «Esta Madre del Amor Hermoso, dice el Beato, quitará de vuestro corazón todo escrúpulo, todo temor servil y desarreglado; lo abrirá y ensanchará para que corrais en el camino de los mandamientos de su Hijo con la santa libertad de los hijos de Dios, y para introducir en el alma el puro amor cuyo tesoro tiene ella». Es un efecto de la caridad, que no se compadece con el temor: *Perfecta charitas foras mittit timorem* (2). La caridad dilata, el temor deprime; la caridad empuja, *urget*, el temor, ata; la caridad concierta las fuerzas vitales, el temor las disuelve y reduce a la inercia; la caridad acrecienta el poder del hombre y le hace capaz de todo; el temor decapita al hombre hasta cierto punto, y le hace esconder sus talentos. La ley de la vida cristiana es el *Nolite timere*, de Jesús (3): sólo el santo temor de Dios, inseparable de su amor, tiene un valor

(1) MONTFORT: *El secreto de María*.

(2) JOAN., 4, 18.

(3) LUC., 12, 32.

constructivo en la vida espiritual, por cuanto es el que represa todo movimiento y toda fuerza que pudiese desviarnos de los santos caminos de su ley. ¿Cómo no sentirá dilatarse su corazón quien lo haya puesto, por la profesión de la Santa Esclavitud, en manos de la Señora, cuando es ella la Madre del santo temor, *Mater timoris*, y del amor hermoso, que es la santísima caridad, *Mater pulchrae dilectionis?* (1).

3.º «El Espíritu Santo os dará por María, su amada Esposa, luz para conocer lo malo de vuestro fondo...; os dará parte de su fe...» Es el efecto iluminativo de la unión a María por la perfecta devoción. Ahondando en el conocimiento de la Madre es como comprenderemos más nuestra propia miseria. Poniéndonos en contacto con esta «Mujer de luz», *amicta sole*, es como los rayos purísimos de la verdad de Dios iluminarán nuestra inteligencia y los senderos de nuestra vida. Fuente de luz es el amor; el amor es luz cálida; Dios es amor esencial y luz por esencia: *Deus, charitas: Deus, lux* (2). ¿Por qué Dios no habría llenado de este amor iluminativo a su Madre? Y ¿por qué la Madre, que lo es de la prudencia y del buen consejo, no deberá hacer que sus hijos vivan en esta atmósfera de claridad, que es la característica de la vida cristiana, que haga conocernos a

(1) ECCLI., 24, 24.

(2) 1 JOAN., 4, 8; IBID., 1, 5.

nosotros mismos por la humildad y a Dios por la fe?

4.º «La Santísima Virgen, continúa el Beato, os llenará de una gran confianza en Dios y en Ella misma». Ya no seremos nosotros, pobres gusanos, quienes nos acerquemos directamente a Dios y a su Hijo Jesucristo, aunque la perfecta devoción no obsta a que lo hagamos así; la Santísima Virgen, Madre de Dios y Madre nuestra, será el medio normal de nuestras relaciones con Jesús, a lo menos habitualmente. Solidarizados con María, de la que nos hemos declarado esclavos y en cuyas manos hemos puesto todo nuestro ser y obrar, no podremos ser rechazados ni desoídos por Dios. Ella, a semejanza de su Hijo porque está identificada con El, puede decirle al Padre: «Yo ya sé que siempre me oyes» (1). Nuestro clamor será su clamor, y Dios nos oirá, como oye al Hijo, «por la reverencia a la Madre» (2). En cuanto a la misma Virgen, nuestra confianza podrá ser absoluta, «porque habiéndonos dado a ella enteramente en cuerpo y alma, dice Montfort, María, cuya liberalidad es incomparable, no se dejará vencer en generosidad, y se os dará, en cambio, de una manera maravillosa, pero verdadera, de modo que podreis decirle resueltamente: *Tuus, sum ego, sal-*

(1) JOAN., 11, 42.

(2) HEBR., 5, 7.

vum me fac (1). Yo soy tuyo, Santísima Virgen, sálvame; o, como lo he dicho ya con el discípulo amado: *Accepi te in mea*: Os he tomado, Santísima Virgen, en lugar de todos mis bienes.»

5.º «El alma de la Santísima Virgen se os comunicará para glorificar al Señor; su espíritu entrará en el lugar del vuestro, para regocijarse en Dios, su Salvador, siempre que seáis fiel a las prácticas de esta devoción...» «Por medio de esta práctica, fidelísimamente observada, dareis a Jesucristo más gloria en un mes que de ninguna otra manera, por más difícil que sea, en muchísimos años.» Estas afirmaciones del Beato se fundan en el espíritu y en el hecho de la solidaridad que la perfecta devoción establece entre la Madre y los hijos que a Ella se han entregado en esclavitud de amor. La gloria de Dios es el fin de toda criatura; no puede ser otro, porque Dios no podía crearlas más que para sí. Bajo este aspecto, la vida de Jesús es el himno más concertado y sublime que a Dios pueda cantarse. Jesucristo es cifra y síntesis de toda la creación; un solo latido de su Corazón da más gloria a Dios que el concierto de los astros y el eterno Trisagio que le cantan en el cielo los espíritus bienaventurados. Es que Jesús es el Verbo humanado y, por ello, la voz de Jesús es la voz del mismo Dios que se canta a sí propio, modulándola por el órgano de la huma-

(1) PSALM., 98, 94.

nidad santísima de su Hijo, compendio de toda la creación. Fuera de Jesús, y en el orden de la pura criatura, la vida de la Virgen es la máxima glorificación de Dios; no sólo porque «dió al mundo al que es Luz eterna», *Lumen aeternum mundo effudit*, sino por la incomparable excelencia de su sér, por su altísima dignidad de Madre del Creador, por los lazos espirituales que la unen a Dios y a toda criatura y especialmente por la uniformidad, por la vibración unisona, si así cabe decirlo, entre el espíritu de María y el de Jesús. El *Magnificat, anima mea, Dominum*, si es uno de los momentos de tensión máxima de la vida de la Virgen, cuyo espíritu, agitado por el Espíritu de Dios, pudo abarcar en un momento la profundidad de las misericordias de Dios para con Ella y la sublimidad de sus destinos en el mundo, es asimismo uno de los momentos históricos en que mayor gloria ha recibido Dios de la obra de la creación. Entrar en María, vivir con Ella, obrar por Ella y para Ella, es arrojar la pobre gota de nuestra vida en el océano de la suya; es cantarle a Dios glorificarle no con el instrumento destemplado de nuestra miseria, sino poniendo nuestra voz y nuestra vida al compás de esta gloriosa y dulce criatura, de voz más suave que la de los serafines, «voz que quiere Dios resuene siempre en sus oídos»: *Sonet vox tua in auribus meis...* (1).

(1) CANT., 2, 14.

6.º Por fin, «si cultivamos bien a María, que es el árbol de la vida en nuestra alma, siguiendo con fidelidad la práctica de esta devoción, Ella dará su fruto en su tiempo, y este fruto suyo es Jesucristo» (1). Las funciones de la maternidad de María para con nosotros no pueden ser otras que cooperar a nuestra predestinación, trabajándonos con Dios «para que seamos conformes a la imagen de su Hijo, a fin de que sea éste el primogénito entre muchos hermanos» (2). Tal es la misión de nuestra Madre: hacer a sus hijos de adopción a imagen de su Hijo divino Jesús; formar en su regazo una familia dilatadísima cuyos rasgos sean los de Jesús, mayoralgo de la humanidad redimida; «moldear», es metáfora del Beato, la materia, siempre dura, de nuestra vida, en el divino molde de María, que es la criatura más semejante a su Hijo, a fin de que nos transformemos en Jesús y seamos otros Cristos: *Christianus, alter Christus*, que no es otra la ley que debe presidir nuestra formación espiritual (3). Para ello es necesario arrojarse en María, absorberse en ella; destruir toda nuestra miseria y no sentir más que con María y en María, porque «no se arroja en el molde

(1) MONTFORT: *La verdadera devoción*, pág. 122 y siguientes.

(2) ROM., 8, 29.

(3) GAL., 4, 19; EPHES., 4, 13; ROM., 13, 14; 1 COR., 15, 49.

más que lo que está fundido y líquido; es decir, que es menester fundir y destruir en nosotros al viejo Adán, para llegar a ser el nuevo en María», dice el Beato.

¡Oh, Madre del Amor! En este mundo del amor sobrenatural, cuyas órbitas se desarrollan alrededor de Dios, caridad esencial, Vos sois, después de vuestro Hijo Jesús, el principal centro de gravitación para los espíritus y para los corazones humanos. ¿A dónde irán los corazones de los hijos, sino a formar una corona en torno de su Madre? Vuestros somos y en vuestras manos ponemos nuestro amor, para que, junto con el vuestro, gravite en Jesús y con Jesús hacia Dios, centro común y eterno de nuestros destinos. En retorno de nuestro amor, y respondiendo a esta oleada de caridad que de la tierra sube a Vos, venga a nosotros el reflujo de vuestras gracias, que dilaten nuestro corazón mezquino en su ruta hacia Dios, que vigoricen nuestra libertad, que iluminen las sendas de nuestra vida y «que nos transformen, de claridad en claridad en Jesucristo (1)», claridad del Padre, hasta que Vos nos mostreis a vuestro Hijo en el seno del Padre, al resplandor de la luz eterna de la gloria: *Et Jesum benedictum, fructum ventris tui nobis post hoc exilium ostende...*

(1) 2 COR., 3, 18.

CONCLUSION

8.—LA PIEDAD MODERNA: UN LLAMAMIENTO AL CONGRESO

Concluyamos, reduciendo a este pensamiento del Crisólogo cuanto hasta aquí hemos expuesto sobre la perfecta devoción a la Virgen: Es ley del Cristianismo que vuelva el hombre a la vida por el mismo camino por donde se precipitó a la muerte: *Ut homo cursibus eisdem quibus dilapsus fuerat ad mortem, rediret ad vitam* (1). Por Eva, en Adán murimos: por María, en Cristo debemos ser vivificados: no sólo en derecho y por el hecho universal de la Redención, sino en el hecho de nuestra santificación y salvación personal, por la aplicación, a cada uno de nosotros, de los frutos de aquella redención. Entra en el plan de Dios que nos venga la vida por donde se nos arrebató y por donde se introdujo la muerte:

(1) S. PEDRO CRISÓL: Serm. 142 sobre la Anunciación

Iisdem cursibus. En el estado de justicia original, por el hecho de la generación de nuestros primeros padres, no de Adán solo, sino por la cooperación de Eva, se hubiese propagado a cada uno de nosotros la vida de Dios: todos hubiéramos sido santos. Hoy, por generación del primer tronco, nos viene el pecado; todos somos «hijos de ira» (1).

Plugo a Dios darnos, para que reentráramos en la vida de Dios, un nuevo Padre y una Madre nueva: Jesús y María: son el segundo Adán y la segunda Eva. «En Cristo todos somos vivificados», dice el Apóstol (2): pero a la acción de Jesús cooperó su Madre Santísima; no porque no fuese llena la Redención del Hijo de María, sino porque Dios quiso tuviésemos Padre y Madre en el orden de la vida, como los tuvimos en el orden de la muerte.

Lo que Dios juntó no pueden los hombres separarlo sin exponerse a la mutilación y a la muerte del espíritu. Como no hay Cristianismo verdadero sin María, así no hay verdadero cristiano, es decir, buen cristiano que no profese amor y devoción a María. No podemos vivir sin Ella la vida del espíritu, como no podemos vivir sin Jesús. El Padre y la Madre de la raza futura, que es el pueblo cristiano, influyen en la vida

(1) EPH., 2, 3.

(2) 1 COR., 15, 22.

divina de cada uno de nosotros no por la función pasajera de una generación de orden espiritual, como hubiesen podido influir Adán y Eva en todos sus hijos en la hipótesis de la conservación de la justicia original. La obra de Jesús y María en nosotros es labor de artífice, obra pacientísima de labra espiritual, afanoso trabajo de pedagogo. Es la aplicación, hoy ya sin dolor, de los frutos logrados en una vida de penoso sacrificio por los hombres. Pero ambos están en nosotros, como nosotros debemos estar en ellos, continuamente, *jugiter*, más que el orfebre que trabaja sin descanso en su delicadísima obra.

La vida cristiana es «vivir por Dios en Cristo» (1): el medio normal, porque es orgánico, el más fácil, simpático y «humano», de ir a Cristo, es valernos de María. Parécenos queda demostrado en las páginas que preceden.

Cuanto al sistema montfortiano de devoción a la Virgen, uno de los esfuerzos de la piedad cristiana, es decir, del pensamiento y del amor cristianos para llevarnos a la Madre de Jesús, y por ella al Hijo, no dudamos en afirmar que tiene recios fundamentos en la teología católica y que, bien comprendido y practicado, haría revivir en el pueblo cristiano el viejo y profundo espíritu mariano, garantía de buena ley del «catolicismo» de todos los tiempos.

(1) Rom., 6, 11.

Bien comprendido y practicado, decimos; y esto nos da margen, al terminar este estudio, para denunciar un grave mal de la piedad moderna; mal que puede, de rechazo, influir en el mismo sentimiento religioso, que es el nervio de la grandeza de hombres y pueblos. Nos referimos al mal de la sensiblería religiosa, de la blanduchería cultural, de esta piedad deshuesada, sin nervio de pensamiento, cuyo alimento normal es una literatura malsana, tan mezquina de idea como henchida de fórmulas que nos atreveríamos a llamar expresivas de la molicie espiritual. Tienen el corazón y los sentimientos su lenguaje, pero este lenguaje debe tener su razón: lenguaje «chocante y ridículo», le llama Newman, «exageración vana y de mal gusto», cuando no arranca de algo bien pensado y sentido y cuando, sin base de idea, se expone friamente ante los ojos de indiferentes o extraños.

Esta invasión, llamémosla de poetismo, de romanticismo o de sentimentalismo en el campo de la piedad, nos ha causado grave daño. Los protestantes se han mofado de nosotros, creyendo que esta era la piedad «católica». Los mismos hombres de espíritu fuerte, en el buen sentido de la palabra, del campo católico, han debido sentir rubor ante el juego pueril de ciertos ejercicios de la piedad de moda.

Reaccionemos: busquemos siempre en la pie-

dad lo que quiere hallemos en ella el Apóstol, a saber, la manifestación de lo que la religión cristiana tiene de más profundo, de más normativo, de más edificante, de más santamente suave. Sólo así «la piedad es útil para todo, y está henchida de promesas para esta vida y la futura» (1).

Tratándose de la piedad mariana, que no ha sufrido poco de este mal de reblandecimiento espiritual, no nos dejemos llevar de impresionismos ni dulzonerías: hallaremos, cierto, en ella, bien entendida, la suavísima ambrosía que Dios da a gustar a los que entienden como se debe el culto a su Madre; pero, para ello, es preciso saber lo que María representa en el mundo sobrenatural, los altísimos oficios que en nuestra santificación Dios la ha llamado a cumplir, las exigencias que en el orden práctico nos impone.

«María es la Cruz», dice un santo Padre: *Dico Mariam esse Crucem*; y nada hay más severo ni más imperativo, dentro de la dulzura y esperanza que nos brinda; que la santa Cruz. Lutero tenía para la fiesta de la Inmaculada el mismo odio que para la del *Corpus*: son las dos fiestas dogmáticas, llenas, trascendentales, de la Madre y del Hijo. En la cima del Calvario, nos dice San Juan, junto a la Cruz de Jesús, estaba María su Madre: es el misterio tremendo de la Reden-

(1) 1 TIM., 4, 8.

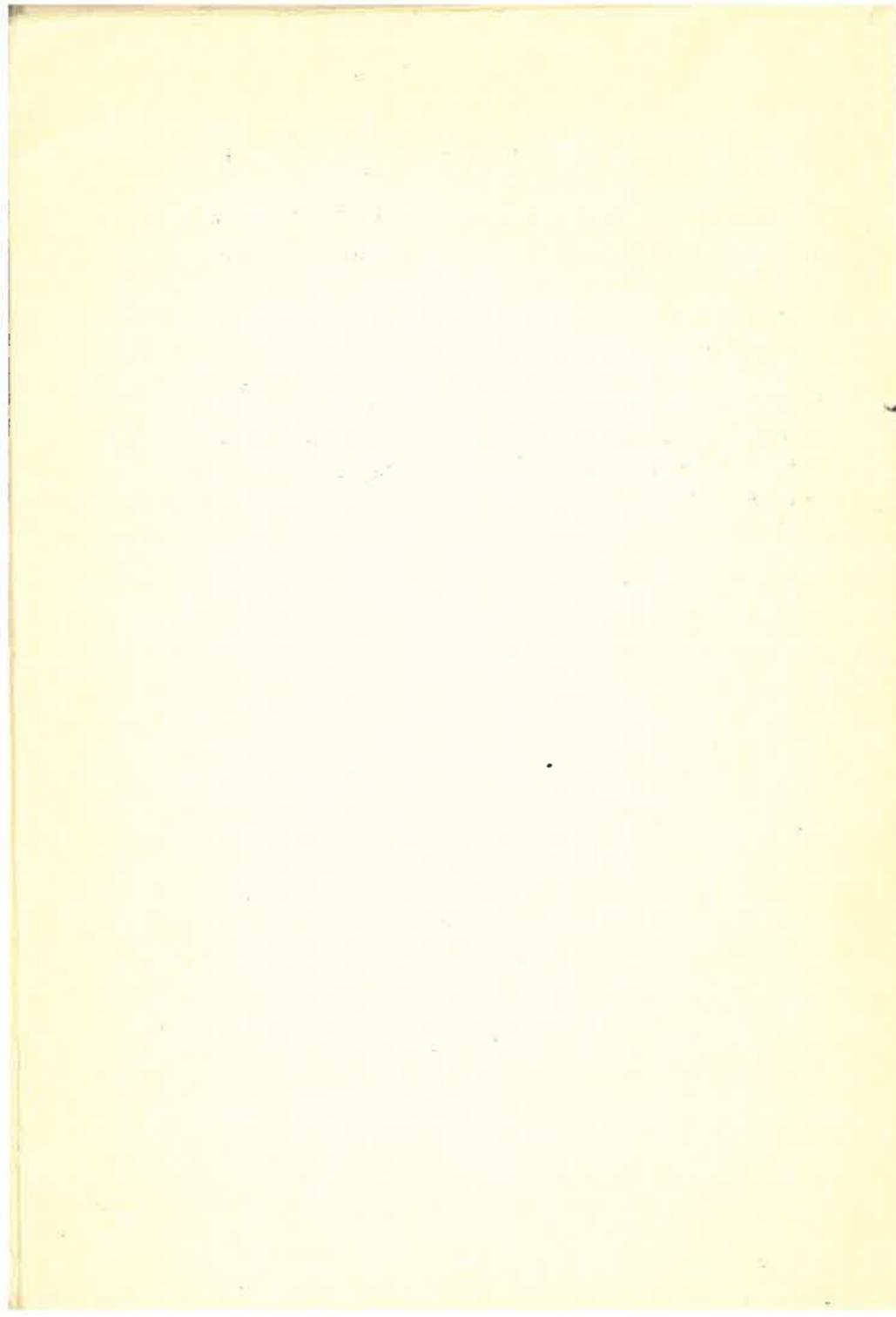
ción por el Hijo y de la Corredención por la Madre. Así, en el sentido cristiano, en la historia y en el pensamiento del Evangelista, que es el pensamiento de Dios, aparece en todo su relieve la trascendencia de nuestra Madre en el plan de Dios sobre la salvación del mundo.

Tal aparece asimismo en la historia de la piedad cristiana y en la del dogma, en el Cénaculo, en las Catacumbas, en las viejas basílicas, en las fiestas, en la literatura, en las entrañas del pueblo cristiano en la Edad media. La devoción a la Virgen pone un abismo entre la religión de los tiempos medioevales, de fe luminosa y robusta, y la de Lutero, de pensamiento frío, reservado y calculista. La carencia de esta devoción es el signo característico de la gran defeción protestante.

Sigamos la rancia tradición, católica y española, del amor, fuerte y eficaz, a la Santísima María. Un mismo movimiento de alma, se ha dicho, arrastró las generaciones de fe pura y fuerte hacia el Hijo y la Madre. Vayamos por la Madre al Hijo, y por el Hijo a Dios. Mezclemos, como el devoto anónimo de la escuela franciscana en el siglo XIII, «la leche de la Madre con la Sangre del Hijo, y hagamos de ello un licor de gran dulzura». Pero guardémonos de descuajar el árbol de la devoción a la Virgen del campo frondoso y fértil de la piedad cristiana, regado con el agua de la verdad y abonado con el sacrificio. Ni te-

jamos para la Madre flores con tallo de alambre y pétalos de oropel, sin jugo de vida ni aroma de virtud, que el tiempo destiñe, y que no son más que pobre recuerdo de las vanas pompas de un día.

Y no hay duda que las doctrinas de Montfort pueden contribuir poderosamente a centrar las almas y situarlas en el verdadero punto de óptica en la cuestión capital, católica, de la devoción a la Virgen.



INDICE

	<u>PÁGS.</u>
AL LECTOR	5
EN LA SEGUNDA EDICIÓN	9
La Santa Esclavitud y la piedad cristiana. —La piedad y la libertad de espíritu.—El proceso histórico de la piedad cristiana.—La piedad oficial de la Iglesia	17
Evolución legítima de la piedad: sus causas. —La evolución legítima del dogma.—Los grandes Santos y la Piedad.—La plasticidad del espíritu cristiano.—El espíritu de Dios y la piedad.—Razón del Congreso mariano-montfortiano	21

PRIMERA PARTE

LA DOCTRINA DE MONTFORT Y SUS FUNDAMENTOS

Síntesis de la doctrina montfortiana.	29
---	----

I. FUNDAMENTOS TEOLÓGICOS

1.— María, la Corredentora. —El culto a la Virgen, constitucional en la Iglesia católica.—Ra-	
--	--

	<u>PÁGS.</u>
zón.—El espíritu de esclavitud cristiana y mariana.—Naturaleza de la servidumbre.—La servidumbre para con Cristo importa la servidumbre para con María.—Solidaridad, en la caída de los primeros padres y en la redención, entre Cristo y María, antitipos de Adán y Eva	33
2.—María, nuestra Señora. —Razones y testimonios de la soberanía de la Virgen	44
3.—María, Madre del Señor. —Relación ontológica y moral entre la madre y el hijo.—Dignidad que de aquí deriva para la Madre de Jesús.—Señorío de María sobre su Hijo divino.—Señorío de Jesucristo sobre el mundo	47
4.—Nuestro hermano Jesús y nuestra madre María. —Maternidad de adopción de María para con los hombres, derivada de nuestra fraternidad con Jesús.—La encarnación, causa de nuestra adopción de hijos de Dios.—Intervención de María en la Encarnación.—La maternidad <i>humana</i> de María, consecuencia de la encarnación del Verbo en sus entrañas	55
5.—Nuestra incorporación a Cristo. —La doctrina de la incorporación según San Pablo.—María, Madre de Jesús, y de los hombres por el hecho de la incorporación de la humanidad a Jesús	64
6.—La Mediadora. —La mediación, como estado y como oficio.—María, Comediadora.—Situación ontológica de María respecto de Dios y de los	

PÁGS.

hombres.—Poder de mediación que de aquí deriva para María.—Concreción de este poder en la plegaria litúrgica. 70

7.—María, distribuidora de las gracias.—La gracia es liberación, pero es servidumbre.—Intervención de María en la economía de la distribución de la gracia.—María, *acueducto* de la gracia.—Razones de ello; la gracia, secuela de la Encarnación. Jurisdicción de María sobre la gracia.—Las funciones de la maternidad de María y la gracia. 77

II. RAZON DE PSICOLOGÍA

La esclavitud de amor. Grandeza de la libertad y ley del amor que la condiciona.—Títulos de María a la posesión de nuestro amor. ¿Puede llamarse el hijo *siervo* de la madre? El Cristianismo, liberación y servidumbre.—El *mancipia Christi*, del Tridentino. 87

III. RAZÓN DE HISTORIA

Cristo, nuestro Libertador.—La herejía y la esclavitud espiritual.—María, *debeladora* de toda herejía. 99

SEGUNDA PARTE

LA ESCLAVITUD MARIANA:
VALOR DE PIEDAD

Piedad y libertad.—El problema de la libertad humana y las dos madres de la humanidad, Eva y María 105

1. **Razón de hecho: piedad y acción.**—La piedad cristiana, principio de actividad en hombres y pueblos.—El Evangelio y la actividad cristiana.—Carácter activo de la piedad cristiana en la historia.—Montfort: su espíritu, historia, escritos, máximas. — Precusores del Beato de Montfort.—Influencia de Montfort en la piedad cristiana. 108
2. **Argumento teológico: la esclavitud mariana y la gracia.**—La gracia y la vida sobrenatural.—Virtudes y dones sobrenaturales.—La gracia en la vida cristiana.—Intervención de María en la economía de la gracia.—La Maternidad divina de María y sus exigencias en el orden universal y personal de la gracia.—La santa Esclavitud y la gracia. 118
3. **La vida de piedad: cómo María interviene en ella: piedad y esclavitud.**—Piedad es caridad.—Es vida interior.—Piedad de cuerpo y de espíritu.—Intervención de Jesús y de María en nuestra vida de piedad.—¿Es María causa eficiente o instrumental de la gracia? —El poder de excelencia.—La intercesión de María.—Los méritos.—Su fuerza moral.—El milagro.—El Espíritu Santo y la Esposa en nuestra vida espiritual.—Los esclavos de María y las larguezas de la Señora.—La Esclavitud, *uniformación* de espíritu con el de la Señora.—La Esclavitud, verdadera *devoción* a la virgen.—La infancia espiritual por la Esclavitud. 126
4. **La perfecta consagración: fórmula del Beato de Montfort.**—Que es la consagración per-

	<u>PÁGS.</u>
fecta.—Su valor de piedad, por ser el acto más profundo de religión.—Por ser un obsequio que prestamos a nuestra Madre espiritual.—Es la renovación de los votos y promesas del santo Bautismo.—La fórmula de la consagración perfecta.—Su intenso sentido de piedad: es ordenación de toda nuestra vida a Dios.—Cristiana virilidad de la fórmula montfortiana.—La consagración y las concupiscencias.—Es secreto de santidad.—Es ofrenda generosa de la vida. . .	150
5. La vida interior: por María, con María, en María, para María. —La vida interior, esencial en la devoción montfortiana.—Fórmula de la vida interior según el Beato.—Las preposiciones de la fórmula de la vida interior según Montfort y otras análogas que San Pablo aplica a Cristo.	156
a) Por María. Vivir y obrar por Jesús es como la esencia de la vida cristiana: razones.—La ley de la tendencia de Dios al hombre por Cristo importa nuestra tendencia a Dios por el mismo Cristo.—En esta tendencia no puede prescindirse de María: razones.—La vida cristiana, fuerza que nos lleva a Dios, nos obliga a hacerlo por Cristo.—Ello nos obliga asimismo a hacerlo por María. .	169
b) Con María. Sentido de la preposición.—Coexistencia y comunión de vida entre los cristianos y Cristo: razones y testimonios bíblicos.—Convivencia de los cristianos con María que de aquí deriva.—Testimonio de la historia . . .	178
c) En María. El misterio de la vida cristiana es ser y vivir en Cristo.—Testimonio de Jesús.—	

- Nuestra vida debe ser en Cristo, porque en él se nos ha revelado Dios: razones.—Como María vivió en Jesús: viviendo en Ella viviremos asimismo en Cristo.—Nuestra vida debe ser en Cristo por la caridad.—Lugar de privilegio que en el sistema de la divina caridad ocupa María.—Debemos vivir en María por el amor, para mejor vivir en la caridad de Jesús.—Debemos vivir en Jesús en cuanto es la causa ejemplar de la vida cristiana.—Doble aspecto de la convivencia en Cristo nuestro modelo: la gracia y las obras de Jesús.—Análogamente debemos vivir en María, nuestro modelo, bajo el mismo doble respecto 184
- d) **Para María.** Explicación de la fórmula.—Jerarquía y encadenamiento de los seres en el orden espiritual. Razón y títulos de obrar para Jesús.—Títulos que nos obligan a obrar para María.—Manera de hacerlo.—Valor de piedad de la fórmula montfortiana de vida interior . . . 204
- 6 **-La infancia espiritual.**—Qué es la infancia espiritual.—Nuestra religión y la infancia espiritual: testimonios bíblicos: los santos. Los hijos de María. Oficios de la Señora para con sus infantes. - Deberes que importan: dependencia y docilidad.—La práctica de la vida interior según Montfort y la infancia espiritual. . . . 215
- 7.—**La ley del amor cristiano: flujo y reflujo de amor.**—Dios, centro de gravedad de todo espíritu.—Jesucristo en el sistema del amor cristiano.—La Virgen María y el sistema del amor

PÁGS.

cristiano.—La historia del amor a María en el pueblo cristiano.—La vida de los Santos.—El sistema de Montfort y el amor cristiano.—Efectos de la consagración a la Virgen	229
8.—La piedad moderna. —Situación de María en el plan de la Redención.— Consecuencia que de aquí deriva en orden al culto de la Virgen.—El sistema montfortiano en la historia de la piedad mariana.—Necesidad de que no se falsee.—Un grave mal de la piedad moderna.—Lo que debe ser la piedad cristiana.—María y la Cruz.—Un llamamiento al Congreso	243

108

109

110

111

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Tradición y crítica en exégesis.

El nuevo Salterio del Breviario Romano (agotado).

El valor educativo de la liturgia católica (2.^a edición;
en prensa).

La Eucaristía y la vida cristiana. 2 tomos (2.^a edición).

Las Modas y el Lujo (3.^a edición).

Santo Tomás de Aquino.

La Biblia y la predicación.

La Familia (2.^a edición).

El Matrimonio.

El Evangelio explicado. 4 tomos.

Jesucristo Redentor (2.^a edición).

Los deberes cristianos de patria.

Por la Justicia.—Los bienes de la Iglesia.

La Iconografía Mariana.

Horas graves.

María Santísima Reina del Universo.

Los doctores de Cartago y la Comunión Eucarística.

La Familia y la educación cristiana.

La Eucaristía y el carácter.

Antilaicismo. 2 tomos.

El Caso de España.

La España heroica.